

917299

EL CABALLERO DE CALATRAVA.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR

D. BENITO BICETTO.

MADRID: 1863.

Imprenta de Manuel Alvarez—Espada—6.

17244

BIBLIOTECA UNIVERSAL ECONÓMICA.

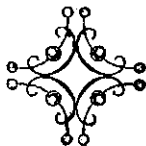


EL CABALLERO DE CALATRAVA.

Novela histórica original,

POR

D. BENITO VICETTO.



MADRID.-1863.

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL

Juanelo 27, entresuelo.

A DOÑA JOSEFA PEREZ DE CARBALLO.

Señora: es una tradición de nuestras montañas escrita en mis primeros años, y á nadie debo dedicar mejor este trabajo literario que á vos, mi madre.

Leedlo: nada enseñará este volumen, de nada servirá; pero tal vez distraiga, y una distraccion en estos tiempos es un verdadero servicio.

Vuestro hijo,

B. VICETTO.

22 de diciembre de 1842.

PRÓLOGO.

Entre las obras caballerescas que han llamado nuestra atencion en la época actual del renacimiento literario, ocupa un lugar preferente *El Caballero de Calatrava*, que damos hoy á la prensa.

Las escenas mas dramáticas é interesantes, es-puestas sin pretensiones, las encontrará el lector en esta obra de un jóven de 18 años, pues cuando la escribió y publicó el Sr. Vicetto, ilustre autor de *Los Hidalgos de Monforte*, *Rogin Rojal*, *Reyes suevos de Galicia*, no contaba mas que esta edad.

Esta obra fué su primer paso en 1842, para conseguir la aureola de gloria que ciñe la frente de este escritor modesto, que puede contarse por el primer novelista contemporáneo de España.

Cuando se publicó en 1842, el Sr. Fernandez y Gonzalez aun no habia publicado ninguna novela, y fué uno de los suscritores para costear la edicion.

EL EDITOR.

CAPITULO PRIMERO.

El torneo.

Armados ambos que son
En el campo son entrados;
En haciendo la señal
Muy recio se han encontrado;
Quebraron ambos las lanzas,
Quedaron muy lastimados,
Mal feridos de los fierros,
De los encuentros pasados.

(SEPULVEDA.—*Romance* 18.)

CUARENTA serán las casas sobre poco mas ó menos que compondrán hoy día la pequeña villa de Guntín, tan nombrada y concurrida en la época en que acaeció esta historia.

Situada á cinco leguas de la antiquísima ciudad de Lugo, al pie de una escarpada cordillera de montañas, cuyas cimas coronan eternas nieves, y sobre una inmensa praderia donde vejetan infinidad de castaños y copudos álamos, se ostentaba tan vistosa y sorprendente, que si sus mismos habitantes de aquel tiempo tornaran á mirarla ahora, en vano acertarian á reconocer en ella á la rica y floreciente villa de Guntín de entonces, la corte de los poderosos condes de Pallares.

El solar de esta noble descendencia era uno de los castillos mas completos y magníficos que en aquel siglo se contaban en Galicia.

Su posición no podia ser mas agradable ni mas imponente, porque separado del pueblo por una espaciosa plaza, y edificado á orillas del Ferreyra que lo rodeaba, sirviéndole de foso y contrafoso, se destacaba sobre la verde superficie de los prados con sus almenados torreones y sus altos y ennegrecidos muros, formando una perspectiva bellísima por donde quiera que se le mirara.

Cualquiera que pasara hoy dia por aquella parte de la provincia de Lugo, tal vez no encontraria mas recuerdos de lo que acabamos de describir, que las pocas chozas que dijimos y el undoso rio que besando las ruinas de Guntin se desliza sordamente como si quisiera arrastrar consigo sus derruidos murallones.

Ahora ya no existe en aquel pueblo la bonita iglesia de Santa María que tan bella descollaba antiguamente sobre las casas de la villa con su erguido y pintoresco campanario, ni sus calles que partiendo desde su centro, como si fueran radios de un círculo, terminaban en las murallas que la rodeaban, no: ahora el arado surca por el terreno donde antes habia una empedrada plaza y sobre los escombros de la gigantesca fortaleza de Pallares se levanta una mezquina fábrica de hierro de muy humilde arquitectura.

Era una mañana del mes de octubre de 1351.

Alzábase el sol radiante por entre mil bronceadas nubes que se dibujaban en el horizonte como fantásticas figuras, el viento mecia blandamente las elevadas copas de los añosos árboles

é infinidad de gentes de ambos sexos y diferentes jerarquias corrian hácia Guntin afanosos de presenciar el gran torneo que con motivo de las bodas de su señor feudal se celebraba aquel día.

Ya desde muy temprano se hacia imposible el transitar por las estrechas calles de la villa, porque á cada instante era necesario detenerse para dejar pasar á los muchos caballeros, pajes y escuderos que sin cuidarse de atropellar á los humildes comarcanos, volaban á la plaza anhelantes de lucir su gallardía.

Frente á la fachada principal de la impotente fortaleza de Pallares estaba construido un palenque como de unos doscientos pasos de circunferencia; y la bulliciosa plebe apiñada en la barreira que le circumbalaba, despedia un rumor tan sordo y monotonó como el de las olas que se estrellan en las rocas de Finisterre al encrespase airado el mar los días de tormenta.

El trono que habian hecho para la reina del torneo hallábase en el sitio mas alto del circo, adornado con lujosas colgaduras de damasco, con terciopelo de distintos colores y con todo el

gusto y pompa que se empleaba en aquellos tiempos de nobleza y esplendor.

Ya los jueces, los conservadores del *campo*, los reyes de armas, heraldos y otros encargados de hacer guardar el ceremonial y leyes de los torneos ocupaban sus respectivos puestos; y varios caballeros entraban en el coso perfectamente armados, ginetes en briosos alazanes, caminando con paso corto, majestuoso continente, y haciendo alarde ante las hermosas damas, que no cesaban de admirar los elegantes mote de sus escudos y sus airosos ademanes.

Entre ellos se veia al conde de Lemos, al de Montenegro, al márques de Sarria, Juan de Tamboga, Suer Yañez de Parada, Rui Payo de Vasquez, Rui Sarmiento, Ramiro de Caldeloba y otros muchos paladines é infanzones de valía que á fuer de intrépidos y valerosos se habian reunido allí.

Pero sobre todo quien llamaba mas particularmente la atencion de los espectadores era el jóven Fernan Perez de Andrade, el que mereció de los señores y plebeyos, contemporáneos se-

yos, por sus nobles sentimientos, el sobrenombre de O Bóo, el que á sus espensas mandó construir siete puentes y otros tantos monasterios, y el que mas adelante siguiendo la bandera de don Enrique de Trastamara, al ver al cruel don Pedro encima de su hermano cuando se peleaban en la tienda de Bertran de Guesclin, fué el que cambiándolos dijo estas tan sabidas palabras:

Yo ni quito Rey ni pongo rey, pero ayudo á mi señor (1).

De pronto los gritos del impaciente populacho anunciaron la llegada de la reina del torneo, de la bella doña Blanca de Vascuas, recién esposa del poderoso conde de Pallares.

Acompañábanla muchas señoras de gran pró, sobresaliendo entre todas por sus formas de ángel y hermosura encantadora su cuñada doña Elvira.

Se acomodaren las damas en los asientos que les estaban preparados, ansiando por momentos

(1). Véase sobre esto al P. Gándara en sus «Armas y triunfos de Galicia.»

Al licenciado Molina en su blason de Galicia.

que comenzasen á lidiar los caballeros y conquistase el premio el paladin que cada cual amaba.

Era el mantenedor del torneo el de Pallares, caballero de tanta prez y nombradía que gozaba reputacion de invencible.

En todas las justas y combates en que se encontraba siempre salia vencedor y jamás adalid alguno se batiera con él que de un bote de su robusta lanza no le hiciera morder la tierra.

Cuando se presentó en el coso mil y mil gritos de entusiasmo salieron de la inquieta multitud que se agitaba como el follaje de los árboles al impetu de los irritados vientos.

Los mozos arrojaban al aire sus monteras; las niñas se reían como locas, y las viejas murmuraban imprecauciones contra aquellos, porque ya las pisaban ó les hacían daño con su continuo bracear.

Montaba don Gonzalo de Pallares un fogoso corcel de raza árabe magníficamente enjaezado: brillaban sus bruñidas armas como las olas del Adriático heridas por los fúlgidos destellos del

ardoroso sol de Italia; y sobre su pesado casco, á los movimientos que hacia cabalgando, ondulaban graciosamente las largas plumas de su penacho negro.

En su ovalado escudo se veía pintado un brazo, y debajo el siguiente mote: *invencible hasta la muerte*.

Luego que entró en la plaza se dirigió á su esposa, é inclinando ante ella la pesada lanza, hizo un saludo muy rendido que aplaudieron con frenesí los circunstantes.

En seguida dió dos vueltas por la arena deseoso de que se le presentasen campeones que probasen la pujanza de su terrible diestra.

Suer. Yañez de Parada fué el primero que se presentó en el circo, y haciendo una lijera cortesía á la reina del torneo, se preparó al combate.

Entonces se llegó á los dos guerreros un rey de armas, partió el campo, les señaló su puesto á cada uno, y se retiró corriendo al suyo.

Al sonar los clarines que dieron la señal de la pelea, enristraron ambos adalides sus lanzones,

picaron á sus corceles y arrancaron á encontrarse con la velocidad del rayo. Tal polvareda alzaron los trotones en su carrera, que nadie pudo distinguir el éxito del encuentro; pero un momento despues que el polvo se hubo sosegado vieron al de Pallares victorioso sobre su bruto y á su contrario en tierra arrojando á borbotones sangre por la boca.

Celebraron los espectadores el denuedo y bizarría de don Gonzalo; y orgulloso este de su triunfo volvió á acupar su puesto esperando á que otro caballero le retára á la batalla.

No pasó mucho tiempo sin que el marqués de Sarria se lanzára á la palestra; pero tuvo la desgracia de saltar de la silla de un bote del mantenedor.

Muchos paladines sufrieron la misma suerte, de modo que no quedando ya ninguno que no venciese el conde, iban á declararle vencedor los jueces y darle doña Blanca una rosa de oro de labor muy peregrina, que era el premio destinado al que conseguiera tal ventura.

Pero de repente todos vuelven la cabeza hácia

la puerta del palenque, llamándoles en extremo la atención el bizarro ademán y caballeresca traza de un desconocido paladín que entraba en aquel instante.

Era un caballero de Calatrava.

Venia sobre un alazán tan negro como el azabache; sobre sus hombros ondulaba el manto de la orden de Calatrava: era su armadura verde, verdes las largas plumas de su casco, y en su triangular escudo, que embrazaba con gentil talante, se leía en desmesuradas letras: *lidiaré por la venganza*.

Así que el encubierto lidiador se presentó en la liza, corrió hacia él un rey de armas diciéndole con aquel tono solemne y ceremonial que acostumbraban:

—Incógnito caballero, antes que principieis á pelear en tan honroso sitio, es necesario que á usanza de tales fiestas os descubrais.

—Un voto que hice de no alzarme la celada ni despojarme de la armadura hasta que no vengase un crimen... me impide obedeceros; pero vencido ó vencedor lo haré despues de combatir,

contestó con débil voz el caballero de Calatrava.

—En ese caso, replicó el funcionario, nombrad uno de los señores que veis en aquella galería que pueda responder de vuestranobleza.

El caballero dirigió la vista al paraje que el indicaron, y fijando su mirada en el de Andrade, le hizo una seña para que se acercase.

Llegóse Fernan Perez al desconocido, y diciéndole éste algunas palabras al oído, empezó á temblar aquel clavando en el guerero sus ojos como aterrado de lo que acababa de oír.

Hubo un momento de silencio durante el cual es indecible la ansiedad que demostraban los espectadores por saber quién era el extraño campeón.

Por fin, como si despertase de un profundo sueño, «respondo de ese [guerero],» dijo el de Andrade al rey de armas, y se retiró á su puesto silencioso y pensativo como el que al pasar por un osario cree ver entre las sombras de la noche una pálida fantasma que pasa junto á él, y despues duda si seria una quimérica ilusion.

Don Gonzalo palideció al mirar al caballero de

Calatrava, como si también creyera de él lo que el populacho.

Todos deseaban conocer tan imponente personaje; mas como tenía la celada baja no podían; de suerte que semejante aparición en la arena fué el objeto de las hablillas de las viejas de la comarca, que le creían el alma de don Froyla, y las jóvenes un héroe de las consejas que aquellas les contaban.

Don Froyla de la Olga, señor de Castroverde, amaneció diez y ocho años antes que se celebrase este torneo, según cuentan las tradiciones de aquel tiempo, degollado en el foso de su castillo; y como toda la familia de los Olga llevaba armadura verde (1), y don Froyla fuera el último de su noble estirpe, pues aunque había dejado un niño se contaba muerto en las guerras de Castilla, por eso las antiguas dueñas creían que aquel caballero fuese el espectro del desventurado castellano, que se decía en el país vagaba por los salones de Castroverde clamando la venganza.

(1) Véase la citada obra del P. Gándara.

—Hagámosle la cruz para que huya, decia una supersticiosa vieja á los que estaban á su lado, señalándoles el recién venido caballero. Hagámosle la cruz y vereis si desaparece como un rayo.

—Calle la deslenguada bruja, respondió un sencillo comarcano; sin duda cree que es algun espíritu maligno como ella. A vos sí que os la debiamos de hacer para que nos dejaseis libres de... voto á brios que si seguís charlando os llevo junto á él para que las herraduras de su caballo os prensen esa lengua de urraca.

Sea el demonio ó no, á nosotros nos place ver un caballero tan apuesto y arrogante.

—Sí.. sí; fíaos de la buena traza de uno y vereis lo que os sucede, volvió á decir la misma dueña recalcando sus palabras con cierto tonillo lúgubre y siniestro; vosotros siempre os figuráis que debajo de brillantes trajes se ocultan almas puras y santas y os engañais miserablemente. Y si no, acordaos del diablo que se le apareció á mi vecina, la del herrador, bajo la figura de un hermoso jóven... y despues se fué trasformando poco á poco en un asqueroso vicho con cada col-

millo como los del jabalí que ayer cogió en el bosque mi sobrino.

La vieja se poseia tanto al decir esto, que los jóvenes que la oían empezaron á mirar al misterioso paladin con tanto temor como si bajo su verdoso arnés se ocultase el mismo Satanás ú otro ser diabólico.

Empero mucho mas se confirmaron sus sospechas, y mas creyeron que lo era, cuando vieron que al lidiar con don Gonzalo, del primer encuentro le hizo volar el escudo en mil pedazos, quebrándole la lanza y arrojándolo en la arena muy mal parado. En efecto, la pujanza del encubierto campeón era admirable; y la destreza con que combatia bien revelaba en él uno de los guerreros invencibles de aquella época... hombres mas fuertes que sus arneses; verdaderos émulos del Cid, que alentados por el amor de sus señoras peleaban por su Dios, por su rey y por su pátria.

Volvió á tomar el conde de Pallares un escudo y una lanza, y montado sobre su brioso brido, volvieron otra vez á la batalla con mas sed

de sangre, con mas empeño que la primera.

El choque que recibieron de esta fué muy fatal para ainbos combatientes, porque saltando de las sillas al furor de sus certeras lanzas, rodaron á los piés de sus corceles que viéndose sin dueños y espantados del combate, huyeron del palenque haciendo muchas desgracias en el numeroso porpulacho al saltar á todo escape la barrera.

Al punto empezó un desórden y una gritería tal entre los circunstantes, que en vano podia calmar la voz de los heraldos.

Unos se levantaban del suelo estropeados por los caballos, y otros se reian de los dengues y visages tan extravagantes y ridículos que aquellos hacian al lamentarse de sus dolores.

Mas pronto se fué apaciguando poco á poco la algazara, poniendo todos su atencion en la sangrienta lucha que trababan á pié firme y cuerpo á cuerpo los dos bravos infanzones.

Cada uno habia echado mano á su espada con indecible lijereza, y llenos de corage, y ansiosos de morir ó de vencer, se descargaban tan furibundos tajos, que las viejas comenzaron á temblar

de miedo y á barbullar una plegaria por las almas de ambos paladines, porque veían la muerte de los dos segura.

Los ojos de don Gonzalo centellaban como ascuas al través de las barretas de la visera, y al dar un paso atrás para prepararse á un quite, uno de sus piés tropezó con un fragmento de su escudo y hubo de caer.

—Dios ó el demonio está de vuestra parte, gritó con rabia á su contrario, mas ni eso bastará para vencerme.

El caballero de Calatrava no contestó nada.

Efectivamente que por su silencio y lo misterioso de su entrada parecía lo que le creían las habladoras viejas, uno de esos espectros que no hablan pero accionan; uno de esos fantasmas ó difuntos que divagan por los cementerios, segun nos los describen las supersticiosas gentes.

Cada vez se escuchaba mas redoblado el martilleo de las espadas al dar en los escudos y en las cimeras; cada vez crujían mas las grebas de las armaduras de los dos contrarios con las contorsiones que hacía para atacar y defender, y

cada vez crecía mas y mas el ansia de los espectadores, cuando un *¡ay!* muy triste que lanzó el conde de Pallares, cayendo mortalmente herido, puso fin á tan encarnizada lucha.

Al ver esto las azoradas dueñas, ya no dudaron de que el invencible paladin de la armadura verde era don Froyla de la Olga, que habia venido del *otro mundo* á dar muerte de aquel modo al conde mas cumplido y esforzado de Galicia.

Eutonces empezaron á gritar á grandes voces que se descubriera al vencedor, gritando tambien los pecheros que les escuchaban.

El caballero de Calatrava no se hizo sordo á los clamores del furioso populacho; alzó la visera de su casco y dijo con voz de trueno.

—He jurado dar muerte al conde de Pallares por asesino de mi padre, y he cumplido mi juramento.

Todos los circunstantes quedaron asombrados de la varonil belleza del gallardo campeón, y mucho mas al reconocer en él al hijo de don Froyla, á quien como ya llevamos dicho, contaban víctima de las moriscas cimitarras.

Doña Blanca despidió un grito de espanto y de sorpresa al conocerle; corrió por todos sus miembros un sudor helado, y se erizaron sus cabellos como si la presencia de aquel apuesto paladin despertase en su agitada mente recuerdos horrosos de crímenes sangrientos. Proclamáronle al instante por vencedor del torneo al son de trompetas, y la condesa de Pallares le ofreció la rosa que con tanto valor habia conquistado.

—¿Rodrigo?... dijo con ternura al caballero.

Y viendo que éste sin hacerla caso, sin decir-la los ofrecimientos de costumbre se alejaba de su lado.

—Ni una palabra!... exclamó siguiéndole con los ojos, y una lágrima rodó por sus mejillas.... una lágrima que todos creyeron era tributada á la desgraciada muerte de su esposo; empero si comprendieran por qué fuera derramada... tal vez se horrorizáran, tal vez maldijeran á la hermosa doña Blanca de Pallares.

Don Rodrigo de la Olga se paró un momento ante las donosas damas como si quisiera ver cuál de todas las que habia era la mas linda, y diri-

giéndose en seguida á doña Elvira, que triste y desconsolada lloraba la infeliz suerte de su hermano, se prosternó á sus piés, y presentándola con galantería la deslumbrante rosa:

—Angelical señora, la dijo, dignaos aceptar esta prenda concedida al caballero mas valiente que aquí se ha presentado á combatir, y que este cede á la mas bella de las mujeres que presenciaron su honroso triunfo.

Las pálidas mejillas de la hermosa doña Elvira se tiñeron de color de púrpura; latíala el corazón con fuerza al escuchar á don Rodrigo, y olvidándose en aquel punto que la hacia tal oferta el matador del conde, tomó la rosa en sus manos, lanzando un suspiro tan melancólico, que tambien los espectadores interpretaron de otro modo muy distinto.

Entonces la condesa, que observaba con pesar aquella escena, murmuró una maldicion terrible y... pocos momentos despues, cuando ya las sombras de la noche se tendieron sobre la tierra como un capuz sombrío, la plaza quedó desierta enteramente.

Las niñas se retiraban á sus casas llenas de miedo y creyendo ver de cada árbol que encontraban un guerrero gigantesco que les esperaba con la lanza en ristre: los mozos, roncós de gritar, y las viejas mareadas, atónitas de lo que vieran y jurando unas á otras que en su vida habían asistido á un torneo tan extraño y novelesco.

CAPÍTULO II.

El castellano de Vascuas.

Maguer que viene la noche,
Que en guisa de peleador
Erguida la mí cabeza
Contemplo vuestro balcon,
Bendigo vuestras andanzas,
Para que vos logre Dios;
Y por veros dos vegadas
Hasta que el sol sale estoy.
Mírovos con tierno pecho.
Y miráisme con rigor.

(Rom. general.)

Don Gonzalo no murió como se había creído, gracias á un médico bastante hábil pudo restablecerse en poco tiempo de las heridas que recibiera de su esforzado antagonista.

Con su pronto restablecimiento volvió á reinar la alegría y la tranquilidad dentro de los muros del castillo.

Ya nadie se acordaba de las fiestas con tristeza sino para celebrar sus proezas de los bravos campeones que probaron en el torneo la pujanza de sus brazos.

Habian trascurrido veinte dias: la luna se elevaba pálida y majestuosa sobre los altos montes que besa el límpido Ferreira y que se levantaban entre la densa lóbreguez de la silenciosa noche como gigantes colosales pendientes del firmamento, y en una primorosa habitacion de la inespugnable fortaleza de Pallares, yacía recostada con abandono y languidez, en un magnífico sofá forrado de terciopelo carmesí, una mujer hermosa y melancólica como la Magdalena cuando oraba al pié de la sagrada cruz.

Muy tristes, por cierto, debian ser los pensamientos que ocupaban en aquel instante la imaginacion de doña Elvira de Pallares, porque de cuando en cuando algunas lágrimas se deslizaban de sus ojos, y al rielar en ellos los mori-

bundos rayos de la graciosa lámpara de plata que iluminaban el aposento; destellaban un fulgor tan fúnebre y siniestro que á cualquiera observador hiciera estremecer involuntariamente.

Ya hacia largo tiempo que inmóvil y apesadumbrada se encontraba en aquella estancia, cuando abriéndose la puerta de repente, se presentó á su vista un jóven y bizarro caballero.

—Guárdeos el cielo, hermosa doña Elvira, dijo el recién llegado fijando en ella una mirada escrutadora y tierna, sentándose á su lado.

—Y á vos, noble señor de Vasquas, os conceda luengos años de ventura, contesto la vírjen con su afabilidad habitual; con aquel acento dulce y encantador que hacia latir los corazones de amor y de entusiasmo; con aquel acento puro y sentimental tan propio para arrullar las ilusiones de los ángeles...

—De ventural.. de ventural... repitió el guerrero con voz triste y sepulcral; hol.. esos años de ventura que deseais al castellano de Vasquas, nadie sino una mujer pudiera dárselos.

—Os entiendo, estais enamorado y cifrais tal vez vuestra dicha en el amor de la beldad á quien amais.

—Cierto, señora. Y si yo tuviese la dicha de ser amado de esa dama que adoro con todo el ardor de mi alma, nadie fuera mas feliz, nadie mas dichoso.

—Dudais entonces de su amor?

—Nunca la dije una palabra, nunca me vi tan solo con ella como al anocheecer de un dia nebuloso y frio como hoy. Cansado de sufrir mas en silencio la pasion abrasadora que sus hermosos ojos despertaron en mi alma, me decidí á declarárselo todo para que supiera que la amaba como doncel amó jamás. La mujer que tanto idolatro estaba sola cuando entré en su habitacion; estaba tendida con voluptuosidad sobre un sillón, tan bella, tan encantadora como lo estabais al presentarme ante vos hace un momento. ¿Sabeis lo que hice así que me vi solo con ella? me arrojé á sus piés impelido del indestructible amor que me devoraba, como yo lo hago ahora á los vuestros, y la dije:

Doña Elvira de Pallares, no se os debe ocultar la frenética pasión que cual ardiente lava abrasa mi pecho; vos sois la única mujer que amé en mi vida, la única que amaré mientras aliente, y la única que puede concederme largos años de ventura con sus halagos celestiales.

Al oír tan extraña declaración la hermana de D. Gonzalo, una sonrisa de desprecio asomó á sus carmíneos labios, una sonrisa que hizo palidecer al enamorado caballero.

—Levantaos, Rui Payoll exclamó con temblorosa voz.

—Oh! de aquí no me levanto si no me decis que estais pronta á ser esposa mía.

—Levantaos, volvió á decir Doña Elvira; porque otro hombre antes que vos me hizo soltar el juramento de adorarle hasta la muerte.

—Otro!!! otro!!! gritó el de Vasquez levantándose furioso como un tigre; y sus ojos centellaron como áscuas, y sus manos puestas en la cruz de su terrible espada parecía que pugnaban por deshacerla: tal era el coraje que tenía.

—Decidme, señora; decidme pronto el nombre de ese rival que en hora tan infortunada se presentó ante vuestros ojos?

—Oh! eso no espereis que yo os lo diga. Oid, Rui Payo, os hice esa confesion porque os conozco bastante, porque sé que sois un caballero que respetareis este amor que profeso á otro, y que si amándome no podeis conseguir que os ame, os contentareis con mi amistad.

—Y vos lo creéis así?

—Me engañaré, Rui Payo?

—Si os engañais, decís..? Oh! vos sin duda no comprendéis la desesperacion que abriga en su pecho un noble despreciado! vos creísteis que con esa sencillez con que me rebelásteis vuestros amores, estinguiáis en su jérmén la rabia, los celos que experimento al saber que amais á otro! y por Cristo que la errasteis.

—Sosegaos, Rui Payo: tened piedad de mí si me quereis como decís..! Dejad ese tono de súplica, porque nunca podrá acallar los tormentos de mi alma. Oh! yo que cifraba toda mi gloria en haceros mi esposa: yo que despreciando los laureles de las batallas no ambicionaba mas que vivir cerca de vos, la virgen de mis ilusiones, el angel que yo creia descendido del cielo para hacer feliz esta vida que me dió solo para padecer.... Ah! queréis que me

apiade de vos cuando me desechais por otro!! tal vez algun villano!!! No; mil vidas que tuviera emplearia gustoso en haceros tan amarga la existencia como desde ahora lo será para mí. Doña Elvira, dentro de poco debe alzarse ante los dos ó un altar ó una tumba; ¿lo oís? la tumba de ese rival!

—Y sereis tan inhumanos!...

—Aun haré mas. Si vos no consentis en ser mia, hoy mismo indagaré quién es el imbécil que hizo nacer en vuestro pecho ese amor que yo aborrezco; me batiré con él, y si tengo la ventura de vencerle, llevaré su cadaver á esas montañas, y desde cierta distancia me gozaré en ver como le despedazan los feroces lobos que vagan por ellas hambrientos de carne humana.

—Oh! eso fuera muy cruel!.. fuera una venganza asaz, atroz é ignominiosa! Pero vos no haréis lo que habeis dicho, á menos que de corto tiempo á esta parte los sentimientos que abrigueis en vuestro pecho sean los de una fiera sedienta de sangre y de esterminio. Calmaos, Rui Payo; buscad otras mujeres y haced por olvidarme.

—Si eso pudiera hacer, eso hiciera.

—Es decir que persistis en ser mi esposo?

—Hasta la tumba.

—Antes bajaré yo á ella que vos consigais tal.

—Y yo no tardaré en seguiros, muriendo contento porque Doña Elvira de Pallares ya que no fué mi esposa no lo fué de nadie.

—Ah! nunca morireis tan contento como decís, porque si mi hermano esta de vuestra parte y niega mi mano al guerrero que delirante amo, un dia amaneceran á orilla del Ferreyra dos cáderes abrazados, el de un hombre y una mujer, el de Doña Elvira de Pallares y el de D ...

—Acabad, decid pronto ese nombre....

—¿Ya le tarda al aguila lanzarse sobre la paloma que acecha?

—Si, ya le tarda: ya quisiera lidiar con ese rival que odio sin conocer; ya quisiera apurar gota á gota toda su sangre, y ya quisiera en fin, hacer trizas con esta espada su maldecido corazon...

—Callad, que me horroriza esa ansiedad carnívora que demostrais. Puede ser que si os halláseis ante él no fuerais dueño de desnudar ese acero para herirle.....

—Tan cobarde me creéis!

—Si, para él sois poco.

Delirais, señora! Quien pudiera vencerme cuando me dispularan vuestra hermosura³ nadie, seguramente nadie.

—Mas tened presente lo que os voy á decir.

—Dentro de pocos dias vais á ser mi esposa ¿entendeis? vais á ser esposa del castellano de Vascuas, porque el conde me hizo dueño de vuestra mano desde que yo le entregué la de doña Blanca. Sin embargo, el dia de mañana decidirá de vuestra suerte: si al lidiar con ese rival aborrecido le venzo, vos sereis mia; si muero, entonces D. Gonzalo hara vuestra felicidad consintiendo en que scais de ese hombre que preferis á Rui Payo. Ahora ya no me resta mas que deciros. Doña Elvira quedad en paz.

Y dirijiéndose á la puerta el castellano de Vascuas para salir del aposento, le detuvo Doña Elvira diciéndole:

Aguardad, Rui Payo. Ya que vos estais decidido á morir ó ser mi esposo, sabed que por si la fatalidad horrenda que me persigue, llegais á vencer en el combate, un convento será mi morada mientras viva; en un convento lloraré la muerte de vuestra víctima.

—¡Ingrata! cuando os amo como los ángeles

al Eterno, contestó el de Vascuas con acento compunjado, cuando por vos sacrificaría vida, nobleza, poder... todo lo que me rodea, todo lo que me fuera mas amable!! Bien, señora; vos nunca seréis mía; pero tened en cuenta de que tan luego como llegueis á espirar, iré á vuestra sepultura, me haré dueño de Doña Elvira de Pallares muerta, ya que no lo pude ser de viva; huiré con vuestro cuerpo á un pais lejano haciéndolo embalsamar antes; y así como el humilde anacoreta adora á la Virgen en una pequeña esfigie de madera, yo la adoraré en el cadáver de Doña Elvira de Pallares.

Y al decir esto el castellano lanzó una mirada de dolor á la insensible dama, saliendo de la cámara con las lágrimas en los ojos, con el corazon lleno de un amor grande, volcánico é inextinguible.

Luego que Doña Elvira quedó sola empezó á llorar amargamente, y el llanto que surcaba por sus palidas mejillas volvió á destellar el mismo fulgor fúnebre y siniestro... reflejo de un desgraciado porvenir.

Un instante despues el reló de la gótica fortaleza dió las ocho, y sus broncas campanadas que

esparramaba por el espacio el helado viento de Otoño, despertaron á doña Elvira del estupor en que se hallaba sumerjida; envolvióse en un capuz tan negro como los pesares que la agobiaban, y salió de la habitación deslizándose como una sombra por las largas galerías del castillo.

CAPÍTULO III.

El secreto.

Una nueva yo te traigo
Dolorosa y de pesar:

.
Que he hallado la infanta
Con Claros de Montalban,
Besándola y abrazándola
En vuestro huerto real.
(*Claros de Montalban.*)

Ya se parte el pagecico,
Ya se parte, ya se va.
(*Rom. general.*)

El refulgente sol del siguiente día apenas empezaba á dorar con sus rayos de coral los piramidales montes que besa el diáfano Ferreira con sus puras y cristalinas aguas; y ya la bella con-



desa de Pallares se encontraba levantada en su oratorio acompañada de su favorito paje.

Era Doña Blanca una de esas hermosuras que á primera vista hacen sentir una emocion muy dulce, pero que despues se miran con indiferencia. Su rostro era sumamente blanco, sus ojos vivos y sus cabellos eran tan rubios como los cordones de oro que formaban muy vistosos dibujos en el lujoso traje de teociopelo negro que vestia. Doña Blanca ya contaba unos treinta y cuatro años: su jóven paje aun no rayaba en los diez y ocho; empero ya era muy formal y de bastante cuerpo.

—Eran sus facciones lánguidas y espresivas, y la melena que caía sobre sus hombros en ondulantes bucles, tambien tenia el mismo color que la blonda cabellera de su señora.

Los dos estaban sentados en un mismo camapé, y cualquiera al verlos tan solos y mirandose con tanto amor, hubiera dicho que eran dos amantes.

—Jimeno, dijo la esposa de D. Gonzalo al elegante pajecillo, cogiéndole una mano que estrechaba entre las suyas con ternura; desde que estamos en Pallares noto en tí cierta tristeza que me disgusta. En Vascuas eras mas jovial; ibas

continuamente á caza; corrías en mi troton toda la vega sin cansarte, y trovabas cántigas alegres. ¿De qué proviene esa mudanza....?

—¡Vos lo ignorais!.. es verdad: nadie sabe lo que padezco: sí, es necesario que os descubra mi corazón como vos me descubristeis el vuestro cuando os aqueja alguna pena. Oh! para vos jamás secreto alguno abrigara mi pecho.

—¿Sabeis por qué estoy triste? porque quisiera ser un caballero poderoso como el marqués de Saria, presentarme en los torneos tan lucido como él, y conquistar con una lanza el premio que se da en ellos al vencedor.

—¡Pobre paje!...

—Sí, teneis razon, señora, en compadeceros de Jimeno; porque Jimeno jamas padeció tanto ni padecera mas en toda su vida. Pero no creais es eso solo lo que me martiriza, no; os lo diré, os lo diré porque vos debeis saberlo todo. Aquí en Pallares vi una mujer que al verla todo mi ser se estremeció como si viera al Todopoderoso; su hermosura celestial causó tal impresion en mi, que desde entonces esa mujer es mi único pensamiento.

—¿Su nombre?...

—¡Perdonad; no puedo pronunciarlo...!

—Dime su nombre pronto, ya que me ofreciste no callarme nada.

—Doña Elvira de Pallares.

—¡Infeliz! trata de desterrar ese amor de tu pecho, porque es imposible sea tuya esa mujer. Si Jimeno, olvídale; olvídale para siempre.

—Mas imposible es lo que me mandais, señora.

—¡Desgraciado! qué ganarás con amarla, que ganarás cuando dentro de poco será la esposa de mi hermano?

—Lo sé.

—Insensato! qué ganarás con amarla cuando ella ni siquiera sabrá tu amor nunca, y si lo llega á saber responderá con sarcasmos á tus súplicas, con risas á tu llores?..

—¡Es verdad que eso es muy cruel! pero sin embargo, no puedo ni podré olvidarla.

—Y bien...

—Y bien, devoraré mi amor en silencio hasta que mas no pueda, despues el Miño recibirá mi cuerpo y entre sus ondas hallaré la muerte.

—¡Qué idea tan fatal...! Ah! nunca me darás

ese sentimiento, no; tú irás olvidándola con el tiempo.

—No lo esperéis.

—Mira, Jimeno; yo también amé con el frenesí que tú, y luego que estuve separada del objeto que adoraba, se fué amortiguando mi amor insensiblemente: ¡oh! voy á descubrite un secreto de mi vida que pesa sobre mí como el torcedor de un parricida.

—Décidlo, porque todo lo que tiene relacion con vos me interesa mucho; sí, me parece que vos también debisteis tener cuando erais de mi edad algunos amores desgraciados, pues muchas veces vuestras lágrimas cayendo sobre mi frente me lo'dijeron... abriais la boca para contarme alguna historia horrible y despues callabais. .

—Sí, amé y fui muy inteliz en mis amores. Júrame guardar en tu corazon fielmente lo que te diga.

—Lo juro, ya sabeis que mi vida os pertenece, porque si no fuera por vos mis padres no vivieran felices, y yo no gozaria la ventura que siento cuando os contemplo....

—Bien, Jimeno, bien. Escucha. Hace muchos años que el señor de Castro-verde tenia un hijo

jóven y hermoso como tú, cuyo único afán y única gloria era siempre estar á mi lado...

—¿Os amaba?..

—Con delirio; nos amábamos desde niños ciegamente; mi amante tendria tu misma edad y tus mismos ademanes...

—Proseguid.

—Una mañana entró en mi cámara más triste que de costumbre diciéndome que el foso de su castillo encontraría el cadáver de su padre lleno de puñaladas, que sabia quién le asesinara y que habia jurado vengarlo ó perecer en la demanda. Y apenas tal me dijo se arrodilló á mis pies, me suplicó que no le olvidase nunca, y se alejó de mí lloroso sin que jamás volviese á verle.

Hacia ya más de quince años que partiera, quince años de angustia y de padecimientos, cuando mi hermano trajo á nuestro castillo de Vascuas al conde de Pallares que acababa de venir de las guerras de Castilla.

—El conde se enamoró de mí y pidió mi mano. Rui Payo se la concedió con tal de que, trascurrido que fuese un mes despues de su boda, la hermana de D. Gonzalo seria esposa suya. El conde me declaró su amor y le dije que era en

vano tratase de enlazarse conmigo, porque nunca sería de otro que de D. Rodrigo de la Olga.

Apenas salió este nombre de mis labios ¡dichada! me dijo, si esperas por D. Rodrigo de la Olga bajarás al sepulcro sin verle, porque los caballeros de Galicia que en los campos de Nájera han muerto, no volverán jamás á ella.

Al saber tal nueva quedé como loca del sentimiento que experimenté; por fin á instancia de mi hermano consentí en casarme con D. Gonzalo, porque solo así él llegaría á ser esposo de Doña Elvira. ¡Ah! maldición sobre el infame conde que con una mentira tan atroz me precipitó en un abismo de donde para salir necesito derramar sangre. Sí, Rodrigo vive, él fué el que venció en el torneo, y el que creyéndome culpable ni siquiera me saludó al mirarme.

El caballero que ha vencido en el torneo decís que es el amante que llorábais!..... ¡Oh! pues oid una nueva más fatal aun que todo lo que me habeis contado. Ese guerrero desde el día de el torneo todas las noches habla con Doña Elvira junto al río que besa los muros del castillo.

—¡Qué dices, Jimeno!!!

—Lo que vi, señora!

—¿Y le ama ella?

—Más que á nadie.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo lo sé?... os olvidais que amo á Doña Elvira! Mirad, todas las noches acostumbraba yo á ir al pié de las ventanas de su cámara á cantarle las trovas que componía.

Hace pocos dias, así que acabé de cantar una muy triste que compuse, se llegó un armado caballero á donde estaba, y cogiéndome de un brazo con tal fuerza que casi me lo estrujaba entre la manopla: ¿quien sois? me dijo con rabioso acento.

—«El paje de la Condesa de Pallares,» le contesté sorprendido de su repentina aparicion en aquel sitio.

—«¿A quién cantais?» volvió á decirme con imperiosa voz.

Yo no le contesté nada y entonces arrancándome el laud de las manos lo estrelló contra los muros del castillo, amenazándome matarme si otra vez me oía allí trovar.

—¿Y qué has hecho tu despues?

—Hice que me marchaba y me escondí detrás del tronco de un corpulento roble. El caballero

marchó hacia el río y yo le seguí con ánimo de conocerle.

Pocos momentos después una mujer se deslizó como una fada ante mis ojos llegándose al doncel que la estrechó en sus brazos con amoroso frenesí.

Empezaron á platicar sin saber que yo les escuchaba tan cerca: la plática era de amores, y por ella conocí que el impetuoso caballero era D. Rodrigo de la Olga....

—Él !! él !!!

—Sí, Señora, y la dama Elvira de Pallares.

—Amarse ya en tan pocos días! oh! se me hace increíble. Malditos amantes, yo os daré tantas horas de dolor como disfrutais de ventura. Jimeno, ahora mismo sal para Castro-verde, busca á D. Rodrigo y dile que tu señora le espera de aquí tres días en su castillo de Vascuas donde desea hablarle. Vas?

→Al momento.

—Vé, Jimeno, vé; que juro vuelva á amarme cuando le diga una sola palabra.

—Sobre todo guarda el mayor secreto de cuanto oíste; acuérdate que soy la esposa de don Gonzalo....

—No temais, señora, dijo el pagecillo besando con trasporte la blanca mano que le tendia la Condesa.

Y despidiéndose prontamente de ella, salió de aquella estancia ansioso de cumplir su cometido.



CAPITULO IV.

El encuentro.

La bella mal hermanada,
De las lindas que yo ví
Véote triste, enojada,
la verdad dila tu á mí.

.
.

Ellos en aquesto estando
El hermano llegó allí...
¿Que faceis, mala traidora?
Hoy habedes de morir,
(*Rom. general.*)

La luna desde el negro firmamento plateaba con sus argentados rayos los torreones de Pallares; el follaje de los árboles que le cercaban ondulaba muellemente á impulsos de la fresca brisa y el murmullo placentero del undoso río que lamia sus soberbios muros, arrullaba la deliciosa plática de dos personas que sentadas sobre la

fresca alfombra del inmenso prado, á su orilla se encontraban. La una era un guerrero jóven de atlética estatura, de armas verdes y de airoso ademanes, y la otra una belleza rafaélica, de esbelto talle, cuyo rostro hermoso hacia asemejar á una de esas creaciones fantásticas que ideamos y que por su hermosura incomparable las llamamos ángeles.

Jamás los nítidos destellos de la reina de la noche alumbráran á una veldad tan linda como la que en las margenes del Ferreira requeria de amores el de la Olga; y jamás cuadro de tanta animacion y gracia pudiera dibujar Ticiano que el que formaban los dos amantes á tal hora y en tal sitio.

—Rodrigo mio, decia la amorosa Doña Elvira de Pallares al elegante paladin que la estrechaba entre sus brazos radiante de entusiasmo y de ternura; qué felices fueran los días que nos restan en la tierra si se estinguiesen con nuestro enlace las desavenencias que hay entre las familias de Pallares y de la Olga. ¡Oh! tú debias ir junto á mi hermano, y si fuera preciso...

—Qué vas á proponerme? interrumpió irritado el caballero: vive Dios que antes que tuviera

que humillarme á él, consentiría mejor ver arrasar el solar de mis mayores y perecer entre sus escombros.

—Entonces, repuso la hechicera dama con melancolia, siempre vivireis odiandoos y nunca Doña Elvira de Pallares podrá ser esposa de don Rodrigo de la Olga.

—Dios protegerá nuestros amores; nuestros amores puros como los divinos seres que rodean su brillante trono.

—Ilusion!

Hermosa Elvira, no desconfiéis así de él, porque esta dulce simpatía que nos une en tan poco tiempo, esta pasión frenética que sentimos, es obra suya, y el Ser Supremo querrá concluir su obra.... Oh! aunque no fuera más que por los trabajos, por las heridas que recibí por él, debía hacerlo. Sí, Dios lo hará... Dios en este instante se estará gozando en vernos tan amantes. Ah! dime que me amas, dime como hace poco, «yo soy la rosa que crece entre las zarzas, y tu amor la brisa que la purifica: sin tu aliento rodaría por el suelo triste y marchitada.»

Cuando hablaba así el gurrero parecía un inspirado anacoreta del desierto hablando de su Dios

á los infieles: era su voz pausada y majestuosa.

Hubo un momento de silencio.

Doña Elvira se esforzaba por alejar de su imaginacion los tristes pensamientos que la auguraban algo de terrible y desastroso, y el caballero no hacia mas que gozarse en contemplar los seductores atractivos de su amada. De este modo hubiera estado toda la noche si un momento despues la bella hermana del poderoso conde de Pallares no desplegara sus labios para dejar oir su fascinador acento.

—Rodrigo, dijo, yo quisiera ocultarte una noticia harlo funesta para nosotros, pero no puedo: es necesario que la sepas.

—Pues habla pronto; dime cual es, segura de que por muy pesados que sea, nada me arrearará...

—El castellano de Vascuas me ama, y el conde quiere desposarme con ese hombre. Anteayer entró en mi cámara Rui Payo...

—¿Qué te dijo?

—Que me amaba con furor y que solo en la tumba dejará de amarme.

—Insensato! Y ¿qué le has dicho?

—Le dije que me olvidara, porque antes que él

otro hombre habia depuesto á mis pies su corazon. Oh! esto que le declaré sin preveer el peligro á que me espõnia tan indiscreta confesion, tal vez causará la muerte de entrambos; porque Rui Payo juró averiguar quién era su rival y provocarle á un duelo á muerte.

—Ay de ese castellano si tal sucede! Imbécill y se atreve á decir tal! por Santiago que si nos encontramos, ya le pesará bastante ser rival del de la Olga.

—Está desesperado y la desesperacion tal vez le dará fuerzas para vencerte.

—Vencermel á mi vencerme ese malsin que nunca enristró una lanza contra un moro! No; jamás llegará á jactarse de eso. Si esa fuera la única desgracia que nos amenaza ya podemos decir somos dichosos.

—Dichosos! repitió doña Elvira con quejumbrosa voz, dichosos cuando parece que todos de concierto se agitan contra nosotros!

—Elvira, yo te haré feliz antes de poco, aunque el mundo entero se opusiera á ello; si, yo lo juro, yo juro que en breve me llamarás esposo ante Dios y ante los hombres.

—Oh! pero escucha cómo la cascada de don

Mendo arrulla tu juramento con su fragor fatídico; parece que nos augura un porvenir fatal y desastroso. Sus ecos se asemejan á los de las embravecidas olas del mar que á impulsos del huracán se estrellan en las rocas; á esa música agorera y prolongada que acompaña la triste y funebre oración del náufragol

—¡La cascada de D. Mendo dices!... Oh! no hay vez que no me acuerde de ella sin estremecerme.

—¿Por qué?

—Por qué?... tú no lo sabes! nunca has oído contar la muerte que llevó allí uno de mis ascendientes?

—Nunca.

—Ah! es una historia que temblarías al oirla.

—Oh! dila, dila...

—Oye: ya sabes que el odio que divide nuestras familias es de muchos años. Uno de mis antecesores, D. Mendo de la Olga, se había enamorado de la hija de un señor de Aday, al tiempo que lo estaba uno de los tuyos. El rencor que, como enemigos, heredaran de sus padres y el que sintieron al saber eran rivales, le devoraba de tal manera, que no ansiaban más que despedazarse

como hambrientos tiburones. Un día se encontraron y se batieron tenazmente, en cuyo desafío venció D. Mendo dejando á su contrario muerto. Mas ay! á los pocos días el hijo de éste acompañado de sus soldados sorprendió al matador de su padre, y lo llevó á la cima del escabroso monte que domina esa cascada tan horrorosa arrojándolo sin compasion abajo. Oh! la muerte que recibió D. Mendo fué una muerte lenta, desgarradora... porque una pierna le quedó presa entre dos peñas, y sin poderse mover de allí, murió de hambre bebiendo la sangre que caía de sus heridas.. (1)

—Que crueldad!!

—Lloras Elvira!!

—Quién no lloraria al escucharte! Oh! cuando dos familias se hacen guerra ¡qué de crímenes, Dios mío!

—Si; y algunos atroces, como el de mi padre, que nada basta para vengarlos; y yo á pesar del juramento que hice ante su cadáver no le vengué como debia. El ser hermano tuyo el asesino de D. Froyla es lo que le salva; porque á tí te amo.

(1) Tradición del país.

mas que todo... por tí quebranto lo mas sagrado que tiene el hombre, sus promesas, y por tí muriera yo gustoso con tal de que una lágrima de tus abrasadores ojos cayese sobre la losa de mi tumba. Elvira mial qué feliz es el que está á tu lado!

—Rodrigo, y tú crees que esta ventura será muy duradera!... cuánto te engañas! pronto sabrá nuestros amores, y entonces amado mio, entonces quien verá á mi hermanol...

—¿Qué me importa su furor?

—¡Qué te importa, Rodrigo! bramará como una fiera y si no te puede matar cara á cara lo hará á traicion. Oh! tú no le conoces; el odio que profesa á tu familia jamás desaparecerá de su pecho.

—Tienes razon, Elvira; yo debo otra vez retarle á la pelea y....

—¡Es mi hermanol

—Tu hermanol... tu hermano, ese monstruo que te obliga á casar con un hombre que aborreces, solo porque así lo quiere! tu hermano cuando es un asesino, y los asesinos no pueden ser hermanos de los ángeles; cuando se goza en sus padecimientos como se goza el buitre en degollar

su presa, como se goza el gusano en dar vueltas por el cráneo del cadáver que acaba de roer! Oh! ese no es tu hermano, es tu verdugo, y semejante sér es preciso que cese de vivir, porque mi padre lo pide desde su sepulcro, porque tu felicidad lo exige...

—Rodrigo, ni aun así fuera yo dichosa, no: cómo me habla de unir al hombre que idolatro, que era lo único que me haría venturosa, si sus manos estaban teñidas con la sangre de mi hermano!... Pero tal vez con el tiempo puede ser huya de su corazón el odio que te tiene.... Pero qué digo? infeliz! infeliz de los dos si no tratamos de olvidarnos!..

—Olvidarnos!!! qué acaban de proferir tus labios! Oh! y puede ser que así lo quieras; puede ser que *llegues* á olvidarme!.. Virgen divina, dime que no lo harás nunca, dime que crecerá tu amor á medida de los obstáculos que se oponen á nuestro himeneo...

—Rodrigo, te prometo que será así; mira, añadió sacando de su seno una rosa de oro: mientras esta prenda de amor veas sobre mi corazón, nunca desconfíes de tu Elvira.

—Bien, hermosa; pero no vuelvas á despeda-

zarme el pecho con los temores que te asaltan cuando te hallas á mi lado. Si la suerte llega á sernos contraria por mas tiempo, quizas llegaremos á morir; pero ¡guay! de los que causen nuestra muerte; porque, vive Dios, que si mil vidas tienen, mil vidas estinguiré á estocadas! Oh! yo estoy decidido á morir ó ser tuyo para siempre, porque te amo ardientemente... porque te...

—¡Basta ya, vil seductor, mal caballero!... dijo con voz furiosa un hombre que de súbito apareció ante ellos... Era Rui Payo, el prometido esposo de doña Élvira.

Al verle esta, lanzó un grito de terror huyendo despavorida hácia el castillo, y Don Rodrigo encarándose á Rui Payo:

—Quién dice tal? gritó lleno de ira.

—Yo: me conocéis?...

—El de Vascuas!

—Sí, el de Vescuas, el que ama á esa mujer más que vos.

—Mentis.

—Mentir! no por cierto. Decidme fatal guerrero, ¿por qué alejásteis de mí la felicidad que me aguardaba con Doña Elvira?... ¿por qué la sedu-

gisteis de ese modo sin ver que haciais infeliz á un hombre que nunca os hizo daño en nada, sin prever que este hombre despues desesperado no descansaria hasta mataros?... hasta mataros! sí, porque ese amor os costará la vida.

—Temerario! ¡qué me digais vos eso á mil á mi, que de un mandoble os segaré la cabeza á la menor ofensa que me hagais!...

—¡Probadlo, deslenguadol...

—Id con Dios, Rui Payo, porque á fé que me dais lástima.

—Yo causaros lástimal Preparaos á lidiar ó vive el cielo que os arrojo al rio por cobarde.

—Cobarde yo!... hé ahí la única palabra que me hace desenvainar la espada.... Desfiéndete infeliz! exclamó entonces Don Rodrigo echándose sobre su rival que en guardia le esperaba.

Trabóse entre los dos un combate á muerte, una lucha encarnizada y sangrienta como la de rabiosos tigres... Pero poco duró, porque el acero de Rui Payo cayó al suelo quedando herido en el brazo izquierdo.

—Oid, maldito Castellano! le dijo D. Rodrigo, os concedo la vida con la condicion de que nadie ha de saber lo que ha pasado entre los dos...

—Yo no quiero la vida, no; contestó su contrario con soberbia y cada vez mas enfurecido; quiero morir, quiero morir mil veces antes que debérosia... Matadme Don Rodrigo, ó algun dia os arrepentireis de haberme perdonado....

Iba á hablar el Caballero de Calatrava cuando varios soldados del conde de Pallares acudieron al ruido de las armas. Entonces lanzó una maldicion aterradora huyendo como una exhalacion entre las densas sombras de la ya avanzada noche.

.

Aun no habria trascurrido media hora desde que pasó lo que acabamos de referir, cuando una especie de fantasma se dejó ver á orilla del Ferreira envuelta en oscuro manto por el estilo de los que usaban las principales señoras de aquella época en la corte de Sevilla, y parándose en el mismo sitio donde pocos momentos antes habia pasado una escena de amor y otra de sangre, se tedió rendida, desesperada...

La luna brilló en aquel instante en todo su esplendor saliendo de entre una aplomada nube que la ofuscára; en vez de aquel ser fantástico vióse una mujer hermosa con los ojos fijos en una charca de sangre que tenia al lado, en la sangre

del Castellano de Vascoas.... era Doña Blanca.

Desdichada! si hubiera podido recorrer el velo que ocultaba su negro y desastroso porvenir, si algun sábio nigromántico de entonces le dijese allí su horóscopo.... en lugar de aquel cuerpo lleno de vida y hermosura, quizá los rayos del sol al tenderse al otro día por la tierra, alumbráran el cadáver de un suicida!!

Breve instante despues un hombre de membrudas formas y de feroz aspecto compareció ante ella. Llamabase Sancho de Andavao y era escudero de Rui Payo.

—Sancho, dijo la condesa de Pallares con pesarosa voz, me siento mala: la conversacion de esos dos amantes me ha hecho sufrir mucho!

—Ya os lo digo yo cuando me habeis dicho que os acompañara. Señora, levantaos, la noche esta cada vez mas fria y... sois tan débil!

—Espera un momento.

Sancho no respondió nada; cruzó los brazos y clavó sus hundidos ojos con pasion en la condesa que, arrodillándose en el suelo, se puso á orar. Infeliz.... tan solo Dios y ella sabrian porque elevaba aquella plegaria, puesta de hinojos sobre la humeante sangre de su hermano!

CAPÍTULO V.

La entrevista.

Grau pesar tomó el infante

Al oír nueva tale;

Mandó llamar la su fija:

Ya solo los dos estane.

—Mala fembra, mala fembra,

¡A un home tan ruin amarel

Esa ofensa á tu linage

Non se puede perdonare.

(*Rom. general.*)

Hallábase en su lecho el conde de Pallares cuando los gritos que dieron sus soldados al oír el rumor de la pelea, le hicieron saltar de él; á pesar de sus heridas, y vestirse temiendo alguna alarma.

Poco tiempo despues el castellano de Vascuas

entró en su habitación cadavérico y temblando...

—¿Qué ha sucedido?... le preguntó el conde al verle tan pálido y pesaroso, y reparando en la sangre que salía de su herida, ¿quién os hirió? volvió á decir con rabia.

—¡Quién me hirió preguntais!... ¿no lo adivinará D. Gonzalo?

—No, por cierto.

—Pues oid: hará dos horas me dijeron que se amaban D. Rodrigo de la Olga y vuestra hermana.

—Os engañaron....

—¡Plügniera al cielo fuera así!

—Vos lo creéis, Rui Payo! vos creéis que se aman! gritó el conde con bronca y temblorosa voz, oh! eso no es cierto, porque si tal fuera, ya lo sabría yo y entonces ¡ay de los dos!!... proseguí. ...

—En seguida me han contado que todas las noches se hallaban junto á los muros del castillo. Despechado y lleno de furor corrí al sitio que me indicaron y los ví....

—¡Los viste!!!

—Los vi, conde; los vi como os veo ahora á vos, y aun hice mas, escuché su plática amorosa.

—Maldición sobre mí, que confiado en la virtud de Doña Elvira, ella en tanto deshonoraba mi linaje!... Ah! mil muertes, mil martirios sufriría yo gustoso antes que escuchar lo que habeis dicho...! y al hablar así D. Gonzalo daba fuertes patadas en el suelo rechinando los dientes como la cadena de una ancla al fondear un buque.

Rui Payo continuó:

—Me batí con mi rival...

—Y le mantasteis?... Oh! decidmelo, Rui Payo, porque sino, no sosegaré jamás; decidme que traeis el cadáver de D. Rodrigo para que beba su sangre y tinte con ella las paredes de mi cámara.

—Conde, no hubo mas sangre que la mia.... la espada de mi diestra pasó á sus pies...

—Os venció el maldito!...

—Como á vos en el torneo.

—Si, me venció: pero ¡guay de él tan pronto le columbre donde quiera!

—Tambien os vencerá.

—Tambien...! puede ser, porque jamás me batí con un guerrero de tanta pujanza. Oye, Rui Payo; el medio mejor para vengarnos de ese

hombre es buscar quien le asesine:... me enten-
deis?

—Os entiendo, y por mi vida que en eso soy
con vos.

—Sí, que muera; sea del modo que quiera, es
menester que ese doncel perezca. Con él se estin-
guirá su raza malhadada, y entonces cuando yo
baje al sepulcro, tendré la gloria de decir á mis
mayores *«benedicid al esterminador de los de la
Olga.»*

—¿Y ella, conde, que hareis de ella.. ?

—Ella... morirá! Yo mismo hundiré mi daga
en su corazón.

—Oh! jamás vos hareis tal sin matarme
antes...!

—¡Rui Payo!

—Conde, amo á vuestra hermana mas que el
honor, que es decir, mas que la vida: mientras
aliente ella, alentará Rui Payo, y aunque siem-
pre la amaré como se ama á Dios.

—Es decir que os opondreis á su muerte!

—Mientras exista.

—Oh! Rui Payo! ¿qué hariais vos en mi lu-
gar?...¿qué hicierais vos si tuvierais una hermana
que deshonraba el lustre de su estirpe...?

—No la arrancaría el corazón como vos queréis hacer con doña Elvira; y por el cielo que sintiera tanto una mancha de deshonra como el más cumplido caballero de la tierra. ¿Sabeis lo que haría en vuestro caso, conde?... encerrarla en una torre en cuyo recinto oscuro gemiría su desdichado hasta la muerte.

—Bien, haré lo que me aconsejais; llamaréla ahora á mi presencia, y si dentro de tres días no me promete ser esposa vuestra, irá á un convento y de allí á la tumba.

—Empero, mirad que en un convento aun no estará bien segura... D. Rodrigo de la Olga profanará santuarios y hará cuanto pueda hacer un hombre por robarla...

—Dejad, Rui Payo, que tal vez ese doncel no tardará mucho en ser cadáver; yo os prometo que antes de ocho días hemos de verle así... Infame! me ha declarado asesino de su padre públicamente en el torneo.... Oh! yo le prometo que algún día se arrepentirá de sus desmanes.

—Conde, hasta luego...

—¿Dónde vais?

—A vendar la herida...

—Id, Rui Payo, id; que si él tuvo dos días de

ventura, nosotros tendremos uno cual jamás lo haya tenido nadie, el de su muerte.

—El castellano de Vascuas salió del aposento quedando D. Gonzalo solo. Todo su cuerpo temblaba como la rama que columpia el vendabal furioso; sintióse muy débil y se sentó en su lecho porque apenas podía sostenerse.

Pocos momentos despues tiró de la campanilla y se presentó un paje.

—Decidle á Doña Elvira, le dijo, que al punto deseo hablarla.

El paje se retiró silencioso, y breve instante trascurriera cuando entró la hermana de D. Gonzalo muy pálida y demudada. Sus facciones alteradas revelaban lo que padecía al llegar ante su hermano. Lanzole este mirada aterradora que la hizo entremecer... La hermosa virgen juntó sus manos en aptitud suplicante como el reo que se halla ante su juez.

—Elvira! la dijo el conde con voz terrible, en amar á ese doncel has cometido un yerro que nunca te perdonaré; has roto la valla que impedía toda comunicacion de paz con los de la Olga, y te entregaste en manos del verdugo de tu familia... Bien, Elvira, bien; qué dirán nuestros an-

tecesores al saber el borron que con tu torpe amor echaste en su nobleza!!! Ellos ... ellos que como yo juraron el esterminio de esa horda de facinerosos sedienta de sangre y destruccion! ellos, que como yo, lloraron á sus padres victimas del puñal de Castroverdel.. ¡ay! Elvira nada me contestas! Escucha, solo hay un medio para borrar la afrenta que hiciste á tu linage, casate con el de Vascuas y tu enlace con él será una venganza, un tormento atroz para D. Rodrigo.

—No esperéis eso de mí...

—Que no lo espere de lí, maldita hermana!!! te niegas á lavar tu crimen por el único medio que tienes!... Oh! por Dios que pronto te arrepentirás de tu negativa. Mañana, ahora mismo, ¿lo oyes? saldrás para un convento donde llorarás tu amor bajo sus bóvedas sombrías.

—Nada me amedrenta; nada, hermano, me hará cumplir lo que deseais; iré al convento; iré á la muerte con tal de no ser de otro que de Don Rodrigo.

—Desgraciada! Qué osan pronunciar tus labios!!! Tiembla, insensata; tiembla si otra vez repites esas palabras....

—Temblar!... nó; yo no tiemblo nunca ante

el peligro, porque soy hija de D. Nuño Pallares como tú. Ah! porque siempre me vistes tímida y resignada á sufrir tus mandatos como el menos de tus vasallos, quieres que en este instante me arrodille á tus plantas demandándote perdón!....
Nó; cien veces nó. Mira que poco temo tu furor cuando lo provooco hablándote aun con mas orgullo, con mas altanería que tú lo haces. Creíste acaso que Elvira te obedecería sin replicar, que entregaría su mano á un hombre que no ama, solo por que tú lo quieras! Te engañas; te engañas miserablemente, porque Elvira te vuelve á decir ahora, como antes, que nunca será esposa de otro que de D. Rodrigo.

—Calla, ó por Dios quel...

—Le amo, conde, con delirio y os lo digo en vuestra cara porque no temo vuestro furor; porque desprecio vuestras amenazas...

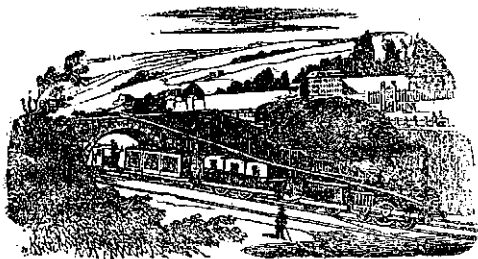
—Tened esa lengua infernal, maldita hermana, ú os la arranco con mi daga.

—Matadme, D. Gonzalo: matadme pronto y en ello me hareis feliz!...

Y al decir esto doña Elvira, el conde ruió como un leon; echó mano al puñal que junto á sí tenía, con ánimo de asesinarla y... una

mujer apareció á su lado que lo contuvo diciéndole:

—Detente.. aun no es tiempo!
Era Doña Blanca.



CAPITULO VI.

El castillo de Castroverde.

Ariäs—Ese ingrato,
Que no intentará mañana,
Si no le castigais hoy?
¡Ay señor! temiendo estoy,
Que dé la muerte á su hermana.
Rev—Su hermanal Si hiciera tal,
Dos mil pedazos le haria.
(*Sancho Ortíz de la Roela.*)

Al Este de la ciudad de Lugo, y sobre una pequeña colina que besa el anchuroso Outeiro, elevábanse en aquel tiempo las altas y oscuras torres de Castroverde, de cuya fortaleza existen aun hoy día sus arruinados paredones.

Fundada por un agareno que abjurando su religion en el reinado de D. Alonso el Casto, tragera muchas riquezas de su pais con ánimo de pasar

su vida lejos del bullicio de las ciudades; eran sus murallas de una solidez y un espesor tal, que como las del pueblo que jamás los musulmanes lograron conquistar, (1) podían pasear los coches por encima.

Luego que hubo muerto el solitario renegado á quien los comarcanos trataban de hechicero, porque vivía siempre independiente y rodeado de horóscopos y otros instrumentos de nigromancia, quedó el castillo mucho tiempo sin habitarse hasta que don Fernando el Santo se lo cedió á Don Guillerre de la Olga por haber sido uno de los caballeros gallegos que mas se habían distinguido en la conquista de Sevilla, orijinándose de esto un nuevo señorío mas en Galicia.

Como se hallaban los muros de este fuerte cubiertos de yedra, por lo que se le llamaba Castroverde, mandó el progenitor de la nueva estirpe de los Olgas que lo pintasen su armadura de aquel color, y que así la llevasen sus futuros descendientes. En efecto, se cumplió el deseo de Don

(1) Lugo: en prueba de ello todos los dias se halla de manifiesto la Custodia en su lujosa catedral: pues fué la única ciudad en España donde los muros no han entrado.

Gutierre de modo que aunque habia otras muchas familias de su apellido, la de él se distinguía de las demas por aquella circunstancia.

De todos cuantos feudales castillos se ostentaban en la provincia de Lugo entonces, ninguno miraba el vulgo con mas terror que á Castroverde. Contaban de él, tanto sus mismos habitantes como los de sus cercanías, lances de fantasmas y espectros tan maravillosos y estupendos, que muchos de los guerreros que le guarnecian al hallarse por de noche en la elevada plataforma, temblaban de miedo al sentir silbar el viento en las almenas y cerraban los ojos porque temian encontrarse con algun duende ó con la estrambótica figura del alquimista fundador.

Despues que D. Rodrigo de la Olga hubo salido de su pais en busca del alevoso conde de Pallares para vengarse de él por haber muerto traidoramente á su querido padre, quedó el castillo á cargo de un anciano alcaide, cuya obediencia y frenético cariño á sus señores era bien conocido. Desde entonces ya para el nuevo dueño y sus servidores el espectro de D. Froyla pidiendo venganza substituyó al del alquimista; de suerte que de noche para ellos cualquiera al-

mena se les figuraba una raquílica fantasma, y cualquier rumor al de las cadenas que arrastraba el descarnado cuerpo del Castellano.

Eran las dos de la mañana, si no miente la empolvada crónica de donde sacamos esta verídica historia, al tiempo que en uno de los magníficos salones de Castroverde, veíanse á la moribunda luz de una preciosa lámpara, dos hombres que envueltos en anchurosas capas yacían apoltronados en cómodos sillones como dos cadáveres en sus ataúdes. El uno era el caduco conserje de la fortaleza y el otro el escudero de su señor feudal.

Los dos dormían tranquilamente cuando uno de ellos despertando de pronto asustado, abrió los ojos tamblando de pavor y se puso á escuchar por si oía algo; mas todo yacía silencioso sin que se oyese mas que el alerta de los centinelas que de tiempo en tiempo se dejaba oír por el recinto.

—Fortun, gritó fijando la vista en su inerte compañero; y viendo que este no se movía y cada vez roncaba más, despierta, zorro, volvió á gritar con toda su cascada voz de viejo.

—¿Qué me quereis, vejete impertinente, que voceais como si fuérais á la pelea? preguntó el

soñoliento escudero pesaroso de que le hubiesen despertado.

—¡Pardiez con tu dormir! ¿pues qué acaso no oíste esos gemidos que exhalaban hace un poco cerca de nosotros?

—Ya empezais con vuestros quiméricos temores?

—Siempre incrédulo!... siempre desmintiendo cuanto digo acerca del fantasma.

—Pero vamos á ver: ¿qué habeis sentido para que con tales voces hayais venido á interrumpir mi tranquilidad y despertarme de mi profundo sueño?

—Y será posible que tú no lo hubieses oído, cuando el estruendo que hizo al pasar se parecía al estrépito que formarían veinte truenos de una vez!!

—Vaya, decidme pronto lo que fué, porque sino me quedará dormido.

—¡Dios mío! qué semblante llevaba el infeliz tan desfigurado y cárdeno! sus ojos parecían dos chispeantes brasas!...

—Qué, habeis visto pasar tal vez el duende que dicen los flecheros anda por el castillo?

—Pues de ese hablo.

—Con que lo visteis!

—Tan cierto como te veo ahora á tí.

—Cómo mentís!

—Fortun, cómo mentir! quisiera que otra vez volviera para que te desengañaras y vieras que no miento al decirte tal.

—Pero si todo seria quizá una ficción de vuestra mente! Como estábais durmiendo soñaríais con el fantasma, y eso es lo que motiva vuestra repentina alteración.

—Oh! no, no fué sueño, estoy bien cierto de que no fué sueño. Hace cosa de seis meses, una noche muy oscura que yo subia solo al torreón de esta parte del castillo tambien ví una sombra que revoloteaba en torno mio: aquella sombra se volvió un espectro, el de D. Froyla: en el pecho tenia una herida muy ancha de donde salia mucha sangre, muchal! Mi señor me la enseñaba, y me decia con una voz muy triste, muy sepulcral... «¡venganza!» Yo cerré los ojos horrorizado, y cuando los volví á abrir dentro de poco estaba solo... D. Froyla habia desaparecido.

—Oh! pues yo tampoco creo eso.

—No lo quieres creer?

—No.

—Por qué?

—Porque los hombres despues que dejamos de vivir ya nos quedamos como piedras, y los muertos no vuelven á resucitar jamás.

—Eso es no creer en Dios!!!

—Qué tiene que ver lo uno con lo otro? Yo creo en Dios, por Dios me batí contra los infieles, y por Dios consentiria que me desollaran vivo. Me oiste alguna vez blasfemar de Dios, aun cuando me cayera de lo más alto del castillo?

—No

—Pues entonces, buen viejo, cuidadito con la lengua.

—Bien, pues desde ahora no te hablaré más del duende, porque ya veo que aunque lo tuvieras á tu lado dirias lo contrario. No quisiera más sino que llegara á pasar otra vez por nuestro lado.

—Os aseguro que entonces tendríamos un rato divertidísimo, porque me pondria á bailar con él.

—Tú!

—Yo.

—Tú bailar con un muerto!

—Y os admira eso?

—Pues no me han de admirar esas baladronadas!

—Baladronadas! Cuidado, señor Nuño, no sea que vayais vos á hacerle compañía pronto, pues yo no tolero que se me insulte tan impunemente.

—Pero si dices cada cosa que no me puedo contener! Si por acaso llegase á volver el duende, estoy seguro que no te moverías de tu silla de miedo.

—De miedo! yo miedo á fantasmas! Mirad que no soy un niño; si viniera, y como dije antes, no me ponia á bailar con él, haria otra cosa.

—Qué?

—Lo amarraría fuertemente á la cabecera de la cama del señor, para que cuando se fuese á acostar y le viese, se divirtiera un rato dándole estocadas.

—Jesús!

—Os horroriza lo que he dicho.

—Calla, Fortun, porque estoy viendo que si vuelve el espectro voy á pagar yo por ti.

—Dale con el espectro. Lo que siento yo es

que me habeis despertado cuando me hallaba en lo mejor de mi sueño. Vos sois otro visionario como el arquero que el otro día me divirtió bastante tiempo contándome otro lance de fantasmas parecido al vuestro. Me dijo que á eso de media noche, estando él de centinela en el rastillo, vió pasar hacia este lado un duende muy alto y muy delgado; iba vestido de moro...

—Ese tambien yo le tengo visto varias noches.

—Tambien!

—Sí.

—Cuidado que á vos siempre se os aparecen; sin duda teneis alguna cosa que los atrae. Pues amigo, como decia, el tal morisco era enjuto con las piernas mas largas que los troncos de los robles, y conforme iba corriendo se volvía unas veces muy pequeño, otras muy alto.

—En efecto, así le sucedia al que yo vi.

—Vaya, ya estoy viendo que me vais á convertir; si ya estoy viendo que tambien voy á dar ahora en creer esas patafatas...

—Por Dios no llames patafatas á una cosa tan verídica.

—Sea así...

—Te ries!

—Yo no.

—Creí que te burlabas.

—Vos creis mucho y mucho errais.

—Aun vuelves á zaberirmel

—Caspita con vos! Por Cristo que estais hoy insufrible.

—Vaya no te enfades y sigue contando lo del arquero.

—Si ya se me olvidó.

—Cómo! imposible!

—Toma, y vos teneis la culpa por haberme interrumpido.

—Vaya, yo te lo recordaré. Ibas en que unas veces el fantasma era alto y otras bajo...

—Ah! ya caigo. Si, y cuando la luna fulguraba sin que ninguna nube la empañase, se proyectaba su sombra en las paredes del patio como la de un gigante, doblegándose por su estrema longitud.

—Cierto.

—Volvemos á las andadas.

—Vamos, sigue que ya no te interrumpiré mas.

—Pues señor, el bueno del arquero co-

menzó á temblar al ver que se acercaba á él.

—Quién?

—Quién, el espectro.

—El espectro! Oh! pues á mi nunca se acercó, solo pasaba por mi lado.

—Y qué le dijo al centinela?

—Vela por mis intereses, le gritó, disipándose luego como un vapor.

—Caramba! para el que no crea en duendes. Sabes quién era ese?

—Quién era?

—El agareno que edificó este castillo. Creo que tiene enterrado debajo de él tanto oro como el que se necesita para formar otro como Castro-verde.

—Que lástima que yó no lo cogiera para que me dijera donde tenía sus tesoros! Yo haria que me lo revelase tan pronto como viere vibrar la espada de dos filos que me regaló el señor.

—Valiente parecis, Fortun, á fe mia, para los muertos!

—Lo mismo qué para los vivos. Las cicatrices de mi cuerpo bien lo afirmarán si quereis que os las enseñe.

—Vaya, dejemos de hablar de hazañas, porque

si te hallaste en varios combates y diste pruebas de valiente, cuando mozo tambien las daba este vejete impertinente, como acostumbras á llamarme.

—Todos los viejos fueron valientes cuando jóvenes.

—Fortun, tú siempre que hablas conmigo es con ironía; pero mira que aunque anciano...

—Qué ibais á decir?

—Yo... nada.

—Mas vale así, Nuño; mas vale así porque de lo contrario...

—Os atreveis contra un anciano?..

—Yo cuando me insultan no reparo si es niño ó viejo mi ofensor.

—Vamos, Fortun, no andemos siempre riñendo porque parecemos dos mandrias.

—Procurad por vuestra parte no sea así, que yo bastante hago por evitar una escarmuza con vos, porque mas de una vez os dije me gusta vuestro jenio y...

—Bien, amigo, venga esa diestra y olvide-mos nuestras rencillas.

—Y el conserje entonces apretó la mano que

le tenía el joven escudero, y se lanzaron mutuamente una mirada de reconciliación.

Fortun pronto se quedó dormido; pero su compañero no pudo imitarle porque temía que otra vez el bullicioso duende que él se imaginaba tornase á importunarle. Todo se le volvía mirar hácia los escondrijos del salón, y muchas veces al encontrarse con su misma figura que se dibujaba en algun espejo, se sobrecojía de terror como si se encontrase cara á cara con Luzbel.

—Fortun, dijo con temblorosa voz al ver que el escudero despertaba poco á poco de su sueño, cuanto envidia la quietud con que descansas.

—Y quién os impide hacer lo mismo?

—Quién, Fortun!.. ¿estaria bueno que llegase el amo y nos encontrase á los dos dormidos como piedras?

—Y para que son las centinelas luego? para qué sirven si mientras nosotros dormimos, ellos no velan?

—Si, bien se puede uno fiar de esos malditos perros, pues en vez de vigilar como deben, se duermen que es una maravilla. Hace dos horas que fui á la barbacana del torreón del Sur y la encontré tan solitaria como la puerta de un ce-

menterio; el flechero que debia estar allí ¿sabes dónde se hallaba?

—Dónde?

—En su cama muy tendido y tan yerto como un difunto.

—Bien hecho.

—Bien hecho, Fortun.

—Ya se vé que sí, buen Nuño, porque yo si fuera él lo propio hiciera.

—Tú!

—Yo, yo mismo.

—Me admira con sorpresa que diga eso un verdadero soldado, un verdadero servidor de los señores de la Olga....

—Pues de poco os admiráis, amigo mío; porque decidme, qué motivo hay para que se esté con esa vigilancia y ese aparato guerrero ¿estamos acaso frente al moro? vaya, vaya.... apuesto que el señor no encarga tanto cuidado como vos....

—No oís ese rumor ahora?

—Es el trote de un corcel lo que se siente.

—Vendrá ya D. Rodrigo?

—No; conozco demasiado el paso de su alazán para creer que sea él.

—Esta noche tarda más que nunca. ...! Temo tanto le haya sucedido algo, porque, Fortun, ese conde de Pallares es tan sanguinario y vengativo que siento mucho la tardanza de D. Rodrigo.

—Si, decidme á mi quien es ese asesino. Lo que me sucedió con él ¡vive Dios! que no lo olvidaré mientras exista....

—Qué! te hizo tal vez alguna mala accion?

—Mala, más que mala...

—Cuándo?

—Ya hace mucho tiempo.

—Refiéremela.

—Os complaceré..... Un día..... Era de noche Laura, la hermosa Laura, la hija de un viejo arquero del castillo de Pallares, se hallaba á mi lado; los dos estábamos sentados al pié de un roble que se levanta cerca de Guntin y hablabamos de amores porque nos amábamos desde niños; ella no hacia mas que mirarme con esa ternura, con esa espresion angelical, con que suelen mirar las jóvenes que aman con pureza y frenesí. De repente me sacudieron tal puñalada en un costado que caí sin conocimiento.—Un momento despues cuando volví en mí, al blan-

quecillo fulgor de la brillante luna, miré á mi lado al conde de Pallares consumando el crimen mas atroz que puede imaginarse.... Laura estaba desmayada y D. Gonzalo posaba con impúdico afán sus labios de demonio sobre los labios de la virgen y.

.....
todo sucedia ante mis ojos, y yo sin poderme mover para evitar tamaña felonía!! Comprenderéis, fiel Nuño, la rabia con que presenciaria aquella terrible escena? comprendereis todo el horror de aquel infernal cuadro de seducción..!

—Que barbariell!

—Oh! mirad, buen viejo, si yo podré ver desde entonces al conde de Pallares sin que me den tentaciones de lanzarme á el y ahogarle entre mis manos; mirad si conozco á ese ligre cuando os digo esto....

—Y Laura, qué fué de la pobre Laura?

—Murió á los pocos instantes.

—Desventurada, y tú no hiciste por vengarla?

—Oh! mas de veinte dias seguí los pasos de su seductor con el puñal en la mano, con el alma sedienta de su sangre....

—Y qué lograste?

—Verle á mis pies humillado, abatido, demandándome compasion.

—Y la tuviste....

—No: le bofeteé como á un villano, y cuando iba á enterrarle mi daga en su cuerpo, no tuve tiempo, porque cuatro de sus flecherós se presentaron á evitarlo.

—Y cómo no te prendieron?

—Porque conocian que aunque rapaz podia dejar dos de ellos víctimas de mi fugor, y favorecieron mi fuga.

—Ab! desde entonces fué cuando tú abandonaste el pais y te fuiste á la guerra.

—Y allá, encontré á D. Rodrigo y el señor me admitió por escudero.

—Atroz por mi vida es D. Gonzalo.

—Y creéis vos que no he de vengarme de él?

—Aun piensas en vengarte!

—Sí, siempre pensaré en vengarme.

—Oh! pues mira que si lo llega á saber el conde, quizá será fácil que te mande al otro mundo de una cuchillada.

—Disparate! Antes llegará él á probar mi toledana que yo la suya.

—Sí, fíate en tus brios y habla de ese modo.

—Estoy viendo que alguna vez vamos á verle entrar en el castillo trayendo por bandera un lienzo empapado en sangre, en la sangre del último descendiente de D. Gutierre...

—Oh! no tengais esos temores, porque si á D. Rodrigo le acometen diez hombres juntos los diez lancea en menos tiempo que vos rezais un credo.

—Pero dime, no sabes tú á dónde vá todas las noches, siempre solo, desde el día del torneo...?

—No lo presumis...?

—No.

—Yal los viejos como vos nunca se acuerdan de las niñas de los ojos negros y lindo talle.

—Puede ser que se halle D. Rodrigo enamorado!

—Vaya; y nada menos que de una hermosura que pondría la cabeza de buena gana á que no hay otra mas perfecta ni en Galicia ni fuera de ella.

—Sabes cómo se llama?

—Y qué os interesa saber su nombre?

—Nada, pero la curiosidad...

—Os lo diré, buen-amigo; mas vive el cielo, que si lo decis á alguno morireis.

—No lo diré á nadie, Fortun; porque sé guardar un secreto tambien como tú y como el mejor que haya.

—Cuidado....

—Descuida.

—Es que si lo dijerais, por el alma de mi abuelo Sancho Guimarey, que la lengua os cortaria.

—Vamos, dilo pronto; conoce mi ansiedad, y jamás llegues á dudar de mi confianza, espícate y no temas que por mí sepa nadie tu narracion.

—Asi lo espero de vuestra honradez. La dama que galantea D. Rodrigo es....

—Doña Leonor, la hija dei marqués de Mos?

—No; Doña Elvira de Pallares.

—Mientes, escudero de Barrabas, porque don Rodrigo detesta á esa familia, y esa familia le detesta á él.

—Vaya un inconveniente que poneis!

—Tomal ignoras la guerra que se hacen desde tiempo inmemorial?

—Y que importa eso para que al señor le guste doña Elvira y se quieran ambos...?

—Que importa!.... estoy seguro que tan pronto como supiera el conde de Pallares que D. Rodrigo amaba á su hermana.....

—Que haria?

—Asesinarle.

—Bah! Bah pues qué no hay mas que asesinar, y asesinar á un caballero como él, que de un bote derriba una muralla!

—Ya, pero una traicion es terrible, y poco vale la fuerza que tiene si le arman una celada.

—No temais llegue ese caso.

—No creas tú tales amores.

—Que no los crea, me dices, cuando el mismo amo me lo cuenta todo!

—A tí!

—A mi.

—Segun eso eres su confidente.

—Oh! qué amoríos tendrá un señor que no los sepa su escudero! y qué lances pasarán en que no tome parte este!

—Dichoso de tí, amigo, que logras alcanzar su confianza.—No oyes ahora como se acerca su bridon hácia el castillo?

—Sí, él es!.... ya viene D. Rodrigo.

—Efectivamente que era el caballero de Ca-

latrava el que llegaba en aquel instante á Castroverde: bajaron el puente levadizo al columbrarle; y el infanzon entró en la fortaleza, mas triste, mas apesadumbrado que de costumbre.

—Cuando llegó al salon se dejó caer sobre un lujoso camapé, como el que se vé fuertemente acosado de una pesadilla atroz.... desgarradora....

—Fortun, dijo á su escudero el Castellano de Vascuas, me sorprendió con doña Elvira.

—Os sorprendió, señor !

—Si; nos sorprendió para su oprobio.

—Os batisteis?

—Como desesperados.

—Y os venció.

—Calla esa lengua, ó vive Dios que le arrojo al foso. Vencerme ! quién pudo vencerme á mí en todas las batallas, para que tuviese esa dicha el desalmado de Vascuas?

—Y qué hizo doña Elvira al ver al importuno Castellano ?

—Huyó al castillo.

—Infeliz ! y en el porton le esperaria la cuchilla de su hermano !

—Fortun?

—Oh! yo os hablo con la franqueza que me es tan habitual; señor, estoy seguro que el conde de Pallares ni aun repararía que era hermana suya. Vos no sabeis quién es ese perverso D. Gonzalo como lo sé yo, su servidor antiguo.

—Condenacion!! quizá en este momento se estará gozando en verla agonizar! Ella morir!! ella morir por causa mia! y morir á manos de su mismo hermano! de ese conde maldecido que debí hacer trizas mil veces... ¡por Dios que será muy triste la situacion de doña Elvira! pero no, ese hombre respetará su misma sangre.....

—Su misma sangre, D. Rodrigo! no, para él no hay obstáculos, á él nadie le contiene. Por heredar á su padre le dió de puñaladas echando la culpa de aquel crimen á D. Froyla de la Olga.

—Mónstruo!

—Oh! el que fué parricida, mirad si no podrá ser tambien fraticida...!

—Si, pero él querrá derramar mi sangre mas bien que la de su hermana. Yo te juro que si la ofendió en algo, nada impedirá entonces su muerte.

—Señor, siento pisadas hácia este sitio.

—Quién se acerca?

—Con vuestro permiso iré á verlo.

—Cuando Fortun abrió la puerta del salón para salir, se encontró con el paje de doña Blanca que después de obtener licencia para entrar, se presentó ante el Caballero de Calatrava con cierto recelo propio de su edad.

—Salud á D. Rodrigo de la Olga, dijo saludándole con tanto temor como si fuera á hablar con un espectro.

—Quien sois?... le preguntó el amante de doña Elvira, con imperioso tono.

—El paje de la condesa de Pailares.

—Si no me engaño me parece que hace pocas noches me habeis contestado igual.

—Jimeno, humilde y temeroso se ruborizó y guardó silencio.

—Sois portador de algun mensaje de vuestra señora? volvió á decir el caballero.

—Así es, señor.

—Y qué quiere doña Blanca?

—Que vayais mañana á su castillo de Vascuas donde desea hablaros.

D. Rodrigo quedó un momento pensativo, y en seguida contestó con balbuciente voz:

—Doña Blanca será servida. Hoy antes de media noche iré á Vascuas.

—Guardaos el cielo, murmuró el pajecillo lleno de alegría; y bajando al patio de la fortaleza montó en su corcel y partió para el castillo de Rui Payo.

Era ya de día..... D. Rodrigo le siguió un instante con la vista desde una ventana del salon; la voz de aquel paje y su fisonomía habian causado en su alma una impresion profunda.

CAPÍTULO VII.

La resolucion.

A guisa de home herege facia mil denuestoe
Non perdonaba crego, nin neno, ni muller,

.
(*Poesia antigua*)

Seis horas habrian trascurrido desde el momento en que doña Blanca apareciendo como un ángel de salvacion en la cámara de su esposo, hubo librado la vida de la hermosa doña Elvira, y aun el conde se encontraba sentado en el mismo salon en que lo dejábamos en el capítulo 5.º, en cuya posicion no podia menos de manifestar su tristeza uniéndose á esta el estar desvelado y ciego de coraje.

El alba empezaba á blanquear las cimas de los montes, el silencio de las catacumbas reinaba

por lo quiera, y un vientecillo fresco y glacial mecía débilmente alguna que otra hoja de las góticas ventanas de la fortaleza de Pallares, produciendo un rumor sordo y acompasado capaz de arrullar el sueño del hombre mas indolente. Pero D. Gonzalo siempre inquieto y siempre pensativo, no hacía más que clavar sus ojos con expresión satánica, ya en los retratos de su familia, que se ostentaban sobre la azul tapicería de su habitación, con aquella gravedad tan majestuosa é imponente que los pintores antiguos sabían dar á semejantes personajes, y ya en su luciente arnés que se destacaba en un ángulo del salón, tan esbelto y en tan bizarra apostura, como si dentro de él se guareciese un elegante caballero.

Pudiera decirse que aquella noche era la primera de su vida en que el afligido conde no se había acostado, si esceptuamos las que con la lanza en la mano pasára al frente de los musulmanes ó en impúdicas orgias. Desde el instante que Rui Payo le reveló los amores de su hermana, una pesadilla atroz le abrumaba, le roía el corazón continuamente como roe el oso los fémures de un cadáver. Y no se crea que era porque aquellos amores empañasen su es-

plendor de conde, sino por el río de sangre, por la antipatia que separaba desde mucho tiempo á los Olgas y Pallares como separa una vara de tierra al hombre muerto del hombre vivo.

Mil proyectos de venganza concebía el poderoso paladin en su confusa imaginacion, todos á cual más sangrientos y horrorosos, pero todos deseclaba por parecerle poco para vengarse de los amantes que detestaba como detesta el demonio á los ángeles del cielo.

El conde de Pallares era uno de aquellos nobles déspotas y altaneros de entonces á quienes miraban los vasallos con tanto ó mas respeto que al Eterno... era el verdadero tipo de aquellos señores de horca y cuebillo que no tenían mas ley que su espontánea voluntad, y que desde sus bien guarnecidos castillos se burlaban de sus mismos reyes.

Aunque cruel como ninguno, el honor de su familia era la única pasión que le dominaba. Nada pudiera hacerle tan perverso y sanguinario como una mancha de deshonor que recibiera, porque ningún placer experimentaba mas cumplido que el de jactarse entre los demás señores

de Galicia de la nobleza que heredára de sus padres.

Pocos meses antes del torneo que mandó celebrar con motivo de su enlace con la hermana del de Vasquez, habia venido de Sevilla. Acérrimo defensor de D. Pedro el Justiciero, pasáramas de quince años lidiando contra los moros y las huestes del de Trastámara, ayudando á su soberano con cincuenta guerreros que á sus espensas costeaba.

En la época que acaeció lo que vamos refiriendo, tendría el conde unos cuarenta años: era alto, enjuto de carnes, y sus facciones aunque un tanto hermosas, tenían una espresion tan horrible, tan feroz como su caracter.

Cuenta la crónica que tan avezado estaba al crimen y se gozaba tanto en contemplar la agonia de sus víctimas, que aquel hombre no parecia sino una fiera ansiosa de sangre como si de sangre se alimentara.

Cuántas veces el Ferreira al deslizarse junto los muros del castillo de Pallares arrastraba en su corriente brazos, piernas y cabezas recién cortadas mezclándose con su murmullo cadencioso la sarcástica carcajada que vertia el desalmado

señor feudal al sofocar con ella los clamores del desdichado que asesinaba tan villanamente!.. Oh! por eso tanto el noble como el pechero tembian al oír su nombre.... por eso nadie se quejaba de sus denuestos ni aun en silencio, porque don Gonzalo les perseguía como una sombra, y en pos de la sombra de D. Gonzalo iba el puñal!

Cualquiera que le hubiese visto en aquel momento ya acurrucado en un sillón ó paseándose como un loco y barbullando terribles imprecaciones contra el caballero de la Olga, tal vez por muy sereno que fuera no dejaría de palidecer como si se hallase en un oscuro cementerio, solo al entrever como sus encendidos ojos se movían con aquella vivacidad diabólica, espantosa, que los del devorante cocodrilo al acechar su presa.

.
.
.

Dos horas despues, cuando ya el sol tenía de púrpura las ligeras olas del Ferreira, Rui Payo entró en la cámara del conde preguntándole con balbuciente voz:

—Y bien, D. Gonzalo, qué contestó vuestra

hermana?... quiere hacer feliz al Castellano de Vascuas odiando á ese rival maldito?

—No, Rui Payo, no; la insensata me respondió que prefiere morir antes que ser de otro hombre que de D. Rodrigo.

—Desgraciada!

—Sí, ella dijo eso; pero yo juro por la cruz de esta espada, que primero la haré pedazos antes que consentir en su union con el de la Olga. Dentro de poco saldrá para un convento.

—Apruebo vuestra determinacion.

—No dudo que esto será lo suficiente para que jamas lleguen á su colmo sus proyectos.

—Sí, D. Gonzalo, llegará á serla sensible su temeridad.

—Al efecto le mandado á buscar á Sancho de Andavao....

—Mi escudero!

—Sí, porque me parece el más á propósito para desempeñar la comision que voy á encargarle..

—Decid cual.

—El llevará dos ó tres soldados que estarán siempre á sus órdenes, escoltará hasta Lugo á doña Elvira, y allí vivirá durmiendo de día, y

velando de noche en el pórtico de las Recoletas. (1)

—Con qué intento?...

—Con el de estorbar la fuga de mi hermana en caso de que pretenda huir seducida por el de la Olga.

—Y creéis que doña Elvira sea capaz de tal

—Sí.

—Oh! tened en cuenta que por mucho que ame á D. Rodrigo, jamas se atreverá á ofender á Dios de un modo tan imperdonable.

—Y qué le importaria á ella el anatema que caeria sobre su frente, si aunque no viviese despues mas que dos dias, aquellos dos dias los pasaria en brazos de un amoroso doncel, y aquellos dos dias de placer, Rui Payo, valdrán más para mi torpe hermana que toda la eternal gloria del paraiso?

—Y el infierno que seguiria á esos dos dias, podria soportarlo sin morir?

—Moriria, bien; pero al menos habria conseguido mas que nosotros, se habrian realizado

(1) Convento de monjas que habia en la plaza Mayor de Lugo y que el año 1840 han demolido.

sus sueños de oro, sus sueños de inefable felicidad.

—Oh! pues entonces estorbemos su fuga aunque para ello sea necesario que los dos velemos al pié de su celosía con la lanza en la mano y los ojos fijos en ella.

—Para eso basta Sancho.

—Sancho puede vendernos.

—Desconfiais así de vuestro escudero? Yo lo conozco bastante y os prometo que Sancho nos será fiel.....—Todas las noches vijilará no se acerque D. Rodrigo á los muros del convento, y si le vé....

—Le asesine?....

—Acertasteis. Aprobais?

—Apruebo; y pardiez que mi escudero tiene un puñal magnífico para despachar á cualquiera al otro mundo sin decir un ¡ay! y un corazón tan puro como las rocas de esa montaña, propio para reirse de lloros y de súplicas.

—Si, si; que le mate, que le mate luego para que yo pueda sosegar, para que deje esa horrible pesadilla que me agovia desde ayer noche, desde el momento que vos me habeis dicho el baldon que oscurece el brillo de mi linaje... En

toda la noche no pude cerrar los ojos; no podía dormirme, porque á cada instante más claro veía cuán terrible es mi deshonra. Oh! cuándo sepamos la muerte de D. Rodrigo, traeremos á doña Elvira aquí, y encerrándola en una mazmorra del castillo con el inerte cuerpo de su amante, irá muriendo lentamente sin que un alma compasiva se duela de su agonía.

—Conde!!!

—Qué, os admira? Allí morirá la infame sin tener más agua que apague su sed; sin tener más alimento que sus lágrimas mezcladas con la sangre del pestífero cadáver de su seductor!..

—Por Cristo que es una atrocidad que no apruebo...

—Pues qué mejor venganza?

—Os parece poco el abatimiento y dolor que experimentará la pobre infeliz desde el momento que llegue á sus oídos la noticia de la muerte del caballero que tanto amor la inspiró y al que con delirio adora?...

—Poco, muy poco.

—Mirad, Conde; más vale que despues de muerto ese caballero de la Olga mandeis venir á vuestra hermana, y tal vez, tal vez se mostrará

más tierna á mis halagos al ver que ya no existe su adorador.

—No lo creais.

—Es muy fácil equivocaros, Conde, porque acaso abrace la reflexion para obrar segun os he manifestado, y entonces...

—Os repito que desechéis de vuestra imaginacion tales creencias.

—A pesar de cuanto vos podais decirme, nunca su bello corazon podrá inspirarme lo contrario.

—Oh! no seais tan ilusorio.... Creeis acaso vos que tan pronto doña Elvira sepa la muerte de D. Rodrigo, tardará mucho en seguirle?... Si tal creéis, por vida mia que la errais.

—El tiempo lo dirá.

—Sí, dejad al tiempo que lo haga y vereis lo que alcanzais; en vez de hallar una mujer bella, como os prometeis, verán vuestros ojos una hermosura ajada por las vigiliass y los pesares; en vez de sonrisas hechiceras, las hallareis forzadas y sin gracia; cuando vos la digais ternezas, ella en lugar de sonreirse llorará; y eso de aca-riiciar á una mujer que ya no pertenece al mundo, porque nada que haya en él le volverá la

paz, porque todos sus pensamientos se estreñan en la muerte.... es muy terrible!.... Nada Rui Payo, no espereis hallar la que creéis en doña Elvira, no.... Venguémonos pronto de esos amantes de una manera horrible, porque de una manera horrible nos ofenden.

En aquel momento entró el escudero de Rui Payo, y los ojos del conde de Pallares centellearon de alegría al columbrarle.

—Salud por largos años á tan nobles caballeros, dijo el recién venido haciendo una salutación respetuosa.

—Dios te guarde, Sancho, contestó D. Gonzalo con aparente calma.

—Me habeis llamado, señor?

—Sí, buen escudero, te he mandado llamar porque necesito de tí...

—Mandad y cumpliré.

—He dispuesto que mi hermana doña Elvira vaya al convento de Recoletas que hay en Lugo, y te escojo á tí entre todos mis vasallos y conocidos, porque me pareces á propósito para desempeñar la comision que voy á encargarte.

—Gracias por tanto honor, dijo inclinándose

el escudero, y sus facciones de verdugo tomaron una espresion terrible y espantosa.

—La acompañarás hasta la morada que la destino, y me responderas de ella con tu cabeza.

—Descuidad, señor, que así lo hare.

—Además todas las noches has de rondar su mansion, porque temo que un hidalguelo malhadado que la ama quiera robarla...

—Guay! guay del que se atreva á tal, porque si mis ojos le divisan morirá...

—Sí, Sancho, sí, sepulta una y mil veces tu daga en él: haz pequeños trozos de su cuerpo, y en seguida entregarás su corazon á mi hermana, su cabeza á mí.

—Bien, señor.

—Sí: tráeme su cabeza y verás como la sangre que destile libarán mis labios con tanto afan y gusto como si apurára una copa de Jerez; tráemela y me verás loco de gozo contemplarla, y te daré quinientas doblas y el mejor de mis trotones de batalla.

—Mas, decidme antes el nombre de ese doncel para que no yerre el golpe, para que no se me escape de las uñas.

—D. Rodrigo de la Olga.

—D. Rodrigo de la Olga repitió asombrado el escudero, y fijó sus verdosos ojos llenos de pavor en el Castellano de Vascuas que durante su estancia en aquella cámara no había hablado una palabra.

—Qué! acaso le temes! dijo admirado el de Pallares.

—No, por Santiago; porque jamás conocí el temor para temer ahora; pero á D. Rodrigo le quiero como si fuera un hermano mio; pues cuando él era un triste niño, yo fui quien le enseñó á domar un potro y á blandir el lanzon. Mas, no creais que por eso deje yo de hacerle trizas cuando se presente ante los muros del convento, tan pronto le columbre, tan pronto morirá... Si, morirá porque vos lo mandais, y un mandato del conde de Pallares es una ley para Sancho de Andavao...

—Júramelo por tu salvacion! júrame que lo matarás... gritó con alegría el de Pallares.

—Lo juro, dijo el escudero, arrodillandose ante una imájen de la Virgen que sobre el lecho del conde se veía.

—Dios oiga tu juramento y haga que le cum-

plas pronto... Sancho, prevente para partir; al entregarte á doña Elvira mira que en tí deposito mi honra que es el don que mas estimo en este mundo.

—Y yo, Conde, sabré conserváros la tan intacta como de vos la reciba.

—El Señor lo quiera, Sancho; el Señor lo quiera, murmuró entre dientes D. Gonzalo.

Y tendiéndole la mano al escudero de el de Vascuas, salió de su aposento acompañado de él.

—Pocos momentos despues doña Elvira de Pallares cabalgaba para Lugo en compañía de un hombre gigantesco, de mirar siniestro y de facciones espantosas que por orden de su hermano la escoltaba.

CAPITULO VIII.

El paje.

.
. non curedes
Señor, de me consolar,
Ca mi vida es querellar
Cantando así como vedes:
Pues me falleció ventura
En el tiempo del placer,
Non espero haber folgural
Mas por siempre entristecer.
(*Querella de mi amor.*—*M. de S.*)

La nieve caía á grandes copos cubriendo las montañas y llanuras como un sudario; la noche estaba oscura; la tierra blanca... levantándose el castillo feudal de Vascuas como una atlética fantasma arropada en pálidas vestiduras.

Vascuas! Vascuas! que se hicieron de tus do-

rados salones de *ayer*; de tus góticos aposentos: de tus cuatro torreones coronados de encrespadas almenas y de tus oscuras galerías y subterráneos?... Oh! entonces cuan allivo, cuan opulento te elevabas sobre la colina que ahora sirve de asiento á tus ruinas! *Hoy* tan solo queda mas vestigio de tu pasada grandeza, de tu pasado poderío que un monton de escombros que *mañana* rodarán á la llanura al furor de los terribles buracanes! Y luego que no haya ruinas, que no haya escombros, tampoco habrá nada que diga á los viajeros: *aquí existió un castillo feudal que era el tipo mas perfecto de los del siglo xiv... aquí existió Vascaas!*

Ah! la existencia de un castillo cuanto se parece á la del hombre! Nace éste, fórmase el castillo, y los dos tienen su era de apojeo como de muerte.

Y si ponemos en parangon el *no ser* de uno y el del otro, si metiéndonos en una cuestion filosófica ponemos en balance las dos muertes diríamos que la del hombre es mas sensible, mas lastimosa, porque es un cuerpo animado, un cuerpo que siente. Pero tambien la estincion de una fortaleza que un día se levantaba tan orgullosa, cuando fe-

nece abrasada por las llamas, cuánto no se asemeja á la del reo de muerte! y cuando el tiempo, el insensible tiempo va desmoronando una en pos de otra las vetustas piedras de sus murallas, entonces á una odalisca despreciada del sultan que no se alimenta mas que con sus lágrimas muriendo lentamente, muy lentamente, porque las lágrimas que derrama son de desesperacion y las lágrimas de desesperacion matan... son un veneno...

Mudo conserje de la montaña! esqueleto ajigantado del imponente Vascaas, quédate si quieres el consuelo de que tus ruinas son bastante para revelar al poeta y al artista lo que fuiste. Oh! sí; estoy seguro que en la imaginacion del genio te retratarás tan grande, tan magnífico como en otro tiempo, tan solo al ver tus dismantelados muros, única inscripcion de tu poder, único epitafio grafico de tu huesa.

Triste y yerto de frio cabalgaba sobre un cansado corcel un jóven paladin hacia el castillo de Vascaas que alzado allí, á dos leguas de Lugo y tres de Castroverde, tan triste y silencioso como las pirámides sepulcrales, mas bien que á una habitacion de nobles caballeros se parecia á una de muertos.

Llevaba nuestro encubierto caballero, si caballero puede llamarse á un hombre armado á usanza de aquella época, el lanzon en la cuja, un pequeño escudo sin divisa en el arzon, y con sus manos apretaba tanto la brida de su corcel que se conocía que algun pesar cruel le atormentaba.

Así llegó al pie de los muros de la fortaleza; gritó al centinela del rastrillo que le abriera, y al preguntarle como se llamaba respondió: Jimeno de Andavao.

Era verdaderamente el paje de doña Blanca que regresaba de Castroverde de complimentar las órdenes de su señora. Entró apresuradamente en el castillo dirigiéndose á la cocina al encuentro de su anciana madre que era la ama de llaves, y sentándose al fuego no cesaba de mirarla con ternura ni su madre cesaba de bendecir aquel instante en que veía á su querido hijo.

Pronto, bien pronto, los halagos maternos y la calor que despedía la chispeante hoguera, hicieron olvidar al pajecillo el frío y el cansancio que experimentaba poco antes al entrar en Vas-cuas.

—Madre mía! dijo Jimeno con amorosa voz, yo

creí que encontraria aquí á la condesa. ¿No la esperais vos?

—Sí, ayer por la mañana mandó un flechero de Pallares diciéndome que esta noche sin falta llegaría aquí. Mas tú ¿de donde vienes á estas horas?

—De Castroverde.

—De Castroverde!

—Sí señora.

—Cuándo saliste de ese castillo?

—Esta mañana muy temprano.

—Y tardaste tanto tiempo para andar tan solos dos leguas!

—Oh! sabed que á una legua de aquí hice alto para descansar porque hace muchas noches que no duermo. Cuando desperté, hará una hora, y ví que era tan tarde, monté á caballo y pude llegar á veros antes que Doña Blanca.

—Y viste á D. Rodrigo?...

—Ví.

—Ah! con que es cierto que vive! quien me diera verle!... Desde que han asesinado á su buen padre que no le volvieron á ver mis ojos. Antes de tal desgracia siempre estaba en este castillo, porque..

—Ya lo sé.

—Sabes por qué!

—Doña Blanca me lo contó todo.

—Todo!

—Sí, madre mia, me contó sus amores con don Rodrigo.

—No te dijo nada mas?

—Nada mas.

—Bien: pero sabes lo que pienso?

—De qué, madre mia?

—De tu ida á Castroverde.

—Decidlo.

—Que la condesa si te mandó junto á D. Rodrigo fué para que acudiese el aqui.. quizá para una entrevista.

—Asi es.

—Me lo presumí, hijo mio, y Dios quiera que el enlace de doña Blanca con el conde de Pallares no sea un obstáculo para que vuelvan á quererse como antes.

—Oh! me parece muy imposible eso, porque el de la Olga está enamorado ciegamente de doña Elvira.

—De veras.

—Tan de veras como lo ois.

—Cuando me lo dijeron ayer yo no quise creerlo, porque el conde aborrece á D. Rodrigo y jamás consentirá su union con doña Elvira.

—Que hermosa es! no es verdad que la hermana del conde es muy hermosa?

—Oh! mucho!

—Es la creacion mas hermosa del Todopoderoso! es un ángel! Si la oyerais hablar! si alguna vez estuvierais cerca de ella y comprendierais la expresion de sus rutilantes ojos, de aquel mirar que hace un volcan del corazon, por Dios que diriais lo que yo la dije mil veces: bendita seas, divina Virgen; bendita seas.

—Jimeno, cuanto has variado desde tu salida de aqui para Pallares: antes no dejabas cosa con cosa, todo lo revolvias, pero ahora, ahora pareces un monje pensador que no levanta los ojos de su devocionario... Estas tan triste!

—Ya, mas entonces yo era un niño y....

—Niño eres aun!

—Y mi padre, señora? qué me dices de mi padre?

—Está en Lugo.

—En Lugo! y no sabeis á que fué alla?

—Fué á llevar á doña Elvira de Pallares á un convento.

—Qué me dices, madre mia!

—Vaya, y te admiras de eso?

El paje no volvió á desplegar los labios y cayó en una profunda distracion. Parecia en aquel instante una estatua al vérsese tan inmóvil como estaba con los ojos fijos en los tizones que ardian en la chimenea. La esposa de Sancho de Anda-
vao temblaba convulsivamente como si algunas memorias terribles ocupasen su imaginacion.

—Hijo mio, dijo despues de un breve instante de silencio, interrumpiendo las meditaciones del cuitado paje, hijo mio, repitió con aquella voz tan dulce, tan amable que usan nuestras madres cuando quieren consolar los pesares que nos agovian, y señalando para un viejo armario que habia junto á ella, qué ves allí? le preguntó.

—Mi laud! contestó Jimeno saliendo de su inercia; y como si la vista de aquel instrumento volviese á su alma la paz que disfrutaba no hacia un año en Vascuas, dejó asomar en sus labios en aquel momento una sencilla sonrisa.

—Cójelo, querido, y cántame alguna trova como antes mientras no viene doña Blanca.

—Os complaceré, madre mia; os complaceré. Pero tambien vos me habeis de contar despues alguna historia de aquellas de encantos y fantasmas que tanto me placen, y que me soliais contar en otros dias

—Bien, hijo mio; yo te referiré una muy triste, pero que apenas recuerdo.

—El paje cojió el laud, y preludiando un corto momento, cantó con lastimosa voz estas endechas deleitándose su madre en escucharle.

Yo vi una belleza de lánguidos ojos,
de pálida frente, de dulce mirar,
y al ver sus hechizos postrado de inojos
juré hasta el sepulcro tal bella adorar.

De entonces ¡oh madre! demente la adoro,
y sufro en amarla continuo dolor,
porque ella no sabe que peno y que lloro
porque sus encantos me abrasan de amor.

¡Ay madre querida
yo voy á morir !
os debo una vida
la mas infeliz!

Jamás en mi rostro vereis la alegría,
jamás á mi pecho la paz tornará,

porque ella, señora, no puede ser mia,
ni que la idolatro tampoco sabrá.

Por Dios que es muy triste vivir como vivo
pasando lloroso mi edad juvenil;
mas vale entre moros hallarse cautivo,
mas vale la muerte mil veces y mil.

¡Ay madre del alma
yo voy á morir!
sin goces ni calma
no puedo vivir!

—Bonita es la cántiga, Jimeno; pero tambien
muy triste. ¡Ah! si á ti te sucediera lo que dices
en ella!

—No es verdad que fuera muy cruel una vida
así, madre mia? Esto de vivir amando con delirio
y que la mujer que se adora no sepa lo que uno
sufre por ella! Oh! por cierto que fuera mejor no
haber nacido, porque el dolor que se experimenta
desgarra el corazon insensiblemente hasta que la
tumba se abre para recibir al mísero amador. La
tumba! la tumba! no sé por qué se me figura que
yo he de morir muy jóven.

—Qué ideas tan tristes ocupan tu mente, hijo
mio! ¿por qué no piensas en cosas mas alegres y
que tranquilicen de algun modo tu corazon?

—Quién puede hacerlo, madre mia!

—Vamos, ahora ya caigo en lo que motiva tu melancolía. Quizá Laura, la hija de tu tío el conserje de Castroverde, amará á otro paje y desdeñará tu amor, mas eso no debe apesadumbrarte, no; porque desde que naciste estais destinados á ser esposos, y ella aunque no quiera, obedecerá á su padre como tu obedecerías al tuyo en un caso así. La viste en Castroverde?

—No, señora.

—Cómo que no, Jimeno!

—Madre mia, no es Laura la mujer que ama mi corazón; otra belleza es la causa de esta languidez que baña mi semblante, y del dolor que me consume continuamente.

—Quién es esa mujer?

—En vano os afanais por saberlo.

—Vaya, hijo mio, tal vez será alguna camarera de las nuevas que entraron al servicio de la condesa; pero si efectivamente es así, bien puedes olvidarla, porque tu lecho nupcial no lo ocupará otra mujer que Laura.

—Mi lecho nupcial, madre mia! mi lecho nupcial no lo ocupará ninguna, porque aquí no se

acostumbra á enterrar un hombre con una mujer, y mi lecho nupcial será el sepulcro!

—Otra vez vuelves á hablar así!... deja de pensar de ese modo, porque me entristeces sobremanera con esos pensamientos de muerte! Voy á contarte la historia que te ofrecí, á ver si te distraes.

—Sí, reféridmela.

—Hace mucho tiempo que una señora muy poderosa estaba enamorada de un jóven paladin que era la admiración de todos los del país por su pujanza en los torneos y por su bizarra apostura y gallardía.

—Oh! seguid, seguid, que esas de guerreros me gustan tanto como las otras: Quizá ese doncel era de padres humildes y quería ganar con la lanza un nombre mas glorioso para deponer á las plantas de su adorada, eh?

—No; el paladin de esta historia era hijo de nobles, hijo de un señor feudal y heredero de una gran casa. La dama y el guerrero se amaban mucho; muchísimo. La patria llamó por aquel tiempo sus hijos en defensa de sus derechos y el caballero tuvo que partir á la lid. Entonces la señora

quedó en cinta y temia lo supiera un hermano suyo. Llamó á una camarera de su confianza y con las lágrimas en los ojos la suplicó que tan pronto diese á luz el fruto de su deslíz finjese que era suyo.. En efecto; así sucedió y el hermano no llegó á saber nada. El niño se fue criando poco á poco en la creencia de que era hijo de la camarrera, y todos lo creían así.

—Y despues?

—Despues... yo ya no me acuerdo de esa conseja, porque hace mucho que me la contaron..

—Oh! pues yo no ignoro la conclusion, porque ya sé qué historia es esa. Mirad, el niño cuando fué hombre se enamoró de una belleza á quien amaba su verdadero padre!..

—Es verdad!..

—Y ambos se batieron y... pardiez! que me sucede lo mismo que á vos, no me acuerdo del desenlace de esta conseja; pero me parece que es muy triste, pues ninguno de los dos fueron felices. A esa historia le llamamos los chicos de la comarca *la del paje* porque el niño aquel tambien lo era.

La madre de Jimeno volvió á temblar de una manera particular mientras que este le conta-

ba la conseja... Mas de una vez corrió por sus mejillas una lágrima de amargura, y mas de una vez fijo sus ojos con sentimiento en el enamorado paje.

—En aquel instante interrumpió la plática de los dos el ruido que hizo el puente levadizo; y pocos momentos despues doña Blanca entró en la habitacion donde se hallaban.

—Qué te contestó, Jimeno? qué contestó don Rodrigo? preguntó con ajitacion al pajecillo tan pronto como le vió.

—Que hoy vendria.

—Hoy, repitió la condesa con alegria y admiracion.

—Si señora. Dentro de dos horas tal vez llegará á Vascuas.

—Bien, Jimeno, esas palabras han hecho renacer la esperanza en mi angustiado corazon. La idea de que vendrá esparce por toda mi alma un bálsamo delicioso que dulcifica mis tormentos. Retírate á descansar, buen paje, y vos, Maria cuidad de que tan pronto llegue D. Rodrigo de la Olga entre en mi cámara sin que lo vea nadie, ¿lo ois? ninguna persona.

—Así lo haré, señora; contestó la madre del pajecillo con respeto.

—Y la condesa se retiró á su estancia sola y alegre como nunca.

CAPITULO IX.

Doña Elvira.

¿Qué corazón hay de bronce
Que al ver llorar la condesa
No se mostrara sensible
Y á sus ruegos no accediera?
D. Vasco se afinojó
Ante la triste belleza
Diciéndole: doña Laura,
Mandad que mi vida es vuestra.
(*Inedito.*)

Mientras pasaba la anterior escena dentro de los muros del inespugnable Vascuas, estaba doña Elvira en un lujoso salón del palacio que tenia en Lugo el marqués de Sarria, en compañía del escudero Sancho. Hallabase reclinada en un sillón

con abatimiento, y por sus pálidas mejillas corrían por intervalos algunas lágrimas de amargura.

Triste y muy triste es por cierto amar cuando el infortunio nos hace doblar la frente bajo su terrible peso, cuando nos cobija como un sudario imperceptible haciéndonos pagar cada sonrisa, cada dulce sensación con lágrimas de fuego, con lágrimas de sangre: de fuego porque las lágrimas de amor y desesperación queman, abrasan; de sangre, porque hay instantes en que los ojos cansados de llorar se irritan y gota á gota la derraman.

Nuestros lectores ya habrán visto algunas veces á una rosa descollar entre las otras columpiada débilmente por la brisa que corriendo de flor en flor impregnaba la atmósfera de aroma, y después al bramar el trueno, doblar su tallo á impulsos del vendabal impetuoso, quedando su caliz enredado entre las zarzas. Pues bien, si en aquel momento le revelasen su porvenir á doña Elvira de Pallares, la dirían: «La rosa eres tú, las zarzas la desgracia que te agovia.. La zarza jamás sollará su presa hasta que acabe de deshojar una por una las hojas de su capullo, hasta que la rosa ya no sea rosa: la desgracia tampoco te deja-

rá hasta que tu corazón no lata, hasta que la losa de un sepulcro no oculte al mundo tu hermosura encantadora.»

Oh! por eso es triste, muy triste amar cuando el infortunio nos persigue, cuando nos hace doblar la frente bajo su terrible peso!!

Criada doña Elvira entre continuas zambras, torneos y festines, jamás el lánguido mirar de algún amartelado paladín, despertó en su alma un amor tan profundo, tan frenético como el que sentía.. Era la primera vez que amaba, y pocas mujeres habrán amado con la pureza que el corazón de doña Elvira.

Tan hermosa, candorosa y hechiera, era mirada en todo el país como una creación sublime descendida á la tierra para inspirar á los trovadores, para hacer con una mirada invencibles á los caballeros que lidiaban contra los enemigos del señor.

—Sancho, decía la bella dama al escudero del de Vasquez con quejumbrosa voz, mañana me separaré del mundo para siempre como si dejara de existir, porque la celda de una monja es un remedo de la tumba. Ah! Sancho! Sancho! cuán

doloroso es haber nacido para morir tan jóven, para padecer como padezco !.

—Cierta señora.

—Mil veces quisiera mejor que tú fueses hermano mio, que no el que tengo: al menos si tu corazon es de hierro en varias ocasiones, en otras es sensible.. Te conmueven mis lágrimas ¿no es verdad?

—Mucho doña Elvira, mucho. Si en mi estuviera remediar vuestra felicidad, aunque tuviera que morir en un suplicio, parecería gustoso porque llevaba el consuelo de haber salvado á un ángel de las garras del demonio.

—Gracias por tus generosos sentimientos, Sancho. Mas ¿por qué he de encontrar mas simpatía, mas amor en otros que en mi mismo hermano?

—Oh! teneis uno que en vez de veneraros como se venera á la Virgen, no se complace mas que en martirizaros. El bien conoce que toda vuestra dicha la encontrariais en el cariño de D. Rodrigo de la Oiga, él bien sabe que vos amais á ese doncel, y que no dejareis de amarle nunca; y sin embargo, quiere mas veros encerrada en un convento que esposa del hombre que tanto amais, porque para él las familias de los Oiga y

Pallares nunca deben hermanarse, nunca han de estar en paz, sino siempre envueltas en crímenes y horrores, en traiciones y venganzas, como si fueran dos manadas de hambrientos y carnívoros lobos.

—Demasiado cierto por mi mal!

—Sí, yo fui, yo mismo fui testigo del crimen mas execrable, mas horroroso que podeis imaginaros, y de su odio para los señores de Castroverde. Era.. ya hace muchos años... una tarde nebulosa y fría, y llamandome el conde á su habitacion: «sígueme, Sancho» me dijo bajando al patio de su castillo. En él nos esperaban dos caballos y montando en ellos, vuestro hermano salió á galope siguiéndole yo asombrado de una salida tan repentina. Cuando llegamos á Lugo ya serian las once de la noche, y sin parar á mudar corceles tomamos el camino de Castroverde, donde apenas tardariamos una hora en llegar. Cuando el conde columbró el castillo al pálido fulgor de una brillante luna, se apeó mandándome le imitase.

Amarramos á un árbol los bridones y nos encaminamos por entre unos elevados pinos y al pie de la fortaleza, tan silenciosos como dos espec-

tros al vagar de cruz en cruz por el cementerio. «Andavao, buen Andavao, me dijo; á estas horas D. Froyla se hallará acostado: yo quisiera entrar en su dormitorio porque debajo de las almohadas de su lecho hay unos papeles que me interesan; quiero robárselos sin que nadie lo sepa y tú me vas á ayudar. El conserje de Castroverde es hermano tuyo, dile que nos deje entrar junto á su señor para revelarles un secreto de importancia.» Al acabar de pronunciar estas palabras D. Gonzalo, vi á Nuño que envuelto en un capote y con una linterna en la mano rondaba por el castillo. Le llamé, le dije que me abriese, y el hermano abrió al hermano sin preveer que al introducirme dentro de los muros de Castroverde con mi disfrazado compañero, introducía la muerte y la desolacion. Tan pronto le hube dicho á Nuño lo que me encargára el conde, no opuso obstáculo ninguno á nuestra entrada en la cámara de D. Froyla dejándonos solos. «Aguárdame aquí á la puerta,» me dijo D. Gonzalo, y yo me quedé donde mandaba, desde cuyo sitio se descubria el lecho del Castellano. Al verle vuestro hermano dormido, se sonrió con aquella risa tan habitual, tan imponente que vierte el sayon cuando

le entrega un reo la justicia. Se llegó junto al anciano, le sacudió fuertemente un brazo, y el anciano despertó asustado queriéndose incorporar en su lecho; pero al momento el conde alzó su diestra perpendicular á su corazon... en aquella diestra chispeaba un puñal... y bien pronto corrió la sangre oyéndose una voz apagada, muy apagada, que balbuceaba por intervalos... piedad! piedad!!

—Qué horror!

—Un momento despues D. Gonzalo se llegó á mi haciendo alarde de su crimen ¿lo creereis?

—Sí lo creo, si; porque su alma de tigre es capaz de todo.

—El asesino, continuó Sancho, el asesino de don Froyla todavia no contaba saciado su apetito, aun queria mas sangre aquella noche..

—La de D. Rodrigo?

—Sí, señora; y si no hubiera sido por mí, el hijo no hubiera tardado seis minutos en seguir al padre á la eternidad.

—Infame!

—Oh! sí, vuestro hermano bien merece ese epíteto, bien merecia la muerte; mas no una muerte dulce... sino una muerte lenta, muy len-

ta, en que sufriera la tortura que sufrió D. Froy-la al espirar.

—Y ¿creéis que mi hermano tenga otra? Mas que le viera ir á morir y en mi estuviera el salvarle, jamas lo haria. Bien decia D. Rodrigo cuando me pidió licencia para matarlo..!

—Doña Elvira, en vos tan solo consiste ahora la felicidad del jóven caballero que acabais de nombrar.

—En mí, Sanchol

—En vos, señora.

—Oh! pues dime que debo hacer para que sea feliz, y si para ello se necesita toda mi sangre, toda mi sangre daré por su felicidad.

—No; no era necesario que vos murieseis para que el de la Olga fuese venturoso: muriendo vos él no pudiera serlo.

—Pues en qué consiste, buen escudero?

—En huir con él lejos de Galicia.

—Oh! esa idea nunca se le ocurrió; pero aunque así fuera ¿creerías que seríamos dichosos en estrañas tierras?

—Por qué no?..

—Ah! desde el momento que me separára de este pais en donde han trascurrido los dias de mi

infancia sin un instante de dolor, empazaria á devorarme el corazon tanto recuerdo de ventura...!

—Renunciad entonces al amor del hijo de D. Froyla y la paz volverá á vuestro pecho... sereis feliz.

—Quién puede hacerlo! Crees tú que el amor que encendió en mi pecho D. Rodrigo de la Olga en tan poco tiempo, puede borrarse tan facilmente! Oh! nunca, nunca!... un amor como este si cuèsta la muerte.. se muere con placer; pues si en la tierra es imposible nuestra union, en el cielo nó.

—Delirio!.. Mirad, señora; voy á contaros una historia que os interesa y que... pero no, no quiero entristeceros mas. Quedad en paz y descansad, hasta mañana.

—Oh! dila, Sancho... sí es muy terrible eso que me vas á contar, yo me armaré de valor para escucharlo...

—Oid entonces. D. Rodrigo de la Olga, ese infanzon que amais con ciega idolatria, ese infanzon amó hace mucho tiempo á doña Blanca de Vascuas.

—La amol...

—Lo mismo que os ama á vos.

—Y ahora?.. ¿la ama ahora?..

—Ahora él la olvidó.. pero ella jamás á él.

—Jamás!

—No creais que ella con ser casada hará por extinguir ese entrañable afecto que le profesa desde niña, no; ella le buscara y...

—Gran Dios! si él la volviera á amar! Pero no, porque ese seria el único golpe que me faltaba para morir de pena.. Oh! eso seria una cosa muy cruel! Rodrigo amar á otra!.. idea insoponible que me asesina; duda que roerá mi corazon como el remordimiento de un criminal... Ah! y crees tú que el de la Olga dejará á doña Elvira por doña Blanca!

—Y qué tendria de particular si entre el caballero y la condesa hay...

—Qué hay?...

—Otro dia os lo diré...

—Por qué no ahora?

—Porque ahora me es imposible. Hay secretos que se confian al hombre y que el hombre debe morir antes de descubrirlos; porque si tal hiciere, su revelacion causaria la infelicidad de familias enteras... *

—Entonces, Sancho...

—De aquí á seis días iré á vuestra celda y.... lo sabreis.

—Sí, Sancho; ve cuanto antes, cuéntame lo que sea...

Y no pudo proseguir la infeliz dama porque las palabras espiraron en sus labios y un desmayo repentino la asaltó en aquel momento.

—Sancho de Andavao salió corriendo de aquella estancia, avisó á las camareras de doña Elvira para que la socorriesen y se dirigió á la calle con el corazón oprimido y las lágrimas en los ojos.

—En aquel hombre de aspecto feroz y de siniestra caladura, mal verdugo eligiera el conde de Pallares.

CAPITULO X.

La revelacion.

Miembraos, señora mia,
Que face esta primer fiesta
Seis años non dendo ayuso
Que os fastidian mis recuestas.

Partime á las lueñas tierras
Volví y hallevos casada
¡ Triste de quien fia en fembras !
Distedeme por escusa
(Triste de quien lo ereyera)
Que el viejo de vuestro padre
Vos fizo casar por fuerza

Si ello es vero ó non yo fie
Que esta vegada se vea.

(*Rom general.*)

Tres horas haria que doña Blanca se hallaba descansando del viage en su mullido lecho, quando un guerrero de armadura verde entró en su

cámara conducido por la madre de Jimeno y se llegó á su lado. Tranquilo era el sueño de la condesa como el de un anjel arrullado por los sublimes coros de los demas, sus facciones sonrosadas y espresivas daban cierto colorido á su belleza que la hacia asemejar á una de esas *madonnas* tan hermosas que delineó el pincel de Jacobo Carucci di Pontormo.

El caballero la contemplaba estático; y por un efecto involuntario sus labios se posaron en la frente de la condesa que despertó al abrasador contacto del imprudente paladin.

Al verle contuvo un grito de rubor y de sorpresa, y sus ojos se fijaron en los del doncel que devoraba ébrio de gozo con los suyos las gracias de la bella Castellana.

—Señora! dijo el guerrero tomando una actitud imponente bien impropia de aquel instante; ya me teneis ante vos. Decidme ¿qué me quereis?

—Qué te quiero, Rodrigo! y me preguntas qué quiero de tí cuando te mandé á buscar...! Oh! será posible que ese corazon no lata para mí... que á mi voz no te estremezcas de amor como en un tiempo de ventura...!

—Oh! Blanca! Blanca!.. á que recordar aquella edad de paz y encanto: aquella edad...

—En que tú eras mi amante, la única persona por quien Blanca amaba la vida, por quien pereciera y á quien queria como se quiere cuando se ama con delirio; pero ahora...

—Ahora vos perteneceis al conde de Pallares hollando el juramento que me hicisteis de nunca ser de nadie mas que mia... ¿Os acordais? era una noche oscura, aterradora... los rayos culebreando por el espacio iluminaban por intervalos la gótica capilla del castillo. Vos estabais arrodillada ante una Virgen, y el viento que zumbando en las paredes arrullaba vuestro juramento, parecía balbular de tiempo en tiempo: *miente*. Y así fué; porque despues fuisteis perjura.. ¿no es verdad, señora? ¿no es verdad que faltásteis á la fé jurada....?

—Oh! no, no es verdad, Rodrigo!... si tu supieras!... no me acusarias de ese modo... me han engañado, me han dicho que entre los cadáveres hallados en los campos de Nájera, se hallaba el de D. Rodrigo de la Olga.

—Y porque os dijeron eso, vos en vez de verter algunas lágrimas por el hombre que os ama—

ba, corristeis á presentar vuestra mano al conde de Pallares.

—Me ha obligado á ello la felicidad de mi hermano.. Ah! yo queria encerrarme en un convento para llorar por tí todo la vida; pero Rui Payo se postró á mis pies llorando para que me enlazase con don Gonzalo, porque solo de ese modo llegaria á ser esposo de su hermana doña Elvira... ¿os estremeceis?

—Yol jamás.

—Se me figuró veros temblar al proferir el nombre de esa dama...

—Y si asi fuera señora ¿qué os importára si asi fuera?

—Qué me importára, Rodrigo! Ah! ya está vistol no me amais, ya desapareció de vuestro pecho aquel amor que os inspiré..!

—No os engañais... ya no os amo, no; porque yo no puedo amar á la condesa de Pallares como á doña Blanca de Vascuas, ni la condesa de Pallares puede exigir de mi ese amor que echais de menos como pudiera aquella... me entendéis, señora?...

—Cruell! Quien impide que me ameisl quien

impide que disfrutemos de nuestros amores cuando estos nacieron con nosotros!..

—Quién lo impide! quién lo impide! Desde que vos os casasteis ya no existe para Rodrigo aquella doña Blanca, borrándose desde entonces el amor que la tenía...

—Imposible. Rodrigo árame como antes, que importa que el mundo repruebe nuestro amor? qué importa el desprecio de la gente para dos que han nacido para amarse, para dormir en un mismo lecho el sueño vivificador, para dormir una misma tumba el sueño de la eternidad?

—Nunca haré tal.

—Que no me amarás..! dices que no me amarás!

—Repito que no, señora.

—Oh! mas quisiera morir que oír de tí lo que me dices ¡ ingrato! cuando mi mayor placer fuera morir por tí!

—Delirais?...!

—Yo delirar, Rodrigo! Si, tienes razon; yo deliro porque te amo; porque te di pruebas de ello mas que nadie, y porque ninguna mujer es tan capaz de amarte como te ama la madre de tu hijo...

—De mi hijo, Blanca! Ah! dímelo otra vez....
Pobre mujer! y yo te ultrajaba á tí! á la madre
de mi hijo! Dime pronto, dime si vive, dime
dónde se halla para buscarle, para...

—Y si viviera, qué harías si viviera?

—Qué haría! Ah! en nombre del cielo, en
nombre de lo que mas améis, dadme mi hijo!

—Júrame antes despreciar á doña Elvira y
veras al hijo de nuestro amor...

—A qué precio ¡Dios mío!

—Lo juras?

—Lo juro...

—Y volverás á amarme como entonces?

—Sí, todo lo que quieras..... Decidme dónde
está.

—Mañana os lo entregaré.

—Mañana! Oh! yo no podré sufrir hasta ma-
ñana este deseo de verle.... Decidme dónde se
halla y volaré á su lado....

—No te inquietes así, Rodrigo mío; ya le ve-
rás pronto, ya le veras..... Es tan hermoso!
tiene tus mismos ojos, tus mismos ademanes!...

—Oh! cuánto deseo verle!..... hijo de mi co-
razón!

—Sí ya le tendrás, pero antes es preciso que

en el panteon de los condes de Pallares se abra un sepulcro más para D. Gonzalo... ¿Comprendéis esto?.

—Qué decís?

—Sí, le matarás, y despues que muera, la viuda del Conde será la esposa de D. Rodrigo de la Olga.

—Qué me proponeis, señora?

—El único medio de que yo vuelva á ser feliz.

—Dios miol

—Aceptais las condiciones que os impongo?

—Sí, si todo lo aceptaré por ver mi hijo.

—Oh! este es el día más venturoso que ha lucido para mí... ven, Rodrigo mio, ven á mí...

Y mientras doña Blanca hablaba de este modo, ceñia con sus desnudos brazos el cuello del doncel, besándole con delirio

.
Breve rato despues D. Rodrigo se alejó de doña Blanca, horrorizado como si Satanás se hallase junto á él, lanzándole miradas espantosas y terribles.

—Rodrigo! exclamó esta al ver su alteracion y su repentino cambio.

—Qué quieres, vibora, gritó el de la Olga

furioso como un loco, y echando mano á la espada que llevaba, intentó un crimen: tal era el horror que le inspiraba entonces la condesa.

—Doña Blanca, dijo reprimiendo su fogosidad, para eso me llamásteis? Acabais de faltar á la fé que prometisteis ante Dios á vuestro esposo, y habeis envuelto en vuestro crimen á un caballero... mujer fatal, á quien desprecio, este será el último momento que más nos veremos.

—Por qué, Rodrigo?... qué te hice yo? Así compensas los sacrificios que hago por tu amor? me injurias de ese modo? Oh! calmate de esos arrebatos.... De qué proviene esa madanza?

—Callad, infernal mujer! Dios os perdone vuestro desman, y nunca os volvais á acordar más de D. Rodrigo. Desterrad de vuestro pecho ese amor impúdico que me profesais, porque de mí no alcanzareis más que odio y olvido.

—*Odio y olvido!* repilió asombrada la condesa: *odio y olvido!* exclamó otra vez, cayendo accidentada sobre el lecho en que se hallaba.

Y cuando, volviéndo en sí un instante después, se encontró sola: el primer pensamiento que ocupó su imaginacion fué un pensamiento de venganza.

CAPÍTULO XI.

Correre, infante, correre
que en la su prision espera
la fembra desconsolada
que han preso por cosa vuestra.

.
.

(*Romac. general.*)

Serian las seis de la mañana del siguiente día, á no mentir la crónica, al tiempo que por el espacioso patio de Castroverde se paseaban Nuño y el escudero de D. Rodrigo, hablando tan acaloradamente como solia acontecer entre gentes de baja ralea.

Fortun estaba armado, y en el porton le esperaba su corcel tan bien senjaezado como si fuera á salir para un combate.

El fiel servidor del de la Olga no se olvidaba, en medio de su plática, de que en una de las ventanas de un elevado torreón que daba al sitio en que se hallaban, asomábase de tiempo en tiempo una graciosa niña de quince á diez y seis años, y por eso dirigia sus miradas de vez en cuando hácia aquella parte, gozándose en contemplar la jóven hermosura hija del conserje Nuño.

Pero algunas veces, tanto Fortun se enfurecía en su conversacion con el buen viejo, que sus ojos, más bien que los de un amartelado adorador, se asemejaban á los de un león cuando desde su jaula mira como el populacho se mofa de él y el animal no puede alcanzarle con sus terribles garras.

Tan solo entonces era cuando el escudero dejaba de mirar á Laura.

Y por Dios que al ver á los dos sirvientes pasear tan aprisa disputando á grandes voces, hubiérase dicho que aquellos dos hombres se demandaban el uno al otro la vida, ó hablando más propiamente, dos cortesanos de la época que se disputaban el favor del Rey.

Mas pongo al corriente á nuestros lectores

de la conversacion de tan innobles personajes, si quieren saber algo que ataña á los protagonistas de esta verdadera historia.

—Fortun, decia el conserge, no hables así de mi hermano porque me ofendes; y aunque viejo, nadie me insultó sin que despues se arrepintiese de ello.

—Guardad esas amenazas para otros, porque no me hareis callar con ellas. Sí, lo he dicho y lo repito, Sancho de Andavao es un asesino, el mejor ladron que se hallará en Galicia...

—Voto á brios!... callais?...

—Oh! vereis como no tarda un año sin que vague por estas tierras á la cabeza de una horda de facinerosos cuyo único afan sea robar y su placer más grato escuchar los gemidos de agonía que exhalen los que perezcan á sus manos. Sancho es uno de esos hombres malos, que nacen tan solo para cometer entuertos y desaguisados. Sus entrañas son como las de los lobos de *Tieira* (1); son tan feroces como su ser.

—Por Nuestra Señora de Chantada que estais insultador como nunca! Qué motivos tienes,

(1) Montañas de Galicia.

maldito deslenguado, para hablar así de Sancho? te robó algo, ó le viste alguna vez asesinar?...

—Si le ví! Vaya si le ví! Y no me hagais hablar, porque de lo contrario...

—Sigue, embustero.

—No me llameis así, porque os estrujo entre mis manos como á un vencejo. Si volveis á proferir otra vez tan insolente epíteto, al foso vais más pronto que luce un rayo.

—Ah! Fortun! Fortun! hablas así porque soy un viejo, y los hombres de mi edad están condenados por Dios á sufrir esas amenazas sin poderse defender, porque aunque lo intentaran no conseguirían más que un suplicio mayor... ser la irrisión, la mofa de los que le miran.

—No, Nuño, no; yo no me valgo de esa ventaja; porque, vive el cielo que no deseaba más ahora sino que os volviéseis de mi edad para vengarme de vos.

—De qué?

—Me habeis llamado embustero, y esa palabra me ofende tanto como si me llamarais parricida.

—Oh! quien debe estar más quejoso soy yo; yo, que el único hermano que tengo le estais tratando de ladron, de asesino y...

—En eso no digo mas que la verdad.

—Fortun!

—Sí, vuestro hermano Sancho de Andovao es lo que dije, y estoy pronto á probarlo.

—De qué modo?

—Yo mismo le vi dar muerte al padre de don Gonzalo por mandato de éste.

—A D. Iñigo de Pallares?

—Al mismo.

—No lo creo, no lo creo, porque de ser cierto antes lo hubiera yo sabido que vos.

—Antes nunca; pues como os llevo dicho que presencié su asesinato.

—Y por qué entonces no descubriste ese crimen? sin duda tú serias cómplice...

—Yo, zorro de la montaña, no lo descubri, porque Sancho de Andavao amenazó matarme si tal hiciera; y yo, como era un pobre rapaz, callé; pero no ahora que, por Cristo! hablaré sin temerle en nada.

—Si te oyera mi hermano eso, Fortun!

—Qué me haria?

—Oh! tal vez no volverias á decir semejantes cosas de él sin haberte confesado antes.

—Yo?

—Tú, Fortun de Guimarey, tú mismo.

—Pardiez que veríamos quién de los dos salía mas airoso. Decidle cuando le veais, que yo, el escudero del muy noble D. Rodrigo de la Olga, le esperaré en el sitio que designe para batirme con él á lanza, espada y á puñadas.

—Eso es delirar.

—Caduco de Satanás, cuidado con el pico!

—Sí, es delirar, porque te vencería: tus brazos, tus piernas y todo tu cuerpo volaría en mil pedazos por el aire, como las hojas de un árbol al retumbar el huracan.

—Vaya, que me placen vuestros dichos. Seguramente que sucedería lo que vos decís.

—Sí, habla con esa risita irónica.

—Volvemos á las amenazas?

—Quien amenaza eres tú.

—Yo? os equivocais.

—Más vale así.

—Vamos, buen viejo, aquí para los dos: creéis que vuestro hermano, ablandado por las lágrimas de doña Elvira de Pallares, se preste gustoso á proteger sus amores?...

—Y por qué no?

—Cuánto os engañais! Lo que desea él es que

D. Rodrigo le crea, para cogerle un dia solo y á traicion hundirle la espada hasta los gavilanes. Por la cabeza de nuestro amo dará el conde de Pallares todos sus castillos.

—Convengo en ello; mas apostaríá la vida y mil vidas que tuviera, á que Sancho no pretende engañar al señor, como vos quereis suponer.

—Pues yo apuesto la mia á que sí.

—Habladurías!

—Ello dirá. Pero antes que llegue vuestro hermano á ejecutar tamaña felonía, voto al cielo que habia de habérselas conmigo. Desde hoy no volveré á separarme mas de mi Señor; por donde quiera que vaya iré en pos de él como su sombra, como el ángel de su guarda.

—Bah! te pido por favor no vuelvas á tener esa desconfianza de mi hermano, ni á formar un concepto tan vil del escudero de D. Rui Payo de Vasguas, señor de seis castillos y otras tantas torres. Dejemos esta conversacion porque...

—Sí, teneis razon; hablemos de otras cosas que mas nos interesan. Decidme sin rodeos, ¿quereis darme por esposa á vuestra hija?

—Ya os dije repetidas veces que no, porque

desde niña esta prometida al hijo de mi hermano Sancho.

—Al pajecillo de la condesa de Pallares?

—Sí.

—Pero no veis que ese rapaz intonso aun no está en edad de casarse, pues apenas cuenta diez y siete ó diez y ocho años!

—Y bien, ya tiene uno mas que ella.

—Oh! no la caseis con él, porque ni Laura le quiere ni el á ella.

—Qué importa? ya se querrán.

—Malas trazas veo para ello.

—Por qué?

—Porque Laura me ama y Jimeno se halla ciegamente enamorado de una camarera de doña Elvira, segun me dijo un flechero de Guntin.

—Dale; ese amor que la profesará el paje será por mero pasatiempo.

—No lo creais.

—Pues bien, si no es asi, mi hija se casará con el jóven que ella elija. Si eres tú el preferido, si es cierto que te quiere como acabas de decir, me alegraré de ello, porque la verdad, aunque tenemos varias dispatillas, te quiero y me

conviene un nuero como tú que logras la confianza del señor.

—Gracias, amigo Nuño; este es uno de los mejores instantes, mas deliciosos que pasé en mi vida, y os aseguro que Laura recibirá mucha alegría al saber lo que acabais de pronunciar.

—Bueno, Fortun; pero volviendo á la conversacion de antes, sabrá ya D. Rodrigo que su adorada se halla en un convento ?

—Tal vez ya se lo habrá dicho doña Blanca.

—Qué doña Blanca?

—La condesa de Pallares.

—Pues qué se hablan?

—Atrasado estais, por mi vida, de lo que pasa. La otra noche que vino el amo mas tarde que de costumbre, á poco rato de su llegada entró vuestro sobrino en el castillo...

—A qué?

—A decirle al Señor que doña Blanca le esperaba ayer en Vascuas para hablarle de cierto asunto...

—Maldito paje! estar aquí y no haber entrado en mi habitacion á saludar siquiera á su prima!

—Juzgad, buen viejo, lo que la querrá cuando no lo hizo.

—Tienes razon Fortun, tienes razon en decirme que ese insolente rapaz no la quiere; pero yo me vengaré de él casándole á ti con Laura. ¿Cuando quieres recibirla por esposa?

—Cuando vos dispongais.

—Bien; pues entonces permítame abrazarte.

—Y ambos se abrazaron con termura, se apretaron las manos con entusiasmo y alzaron los ojos al cielo como si le dieran gracias por el placer que inundaba sus almas en aquel instante.

—Así se hallaban ambos interlocutores cuando anunció el vijía la llegada del señor feudal de aquella fortaleza.

—Volvia nuestro caballero de la de Vascuas tan triste y pesaroso como el que tiene un sueño de espectros y fantasmas.

—Al entrar en el patio de Castroverde se apeó de su alazan con ánimo de subir á la cámara quizá para encontrar descanso en su lecho, y le detuvo su escudero diciéndole con humildad:

—Señor, hace dos horas que ha llegado aquí Sancho de Andavao.

—Y qué, Fortun...

—Preguntó por vos, y viendo que no estabais me encargó os dijese que habia venido de Lugo,

donde se hallaba de orden del conde de Pallares para vijilar á doña Elvira que está en el convento de las Recoletas...

—Elvira en un convento! águilas insaciables de perseguir á la paloma, gritó con furor reconcentrado el de la Olga, yo os juro por mi Dios que pagareis bien caros vuestros maquiavélicos proyectos! Fortun, ven, sígueme...

—Dónde vais?

—Obedece y no temas...

—Ah señor! sabéis que siempre me intereso por vos y lejos de temer ninguna asechanza, deseo me hagais saber del sitio á donde mandais.

—Al castillo de Pallares... quiero ver á don Gonzalo y arrancarle con mi espada su villano corazon.

—Y Doña Elvira! dejais á Doña Elvira sola en un convento, cuando os mandó á llamar por Sancho de Andavo!

—Ella!

—Sí, señor: la infeliz os pide la vayais á librar de aquella esclavitud que ella no sufre gustosa.

—La obedeceré, vive Dios! iré al convento y

yo la arrancaré del claustro sin temer al anatema que el Eterno lanzara sobre mi.

—Aguardad, señor; un favor os voy á suplicar: permitidme que os acompañe.

—Sigueme, gritó el caballero de Calatrava montando con indecible lijereza en un brioso corcel.

—Y bien pronto ambos ginetes se perdieron por el camino de Lugo corriendo á todo escape.



CAPITULO XII.

En misa está el Enperante
allá en Sant Juan de Letrane,
con él está Baldovinos
è Urgel de la fuerza grande,
con él En Dordin d' Ordeña
é Claros de Montalvane.
(*Rom. del conde Guarinos.*)

Eran las once de la mañana de aquel mismo dia. El sol desde un cielo azul y trasparente cubria con su cambiante cendal de carmin y oro los altos muros de la bien fortificada ciudad de Lugo y el murmullo sordo y prolongado de la bulliciosa plebe que acudia á sus quehaceres, fue interrumpido por las campanas del convento de las Recoletas que tocaban á misa.

—Un inmenso gentio obstruia la nave de la

iglesia; veíanse allí arrogantes caballeros de deslumbrantes armas, damas bien tocadas y artesonos lujosamente ataviados como para un festin. Y habia ademas mil vistosas flores adornando los altares con sus delicados matices, y se oian cánticos solemnes llenos de dulzura como todos los que acompañados del órgano sonoro se elevan al Ser Supremo: las flores impregnaban la atmósfera de aromáticos perfumes y los cánticos de armonía... allí no se pensaba mas que en Dios... todo era sublime, todo era grande.

Sancho de Audavao entró en el templo y abriéndose paso por entre la apiñada multitud, pudo llegar á duras penas cerca de las gradas del altar. Entonces volvió la vista hacia el coro donde tanta esposa del Señor oraba con fervoroso afán, y clavando sus hundidos y aterradores ojos en la hermana de D. Gonzalo que se hallaba entre ellas tan hermosa como siempre, empero como siempre melancólica, dejó escapar un suspiro bronco y gutural como el de una devoradora fiera. Los sentimientos de aquel hombre podian ser buenos, podian ser los de un ángel, pero su presencia y sus ademanes eran horribles, eran los de un demonio.

Cuando los ojos de doña Elyira se encontraron con los suyos, todo su sér se estremeció de gozo como si las májicas miradas de aquella beldad anjélica comunicaran á su alma una emocion sentimental y dulce, una de esas emociones que experimentamos al columbrar por primera vez una mujer encantadora que despues siquiera podemos definir.

De pronto una mano se posó en uno de sus hombros, y al volver la cara para conocer al importuno que de aquel modo le llamaba, contuvo un grito de sorpresa: era un jóven de bellisima y dolorida faz... era su hijo.

—Tú en Lugo! le dijo apretándole la mano con ternura.

—Os admira eso, padre mio! contestó el paje con voz baja.

—Si, porque te veo solo, porque creo que es la única vez que vienes á esta ciudad.

—Cierto, padre mio.

—Cuándollegaste?

—Esta mañana muy temprano.

—De dónde vienes?

—De Vascuas.

—A qué?

—A qué? eso es demasiado ya...

—Vamos, dimelo, porque un hijo no debe tener secretos para su padre.

—Es verdad; pero yo mismo no sé á lo que vine.

—Pretendes disculparte?

—No, por Dios.

—Pues entonces...

—Vine aquí sin mandármelo nadie; sin venir á cumplir alguna mision; vine aquí atraído como un rayo á una campana.

—Por el Apostol que te has vuelto incomprendible!

—Jimeno no contestó nada á esta bronca interpelacion de su padre, y al fijar sus ojos en el rostro de doña Elvira, un suspiro doloroso salió de sus labios. Sancho lo observó, y la turbacion que se habia apoderado de su hijo al mirar á la bellissima hermana del opulento conde de Pallares, le hizo sospechar lo que efectivamente era.

—Ves á doña Elvira? le preguntó lanzándole una mirada escrutadora, una de esas miradas penetrantes que suelen sondear el alma, que adivinan en los ademanes y en las facciones de uno

los sentimientos de su corazón, los pensamientos que divagan por su mente.

—Sí, padre mío, repuso el paje sin separar sus ojos de la dama que adoraba, con ese frenético ardor con que adora por primera vez un joven de veinte años. Allí está mas bella que las flores de las márgenes del Miño, doradas por los rayos de la aurora. Mirad cuán hechicera se halla á pesar de la palidez que baña su semblante de ángel! Mirad cómo descuella entre las demás vírgenes como la fulgente luna entre las estrellas. ¡Pobre mujer! tan joven, tan hermosa y hallarse condenada á perecer de pena bajo esas bóvedas sombrías y silenciosas como las de un panteón.....! Pobre rosa que cuando empieza á ser el encanto de todos los que la miran, el aquilon troncha su tallo!

—Mucho te dueles de su suertel

—Oh! era preciso tener entrañas de pantera para mirar su dolor sin conmovirse. Y vos, padre mío; ¿vos no sentís la desgracia de esa señora?

—Bastante, hijo mío, bastante; pero el que te oyera hablar así, por Santiago que creeria que la amabas como un amante.

—Y aunque eso sucediera, ¿qué tendría de particular?

—Mucho.

—Mucho! repitió admirado el paje.

—Sí, porque se reirían de tí si lo supiesen. Ignoras que doña Elvira es la hermana de un poderoso conde, y la hermana de un señor tan noble como ese nunca puede unirse á un plebeyo, á un pobre pagecillo como tú? Oh! si el orgulloso conde de Pallares llega á saber alguna vez el amor que tienes á su hermana ¿no prevees lo que hará?.. Parece que lo estoy viendo! reuniría á todos los nobles conocidos suyos como si fuera para un opíparo festín, y haciéndote sentar en la barbacana de la torre que cae al campo donde se celebró el torneo y en donde se hallarian aquellos, diria con esa voz sarcástica, diabólica... que usa en tales casos: «Señores, aqui teneis al pobre rapaz, al villano inmundo que olvidándose de la distancia que hay de su esfera á la nuestra, osó poner sus ojos en la hija de D. Íñigo de Pallares: pues bien, á tal baldon, tal venganza!» y haciéndole una seña entonces á su sayon, tu cabeza ensangrentada rodaria á los pies de la nobleza que contemplándola con desprecio esclama-

maria: «¡pobre loco!» Y este terrible dicho sería tu única plegaria fúnebre; tu único canto de muerte!

—Oh! lo creo... pero decidme, padre mio, esos nobles que heredaron la hidalguia de sus padres, que eran al nacer?

—Villanos.

—Y cómo consiguieron ser lo que son?

—Con sus lanzas en los combates.

—Y, Jimeno de Andavao, el miserable hijo de un pechero, no podria tambien como ellos llegar á ser noble de ese modo?

—No.

—Por qué no, padre mio?

—Porque tú jamas podrias distinguirte en las batallas sin haber encontrado antes la muerte: eres muy afeminado y... mas bien te sienta el laud que el lanzon.

—Oh! pues yo os haré ver lo contrario.

—Por Santiago que me holgára de ello.

—Si, yo os haré ver que mas bien nací para paje de armas que para paje de sala. Y despues que lo sea llegare por mis hazañas á calzar espuela dorada y como el mas apuesto caballero galantear á las mejores hermosuras de Galicia.

—Ola! seor guapo! con que parece que solo quieres ser hidalgo para vivir enamorado! Vaya, vaya, mas vale que no te hagas ilusiones de lo que no ha de realizarse, porque serás el hazme reir de todos los que te escuchen. Déjate de noblezas; cumple bien con la condesa, pues ella te quiere mas de lo que mereces, y no dudo que hará por tí bastante.

—Sí; pero en tanto este afan de gloria, este afan continuo de un nombre honroso!... Ah, padre mio, padre mio, cuanto no os alegrariais ves si pasados cuatro ó cinco años, cuando vuestros cabellos ya estén blancos, y solo podais andar á merced de un palo, oyeseis contar mis hechos de armas y pudierais abrazarme caballero!

—Y crees tú que eso me lisonjearia, que despertaria en mi la vanidad, el orgullo que nunca sentí por esos vanos honores que no hace Dios, que solo da el hombre al hombre?... Ahoga, ahoga para siempre esos quiméricos sentimientos de hidalguía, porque te repito que nunca conseguirás verte como deseas.

—Sí, decís bien; pues no parece sino que la maldicion del cielo me persigue por donde quiera: parezco un réprobo condenado á vivir des-

preciado de todos, envilecido... Ah! yo conoze o que hubiera sido feliz, que mis días se habrían deslizado sin un pesar, sin remordimientos; mas ay! desde el momento que ví á esa hermosa dama, una nube de dolor cubrió mi corazon y no hago mas que pensar en la muerte y en ella; padre mio, la celestial houri que adoro con toda mi alma.

—Oh! pues si es cierto que la amas olvidala para siempre.

—Olvidarla para siempre! he ahí una cosa que no puede ser. Sí, padre mio, yo la amo desde el dia que la contemplé tan bella, sin ver que el amor que me inspiraba seria el que me abrirá las puertas del sepulcro... Ah! la amo con furor para olvidarla tan fácilmente.. Supe que la habiais traído á este convento de orden de su hermano y vine á él para verla un solo instante antes de espirar...

—Rapaz! qué hablas de muerte?.. sin duda ese loco amor ha trastornado tus sentidos hasta el punto de pensar en el suicidio!...

—Sí, padre mio; esa pasion que alimento en mi pecho es una pasion volcánica, abrasadora... una pasion que me llevará á la sepultura. Lo

creceis? Vine aquí para precipitarme en el caudaloso Miño, y para que cuando doña Elvira oiga decir que Jimeno se arrojó á un río porque no podia ser suyo, ella tal vez derrame una lágrima de compasion por mí... Oh! merézcale yo una lágrima, aunque sea de compasion, y moriré dichoso.

—Infeliz! infeliz hijo! el desvario de tu imaginacion te hace concebir esas ideas tan incoherentes y lastimosas. Vuélvete á Pallares, y nunca olvides por una mujer que no puede ser tuya á tú hermosa prima Laura con quien serás mas feliz, si, con quien debes enlazarte...

—Siempre Laura! siempre Laura! por qué me desgarras el corazon con nombrármela!.. qué quereis? quereis que me case con ella? bien; lo haré; pero mirad que no tardarán dos dias después del matrimonio sin que ella y vos vayais á llorar sobre mi tumba!

—En aquel momento empezó á desaparecer la gente; se habia concluido la misa.

—Hijo mio! dijo Sancho, apostaria todos mis caballos á que los ojos de tu prima Laura te harán olvidar bien pronto á doña Elvira. Torna, torna junto á ella.

—Oh! si así fuera ¿quién mas dichoso entonces?... pero no, olvidar á doña Elvira es imposible.

—Te vas?

—Voy á descansar porque hace muchas noches que no cerré los ojos: desde que amo tanto, el insomnio es mi compañero inseparable... adios, padre mio; adios! murmuró el paje con acento triste y compunjado, y apretándole la mano con amorosidad á Sancho de Andavao salió del templo pensando, como siempre, en doña Elvira.

—El escudero del de Vascuas, quedó solo largo tiempo con los ojos fijos en la puerta por donde habia salido el paje; asemejandose en su inmovilidad á un arabesco adorno de la columna en que se apoyaba.

—Muy pensativo le dejara la entrevista con su hijo. De repente hirió sus oidos el lijero trote de un bridon, y un instante despues un caballero de armadura verde entró en la iglesia dirigiéndose á su encuentro.

—Ambos se abrazaron.

—D. Rodrigo, dijo Sancho al guerrero recién venido, por fin pude reducir á doña Elvira á que huya de estos sitios para vuestro castillo.

Alli os casareis y despues el conde de Pallares no tendrá mas remedio que miraros como á un hermano.

—Bien, buen escudero, contestó el de la Olga lleno de contento, yo sabré recompensar el interés que te tomas por nosotros.

—Oh! lo que yo deseo ardientemente es que cuanto antes haya paz entre vos y el conde. Esta noche, cuando dé el reló las doce, me aguardareis junto á la fuente de la plaza mayor, vendré yo á esa hora y con las llaves falsas que ya me proporcioné, penetraremos hasta la celda de vuestra hermosa doña Elvira.

—Gracias, Sancho; gracias por tus deseos de servirme, dijo D. Rodrigo.

—Y volviendo á abrazar á Sancho de Andavao salió con él del templo, ansiando por momentos la llegada de la noche.

CAPITULO XIII.

El rapto.

.
E despois que ó maton é lle dijeron
ó male que habia feito, empezou á
chorar é á gritar como un deses-
perado.

(*La Crónica.*)

La noche no tardó en llegar tan triste y sombría como todas las de invierno: y al dar las doce los diferentes relojes de la ciudad de Lugo, una especie de hombre fantasma se apareció en ella envuelto en un capuz muy negro, tan negro como un paño mortuario.

Y el siniestro bulto se quedó parado, fijó allí el centro como si fuera alguna alma en pena como las que, según dicen, suelen verse por los cementerios.

El Miño, ese cuadaloso río que nace en la fuente *Miñá*, y va á perderse en el Océano despues de haber visitado tres ó cuatro poblaciones de las mas principales de Galicia corriendo mas de cuarenta leguas, ese río segun la tradicion parece que enguinaldaba antignamente sus orillas con pedazos de oro; era el que arrullaba á tales horas el sueño de los habitantes de la ciudad de Lugo, que se levantaba con su gótica catedral y prolongadas calles, como un gigante informe y colosal velado por la densa lóbreguez de la silenciosa noche.

Poco rato despues al hombre de capuz no tardó en llegarse otro tambien de misteriosa catadura: ambos parodiaban en aquel instante dos figuras diabólicas, estrañas...

—Sois bien puntual, señor, dijo el mas alto al que acababa de llegar, pues apenas hago mas que venir.

—Aun hubiera deseado llegar antes, contestó el recién venido; traes las llaves?

—Sí, señor; nada nos falta.

—Dios nos proteja.

—Invocais á quien vais á ultrajar!

—El me perdone; pero mi dama es lo primero: sígueme.

—Y aquellos dos bultos no volvieron á hablar otra palabra, dirigiéndose hácia el convento de las Recoletas.

—Al llegar á la porteria metieron una llave en la cerradura y la puerta jiró sobre sus goznes sin hacer ninguno ruido.

—Volvieron á cerrarla con el mismo silencio despues de haber entrado; y encamináronse, á la débil luz de una linterna sorda que llevaban, á otra puerta que conducia á unas escaleras espaciosas por donde se iba á las celdas de las monjas.

—La abrieron sin ninguna dificultad y subieron á los claustros pisando con sijilo por temor de ser oídos.

—Aquellas dos personas debian tener el corazon de hierro para pasar á la media noche por alli sin estremecerse de pavora, porque las bóvedas que les cobijaban impondrian al ser de mas valor y serenidad.

—Paráronse de pronto á la puerta de una celda, y á la comprimida voz de *abrid* que dieron,

brilló una luz en ella apareciendo doña Elvira de Pallares en seguida.

—Rodrigo! gritó tendiéndole los brazos á uno de aquellos dos hombres que entraban en su aposento.

—Y una lágrima de gozo se deslizó de sus ojos, pura como la de un ángel, tierna como la de un anciano.

—Adorada mujer! exclamó el caballero de Calatrava mirandola ébrio de contento y de entusiasmo; ya estoy á tu lado para no separarnos mas mientras existamos en la tierra...

—Oh! no sé si tendre valor para seguirte..!

—Delirio..! Imaginarse eso cuando se trata de huir de esta estrecha tumba para otros sitios de delicia y glorial

—Rodrigo mio: y que dirá el mundo al saber que doña Elvira de Pallares huyó de un convento con un hombre que detesta su hermano y que nunca se casará con ella por oponerse aquel..?

—Y qué dirá despues cuando sepa que ese hombre la llevó á su castillo y ambos se casaron..?

—Ah! si me engañaras! si tal no hicieras....!

—Tú dudas de mi amor, Elvira idolatrada! tú

dudas de mi amor!... Oh! mas quisiera caer en manos de los musulmanes que saber dudabas de mi. No, Elvira, no; primero que tal hiciera, primero que yo te olvidara, abrase un sepulcro para mi cuerpo. Ven, ven querida mia; ven conmigo á mi castillo donde nos casaremos á despecho de tu cruel hermano; y si él aun pretendiera envolvernos otra vez en la desgracia, le buscaria ¡vive el cielo! y su insensible corazon hiciera trizas con mi espada.

—Y crees tú que no lo hará él? crees tú que tan pronto sepa nuestra fuga no aprestará sus gentes y asaltará el castillo donde me lleves...?

—Oh! y que importará eso si al correr á la batalla el conde de Pallares, correria á su muerte..? Elvira; querida Elvira no temas que se atreva á tal tu hermano; los muros de Castroverde le rechazarían. Ven, ven conmigo, huyamos de esta carcel, de este sitio en que este bárbaro te sepultó. Ven á mi castillo donde nada faltará para nuestra dicha. Ah! qué dias nos aguardan de ventural.. Pasaremos las horas juntos, siempre amándonos con este ardor que sentimos desde el dia del torneo.

—Dia de maldicion! . .

—Y llamas día de maldicion al día en que nos vimos!..

—Sí, porque desde entonces me auguró mi corazon una temprana y desgraciada muerte; porque desde entonces empecé á amar y á padecer..

—La muerte! á qué piensas en la muerte! Ven, huyamos de aquí cuanto mas antes; el tiempo urge.... ven, ven, hermosa mia.

—Y así diciendo el doncel cojia por la mano á doña Elvira, y la condujo fuera de la celda.

—Perdon, Dios mió!.. Perdon! murmuraba la infeliz al seguir los pasos de su adorador.

Y las lágrimas se desprendieron de sus ojos rodando por sus niveas mejillas.

Sancho de Andavao, que durante la conversacion de los dos amantes, se habia mantenido silencioso, les precedia en su fuga.

Al llegar á la porteria del convento la abrió con la misma facilidad que la primera vez, y todos salieron á la plaza.

—Es preciso que me aguardeis aquí mientras voy en busca de los caballos, dijo con su ronca y estentórea voz.

—Vé pronto, vé Sancho amigo}, le contestó

D. Rodrigo, porque ardo de impaciencia por llegar á mi castillo.

El escudero desapareció.

Los dos amantes quedaron solos contemplándose con amoroso afán, cuando la luna brillando entre los espesos nubarrones, les dejó ver junto á ellos la presencia de un guerrero que se les acercaba.

—Un grito de pavor exhaló la bella doña Elvira al oolumbrarle, cayendo accidentada sobre las gradas de la porteria.

—Traicion! murmuró el caballero de la Olga, ese maldito Sancho me ha vendido; sin duda este es tu hermano...!

Y sacando su terrible espada aguardó al audaz guerrero con su acostumbrada calma.

—Quién sois..? le preguntó con voz de trueno.

—Quién soy?... contestó el recién venido, ¿quereis saber quién soy, D. Rodrigo de la Olga?

—Decidlo pronto, ó vive Cristo que pagareis bien cara vuestra temeridad

—Oid. Yo soy un jóven que amo á esa mujer que robais de este convento como jamás paladin alguno amó en la tierra....

—Sois entonces un rival?

—Pregunta inútil.

—Decidme pronto vuestro nombre.

—Jimeno de Andavao.

—Vos! vos el hijo de un escudero, rival de D. Rodrigo de la Olga! Alejaos de aquí y dad gracias á vuestro padre si no os mato de una cuchillada.

—Alejarme de aquí, orgulloso rival! Oh! no lo haré sin dejaros antes revolcándoos en vuestra sangre...

—Os vais, rapaz insolente?

—No, vive Dios! hasta dejaros como dije...

—Oh! esto es insufrible! desfiéndote, villano! dijo D. Rodrigo lanzándose sobre el paje que le esperó sin retroceder un paso.

Entonces empezó un combate á muerte entre los dos rivales; y pocos momentos despues Jimeno cayó en tierra atravesado de una estocada.

En aquel momento apareció su padre con tres caballos.

Al verle el pajecillo hizo un esfuerzo para hablar y dijo con agonizante voz.

—*Véngadme.. padre mió!!...*

Cuando vibró aquel acento en los oídos de Sancho, ¿aquel acento de su moribundo hijo que le pedia venganza de su muerte, se llenó de ra-

bia y de espanto, sus facciones se contrajeron y tomaron un aspecto atroz y amenazador.

—Oh! yo te vengare!.. dijo precipitándose sobre Jimeno, yo te vengaré con pocas palabras.

Y acercándose en seguida al Caballero de Calatrava y señalando con su diestra al cadáver del desdichado paje, gritó con voz fatídica y siniestra:

—«*D. Rodrigo de la Olga! ese es vuestro hijo!*»

—Mi hijot! mi hijo! exclamó el doncel echándose sobre el ensangrentado cuerpo de Jimeno.

—Pero cuando quiso estrecharle entre sus brazos, el paje ya no se movia, el paje estaba muertol

.
.

—Un momento despues Sancho de Audavao salió de Lugo llevando sobre sus robustos hombros el cadáver desfigurado de un guerrero y escondiéndole entre unas quebradas rocas que habia á orilla del Miño, volvióse á la ciudad; y otro momento despues dos hambrientos cuervos enterraban sus afilados picos en el pecho de aquel mismo cadáver desgarrándole á pedazos.

CAPÍTULO XIV.

La maldición.

.
.
Decidme el fiel escudero
Las nuevas que me traedes.
—Ay¿Infantamas valiera,
Que jamas las escuchedes!
(Rom General.)

Las estrellas empezaban á desaparecer del firmamento.. la noche ya no era noche...

En la hora que sucedió lo que vamos á referir, dos despues de haber pasado la anterior escena ni habia luna, ni habia sol, ni era día, ni era noche, era esa hora del crepúsculo matulino que precede al purpúreo fulgor de la brillante aurora de verano, esa hora tambien de *silencio y meditacion*

mucho mas grande, mucho mas sublime que la del crepúsculo vespertino.

Y en esa hora en que la noche empieza á ceder al dia marcado poderio, era cuando la fortaleza feudal de Vascuas se erguia tan pintoresca y tan vistosa sobre la falda de la prolongada *serra dos lobos*, que cualquier poeta, cualquier pintor de nuestros dias hubiera pasado cien auroras con los ojos fijos en ella, porque el poeta y el pintor encontrarian inspiraciones en cada una de sus almenas, en cada uno de sus cuatro torreonnes, y por último en la lejana cordillera de variadas montañas que perdidas entre las nubes por su admirable elevacion, servian de marco á un cuadro tan delicioso, á un paisaje tan romántico.

Hay instantes en nuestra vida en que el corazon nos presagia alguna desgracia, y que por lo regular se suele experimentar.

En uno de estos instantes de angustia y de ansiedad terrible; en uno de esos instantes en que las lágrimas se deslizan maquinalmente por nuestras mejillas, y lloramos sin saber por qué, se hallaba entonces la hermosa doña Blanca de Pallares, sola y pensativa, asomada á una de

las góticas ventanas de su lujosa cámara, y sus hermosos ojos negros giraban con voluptuosidad ya fijándose en el cielo, ya en la tierra.

Pero á donde solia mirar con más frecuencia era hácia una especie de franja ancha y blanca que partia desde Vascuas hasta la cima de un elevado cerro, como si fuera un serpenteante rio... era el camino de Lugo.

De pronto, como si fuera cosa de magia, aparecieron junto á ella tres mariposas, y todas tres de distintos colores.

Blanca era la una, como su nombre, verde la otra como la armadura del infanzon que tanto amaba, y negra la última como la pena que le roía el corazon en aquel momento, la pena que no la dejaba dormir... los celos.

Los ojos de la condesa se fijaron en la primera; el nuncio de alegría desapareció al instante: en seguida en la segunda; el nuncio de la esperanza desapareció tambien, buyó, quedando solo el de la muerte, que no cesaba de revolotear en torno de su frente.

El insecto voló hácia el camino de Lugo, y doña Blanca le seguia con los ojos, cuando columbró por la tortuosa carretera á un hombre

gigantesco que á todo escape se iba acercando á la fortaleza.

El corazon empezó á latirle con fuerza, y un terror pánico se apoderó de ella al conocer en él á Sancho de Andavao.

El escudero de Rui Payo entró en el casti-
llo, y al presentarse ante la condesa de Pallares
gritó con voz rabiosa y terrible.

—Señora, veis esta sangre?

Y al mismo tiempo le enseñaba sus manos y
sus vestidos.

—Sancho!... exclamó la esposa de D. Gonzalo. Y aunque quiso decir más no pudo continuar
porque temblaba de espanto como si praveyera
lo que iban á decirle.

—Condesa de Pallares, volvió á decir el es-
cudero con el mismo acento aterrador, sabeis
de quien es la sangre que mancha mis manos,
que mancha mis vestidos?

—Acaba!... Dime de quién es!

—De vuestro hijo!

—De mi hijo! repitió la condesa cayendo so-
bre un sitial.

—Sí, señora, de vuestro hijo, del hijo de

D. Rodrigo de la Olga y de doña Blanca de Vas-
cuas, condesa de Pallares.

—Le han muerto!... le han muerto! gritaba la
afligida dama desesperada; y volviéndose cada
vez más colérica, furiosa, quién le ha muerto?...
quién le ha muerto? preguntó, cogiendo las ma-
nos de Sancho y arrodillándose á sus pies como
si fuera á pedirle alguna gracia.

—Quién? D. Rodrigo de la Olga.

—Caiga la maldición divina sobre él!... es-
clamó apretando los dientes con movimientos
convulsivos y desplomándose como un cadáver
sobre el frío pavimento.

Con el auxilio de Sancho, á poco rato vol-
vió en si la pobre madre y soltó una carcajada
hística, horrorosa y prolongada.

Aquella mujer empezó á pasearse inquieta,
sin atender á lo que la decían y barbullando
palabras inconexas, todas sin fin, sin objeto.

Aquella mujer acababa de oír que le habían
muerto el único hijo que tenía.

Aquella mujer estaba loca!...

Sancho la sujetó, porque la infeliz quiso ar-
rojarse por una ventana, y con ayuda de dos

camareras pudo hacer que se durmiese un poco, dejándola sola en su habitación.

Mas, cuando media hora despues fueron á ver á la desdichada condesa, encontráron el lecho vacío; vacío como una tumba luego que por seis años la ocupó un cadáver.

Y si sus camaristas subieran en aquel instante á la más alta torre de Vascuas, aun puede ser que allá lejos, muy lejos, entrevieran una mujer pálida, desgredada, descalza y envuelta en una especie de sayo, que corria por el camino de Lugo balbuceando entre dientes *parricida!... parricida!*

CAPÍTULO XV.

Proyectos de venganza.

Toquen marcha los timbales,
Pronto, pronto, á cabalgare:
Armense mis ballesteros
Que vamos á pelear.

(Ramac. general.)

Cuenta la orónica, que al siguiente día muy de mañana, volviendo el conde de Pallares de una montería, encontró al castellano de Vas-
cuas en su habitación, que le estaba esperando con impaciencia, y que ambos comenzaron á platicar muy acaloradamente.

Los rayos del naciente sol herian horizontalmente las inquietas olas del Ferreira, formando en ellas tremantes y vistosos arcos iris; ni siquiera una hoja se agitaba en las florestas; el

cielo estaba puro, el aire embalsamado... Hacia una mañana deliciosa.

D. Gonzalo paseaba de un extremo á otro de su cámara con los ojos centelleantes, con los dientes apretados y con el alma atarazada por todos los tormentos del infierno: tal le había puesto la noticia que le tragara Rui Payo y que no ignorarán nuestros lectores.

—Ay de ellos! ay de ellos! gritaba furioso como un loco, en uno de aquellos momentos en que su mal se halla en su apogeo: ay de ellos cuando empuñe mi lanzon y á la cabeza de mis soldados asalte las murallas de Castroverde! Ay de ese insensato doncel cuando mis carcajadas sofoquen los clamores de agonía que exhale, arrastrándose á mis plantas como una culebra demandándome piedad!... No os lo decia yo, Rui Payo?... No os decia yo que con encerrar á doña Elvira en un convento y no matarla tendríamos que recibir más ultrajes? Ay! mi vida, doy mi vida, mis castillos, lo que poseo, todo lo que quiera, al que me presente sus cabezas.

—Calmaos, conde, calmaos, que tanto siento yo esa desgracia como vos; y sin embargo, mirad para mi frente cuán serena se levanta;

mirad para la calma que reina en mí.... pues esta calma, esta tranquilidad impermeable es anuncio de una alegría atroz, de la alegría que experimentaré al desgarrar con la punta de mi cuchillo el pecho de ese rival execrable .. Si, le buscaremos, vive Dios! le buscaremos, aunque sea preciso salir fuera de Europa; y si encerrado en su castillo, los muros de Castroverde resisten al impetu de nuestras lanzas y al furor de nuestras ballestas, le asaltaremos con el valor y el denuedo que siempre nos asiste en los combates.

—Oh! yo juro por el honor de mi familia que he de beber la sangre de ese seductor de los infiernos; porque ella será lo único que, cual un bálsamo, acallará estos dolores que roen mi corazón continuamente desde que con su maldonado amor empaña mi hidalguía. Si; yo juro que de su piel he de mandar hacer una funda á las almohadas de mi lecho, porque solo así el insomnio se alejará de mí y podré dormir con la quietud que antes de que con su amor manchase mis cuarteles. Mirad, Rui Payo; tended la vista por esos cuadros. Ahí teneis el retrato de mi buen abuelo D. Ramiro de Pallares, asesina-

do tan cobardemente por un antecesor de D. Rodrigo. Hé aquí el de una hermana del mismo D. Ramiro, que casándose con uno de los de la Olga en celebracion de paz, y á los tres dias de su boda amaneció colgada en una torre de Castroverde... muerta. Mirad, en fin, el de mi querido padre D. Inigo, muerto tambien en una celada que le armó D. Froila de la Olga (1). Pues bien, Rui Payo, ved la espresion de sus ojos cómo parece que me suplican que les vengue; ved sus labios cómo parece que se entreabren balbuceando «*vénganos!!*»

—No escuchais esa palabra?... Sí, sí yo os vengaré, ilustres ascendientes; yo extinguiré bien pronto esa infernal raza de asesinos que mana de Castroverde! Rui Payo, el dia de la venganza ya llegó... llegó el dia de la venganza hoy mismo. Sí; hoy tan solo uno de los dos debe existir. La lid será encarnizada, terrible! En la lid veremos quién de los dos es el vencido ó el vencedor. Y mi hermana? os opondreis aun á su muerte?

Y al oir esta pregunta que le hacia el con-

(1) Véase la genealogía de los condes de Pallares.

de, una lágrima corrió por las mejillas del de Vasquez.

—Os lastimais de ella, prosiguió el menguado D. Gonzalo; os lastimais de ella, que os aborrece tanto, que si pudiera entregaria vuestro cuello á la cuchilla de un sayon. Oh! aunque intenteis salvarla ahora de mi furor serán infructuosos vuestros consejos, será imposible.

—Conde, es vuestra hermana y no debeis ser fratricida... Dios reprobria semejante muerte, semejante crimen... Debeis compadeceros de ella más bien que asesinarla como quereis.

—Aun hablais en su favor? Qué me importa ser fratricida cuando mis antecesores, desde que ella es tan culpable, salen de sus sepuleros y me gritan incesantemente: *«Si una mancha oscurece el brillo de nuestra honra, aunque cueste la vida hay que borrarla!»* Oh! vos no tuvisteis de esos ensueños tan terribles, y por eso pedis el perdon de ella... No; nunca la perdonare; tengo tanto afan por verla muerta como por matar á su amador. Si Elvira tuviera en algo el lustre de su linaje, hubiera despreciado á ese infanzon de la Olga, nacido para su desventura y para la mia. No, no esperéis que me apiade de

ella. Elvira morirá tan pronto pueda hundirla mi puñal en su corazón.

Otra lágrima derramó el de Vascuas al ver la inexorabilidad de D. Gonzalo para con su hermana doña Elvira. Este hizo que no la viera y continuó hablando con la misma ferocidad, con los mismos deseos de sangre...

—Decidme, Rui Payo, qué es de vuestra hermana que hace cuatro días salió para Vascuas?

—Ha desaparecido...

—Huyó! Huyó!.. Sabeis que se me figura que aquel paje que ella tanto quería, era amante suyo!

—Delirais! aquel paje era su hijo.

—Su hijo, Rui Payo!

—Sí, hace diez y siete años que D. Rodrigo de la Olga y mi hermana se adoraban, y hace diez y siete años que nació ese paje..

—Maldicion! con que ese jóven era hijo de ellos!

—Sí.

—Oh! y vos si lo sabiais por qué no me lo habeis dicho antes de casarme con doña Blanca?

—Porque lo ignoraba.

—Pues cuándo lo supisteis?

—Ayer de noche.

—Infame! vil ramera!

—No la injuriéis así, que es vuestra esposa y es mi hermana. La infeliz bastante tiene que llorar su crimen mientras viva. ¿No sabéis que á su mismo hijo ha dado muerte D. Rodrigo sin conocerlo?

—No, por Santiago! Pero decidme cómo fué.

—Oh! es una aventura que pasará á la posteridad de boca en boca y de generacion en generacion contándose como una conseja.. El paje amaba á vuestra hermana doña Elvira.

—Villano!

—La amaba con ardiente frenesí y cuando supo que se hallaba en el convento, se fué á Lugo. La noche del día en que llegó anduvo paseando por el pórtico del templo de las Recoletas. Sus delirios amorosos no le dejaban dormir, é impedido por la fuerza de su amor se hallaba en aquel sitio contentandose con mirar las celosías de la celda de vuestra hermana. Sucedió que cuando el de la Olga pasó por junto á él huyendo con doña Elvira, Jimeno los conoció, sacó su espada y se dirigió á su rival con ánimo de matarle...

—Pobre paje!

—Ah! ahora os compadeceis de él..!

—Continuad...

—Se batieron y D. Rodrigo le mató allí mismo.

—Siempre afortunado en todo! siempre vencedor en donde quiera!.. Y Sancho? qué hacia ese traidor de Sancho que no evitó la muerte de su finjido hijo?

—Nada me contaron de él.

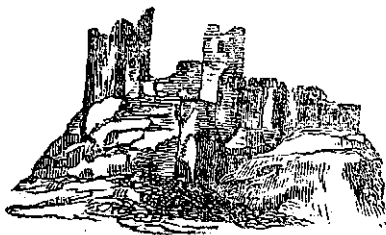
—Escudero del demonio! si le cojera entre mis manos vive Cristo que le hiciera pequeños trozos. El, que me habia sido tan fiel, él venderme de ese modo! Oh! eso me exaspera hasta el extremo. Teneis razon, esa aventura no tardará en saberse para oprobio eterno de la familia de Pallaes. Pero si al menos me vengase de ese malhadado garzon que causó tanta desgracia! tal vez descendiera á la sepultura sin un pesar amargo, sin un recuerdo atosigador...

—Y al acabar estas palabras el conde, entró en el aposento el capitan de sus arqueros á motivarle que se hallaban listos en el patio del castillo cien jinetes para partir.

Entonces D. Gonzalo bajó presuroso, y montando en un alazan soberbio y empuñando su

poderosa lanza, partió á la cabeza de aquella tropa de guerreros con direccion á Castroverde.

Rui Payo le seguia silencioso. El recuerdo de su adorada doña Elvira en brazos de otro hombre le devoraba el alma de una manera insufrible, y sin embargo, estaba decidido á perecer antes que consentir que el conde le hiciese el menor daño.



CAPITULO XVI.

La loca.

.
Volvióse loca la esposa
del conde de Fuensaldaña;
volvióse loca la esposa,
loca morira mañana.

.
(*Romance antiguo*)

A las pocas horas de haberse fugado del castillo de Vascuas doña Blanca , ya Sancho se hallaba junto á ella.

Sancho, el infeliz escudero que tenia el rostro de demonio y el alma de santo lanzó un grito de espanto al ver á la condesa en aquel estado..... al ver sus pies desollados chorreando sangre, porque la desdichada loca iba descalza sobre la arena del camino, sobre los abrojos de los montes.

—Señora! señoral la dijo, deteniéndola.

Y doña Blanca le miró fijamente, y al conocerle soltó una risa sarcástica, siniestra... una de esas risas que suelen derramar las locas y cuyo significado tan solo ellas pueden comprender.

—Volveos al castillo, volvió á decir el afligido Sancho, cojiéndola por las manos y haciéndola volver atras:

Y la infortunada madre forcejeaba con indecible brio, y se arrastraba por el suelo llorando porque no queria volverse, diciendo con estravagante voz:

—Quiero ver mi hijo!... quiero ver el cadáver de mi hijo!

Y los comarcanos que los encontraban buian de ellos creyéndolos dos espíritus malignos. y aun hubo alguno que les hizo la cruz escondiéndose asustados entre las matas del camino.

Oh! el que mirára en aquel instante á la condesa de Pallarès tal vez no fuera dueño de contener las lágrimas de compasion que se desprendian de sus ojos; pero ninguno hubiera dicho que era aquella la dama tan donosa, la reina de los torneos, la delicia de los festines y el encanto de los trovaderes por quien mil esfuerza-

dos paladines dieran antes sus vidas gustosos por cumplir el menor de sus deseos; no, entonces aquella mujer asquerosa en nada se parecia á la doña Blanca de pocas horas antes; y sin embargo, era la misma.

Sancho se mesaba los cabellos desesperado al ver á su señora en aquel modo, porque Sancho la estimaba, la adoraba como adoramos á la madre del Eterno.

Loca y escudero lloraban á un mismo tiempo aunque ambos por diferente estilo: la loca por ver el cadáver de su hijo; el escudero de lástima, pues le desgarraba el corazon el llanto de aquella.

Y así estuvieron mucho tiempo sin que la loca dejase de implorar al escudero que la llevase á donde habia despositado el cuerpo de su hijo, y el escudero compadecido de la loca, le prometió que lo veria.

Entonces empezaron á caminar juntos; ella cantando, llorando y riendo; él triste, pensativo: y tambien de cuando en cuando lloraba y reia como la loca.

Y despues de haber andado bastante, divisaron por fin los altos muros de Lugo que se levanta-

ban orgullosos guardando tantas calles, tantas casas y tantas gentes.

Loca y escudero huían de los que encontraban porque no querían ver á nadie, y despues de haber rodeado mucho llegaron á orilla del Miño.

Entonces Sancho llevó á la loca junto á las rocas donde habia dejado el cuerpo muerto. Ya iban cerca de ellas, cuatro cuervos volaron espantados de sus pisadas, llevando en sus corvos picos pedazos de carne que destilaba sangre... aquella carne y aquella sangre eran del hijo de la loca.

Cuando vieron el cadáver apenas tenía mas que los huesos: casi todo estaba devorado por aquellas carnívoras aves negras.

La loca soltó una risa espantosa al verle. Se arrojó sobre el pestífero cuerpo y la sangre del hijo tiñó la cara de la madre. Oh! que horrible quedó ésta con aquellas manchas rojas en el rostro! Hacia cada visaje, cada dengue tan diabólico que propiamente parecia una bruja.

Sancho tambien parecia que se habia vuelto sonámbulo: á todo lo que le mandaba hacer la loca obedecia sin replicar, sin oponerse á nada.

Por eso no estrañarán nuestros lectores que

cuando un instante despues la loca mandó á Sancho que cojiese aquel cadáver al hombro y la siguiera; Sancho así lo hiciese.

La loca corria delante saltando como van todas las locas por lo regular; llevaba en cada mano una tibia del descarnado cuerpo de su hijo é iba dando una con otra y el ruido seco que producian aquellos dos huesos que por su espesor y longitud parecia imposible hubieran sido del desventurado paje, arrullaba las incomprensibles palabras que balbuceaba. El escudero iba detras llevando el esqueleto, y tambien iban revoloteando en torno de ellos muchas de aquellas aves de rapiña que aun querian mas carne, mas sangre.

Tambien algunas veces aquella infeliz mujer pronunciaba el nombre de D. Rodrigo de la Olga envuelto en horribles imprecaciones; y cuando el escudero de Rui Payo le escuchaba rujia como un tigre al acechar su presa, porque amaba á la esposa de D. Gonzalo, y se celaba del señor de Castroverde.

Así anduvieron cerca de dos leguas: lo loca siempre descalza, desgredada y casi desnuda pisando las arenas del camino, los abrojos de los montes: el escudero silencioso como un espectro

y los cuervos lanzando unos graznidos tan agoreros que estremecían de pavora.

Al cabo de las dos leguas columbraron una mole verde que se alzaba al pie de la sierra Vaqueriza sobre un campo verde. Los dos dieron un grito, un grito que hubiera sobrecojido de terror al que lo escuchára; porque aquel grito era de venganza, pronunciado por una loca y por un hombre que estaba reputado en el país por el asesino mas hábil, mas temible.

Aquella mole verde era un castillo, y el río que pasaba cerca de él llamábase el Onteiro.

Aquel castillo aun existe hoy día arruinado, y es propiedad de los condes de Amarante.

Cerca de él hay una llanura muy dilatada donde se celebra una feria muy concurrida, sirviendo los desmantelados y verdosos muros de la fortaleza para respaldo de las tiendas de quincalla que allí forman los ambulantes buhoneros: aquel castillo era Castroverde.

No muy lejos de él iban ya nuestros cansados personajes, cuando encontraron una pequeña cueva en un elevado cerro: aquella cueva cuadrada y oscura habia sido construida por los moros, y era tradicion que servía de antecámara á una

sala de oro con magníficas colgaduras de damasco y otras preciosidades de *encantamentos*. Hoy día tan solo sirve de abrigo á los pastores cuando llueve; mas hay veces que aunque truena y caen rayos rehusan entrar allí por temor de ser encantados.

La loca entró corriendo en aquella guarida y Sancho depositó en ella el esqueleto, y... como si en aquel instante Dios obrase un milagro volviendo á su sano juicio á la infeliz condesa de Pallares, esta pronunció tales palabras al oído de Sancho, que al escucharlas el escudero, tambien como si despertase de su inercia ó sonambulismo, lanzó un grito aterrador, apoderándose de todo su cuerpo un estremecimiento tal que parecia un verdadero demonio.

Los dos salieron de allí dirigiéndose al cercano castillo que ya apenas se divisaba entre la oscuridad de la callada noche, y entonces las aves negras entraron en la gruta volviendo otra vez á enterrar sus afilados picos en el cadáver de Jimeno desgarrándole á pedazos.

CAPITULO XVII.

El esqueleto.

.
E estando os dous amantes juntos, veo á condesa que semellaba un á meiga, é levou á coba....

(*Lá crónica.*)

Era la hora del crepúsculo vespertino: el sol hacia muy poco que sepultára su roja frente tras los altos montes que besaba el susurrante Outeiro bañando de escarlata los elevados torreones del inespugnable Castroverde, al tiempo que en un salon del castillo se hallaba recostada en un magnífico camapé una belleza pálida y encantadora con los ojos fijos en un apuesto paladin que yacía á sus pies al parecer muy triste, muy pesaroso: eran doña Elvira y D. Rodrigo... la fujitiva

virgen de las Recoletas y el asesino de su mismo hijo.

El caballero permanecía silencioso é inmóvil como la cruz del cementerio. Cuando le hablaba la señora no contestaba nada; y á los halagos que le hacia aquella, ni una sonrisa de placer vagaba por sus labios.

Oh! las horas del remordimiento son terribles, muy terribles: son horas de maldicion para el que sufre sus tormentos... horas en que no halla placer en nada; ni tiene otra esperanza de felicidad mas que en la muerte.

Al ver á D. Rodrigo de la Olga en aquel instante con la vista fija en los trofeos que adornaban las paredes de la cámara, hubiérase dicho que trataba de recordar en que batallas sus antecesores los habian conquistado; empero otros eran sus pensamientos. Lo que ocupaba enteramente la imaginacion de nuestro afligido caballero entonces, era el recuerdo de su hijo.. su hijo, á quien hacia tres noches que diera muerte con su propia mano. He aqui lo que orijinaba su melancolía... hé aqui por qué la presencia de su adorada ya no inundaba su corazon de gloria, de contento...

Y sin embargo; media hora despues D. Rodri-
go ya no se hallaba tan taciturno; tan sombrío.
Sus brazos estrechaban á su esposa, y ambos be-
sándose con todo el ardor de su cariño, no se
acordaban de lo pasado ni trataban de sondear
el porvenir.

—Ayer nos hemos casado, decia doña Elvira
al amantelado doncel: ayer fué un día feliz cuya
memoria tambien hará felices todos los días de
nuestra vida. Sí, del día de ayer me acordaré
mientras exista. Esta hora sería cuando bajamos
á la capilla del castillo. Allí nos esperaba el sa-
cerdote en medio de tus vasallos armados como
para un combate... Entre sus aguzados lanzones
que brillaban al fulgor de aquellas preciosas lám-
paras cual si fueran otras tantas luces; nos hallá-
bamos los dos oyendo las bendiciones con que el
pueblo engalanaba nuestros nombres. No las
oías tú?

—Sí, decian: «Bendita sea la hermosa de las
hermosas, bendita la flor de todas las flores.»

—Es verdad, pero tambien decian: «Salud al
mas apuesto señor del reino, salud al mas galan
entre los galanes.» Y entre estas voces se escu-
chaba la del ministro del Señor que nos unia pa-

ra siempre, que nos demandaba en nombre de Dios un juramento que hemos de cumplir.. Oh! no es verdad que sí? no es verdad que tú nunca querrás á nadie mas que á mi?...

—Nunca.

—No es verdad que yo siempre seré la reina de tu corazon, la única señora de tus pensamientos?

—Oh! tú la única.. tan solo tú serás la única en este mundo.

—Sí, yo seré la única persona que mas quieras, porque tú no tienes mas familia que tu esposa.

—Nada mas.

—Desde hoy tú no debes pensar mas que en tu Elvira, yo en mi Rodrigo. ¡Qué dulce es la existencia para una esposa jóven que se ve adorada de un paladin tan aguerrido, tan hermoso!

—Oh! sí.. muy dulce! no es verdad que muy dulce?

—Sí, sí... pero hay en tus palabras una sequedad que me asusta: yo te quisiera ver mas alegre, mas rendido. Ven, apuremos todos los placeres: aunque nuestra vida dure poco cuán deliciosa es!

—Y se volvieron á besar el uno al otro.

—Amor miol gritó la jóven esposa con infantil gozo; en este instante se realiza uno de aquellos dos sueños que yo tuve la noche del dia en que te vi por vez primera. Si, tuve dos sueños, el uno era triste, muy triste: el otro era alegre, muy alegre, como el de los anjeles. Soñaba que nos hablamos casado, que nos hallabamos solos en una misma habitacion... Tú me besabas y abrazabas como ahora: yo te besaba y te abrazaba tambien llena de orgullo, llena de amor! Tú no te acordabas de nada mas que me tenias en tus brazos, yo no me acordaba de nada mas que verte, de apretarte contra mi pecho enajenada de ventura; y ébrios de placer los dos al mirarnos mutuamente, cada uno veíamos, asi como ahora, en los ojos que mirábamos otros ojos que se retrataban iguales aunque mas diminutos... El sueño del amor ya se ha cumplido!

—Y el del dolor, ánjel mio?

—El dolor!!.. Oh! no hablemos de cosas tristes Rodrigo, dame una copa de ese licor tan dulce, tan dulce como nuestros amores.

Y el caballero presentó la copa á su adorada. La copa era ancha y los dos bebieron á un

mismo tiempo como dos palomas que se quieren. Apuraron el licor y ambos doblaron sus cabezas el uno sobre el hombro del otro como las ramas del sauce funerario al entrelazarse.

Así estuvieron hasta al ser de noche que se presentó Fortun con luces, y á la luz artificial los dos se miraron otra vez con entusiasmo ardiente... Aquellas dos almas eran de fuego, de fuego sus miradas, y de fuego también sus frentes que abrasaban como la lava del Vesubio.

—Si nuestra vida fuera siempre así, decía D. Rodrigo, nos llegaríamos á fastidiar, porque todo causa hastio en este mundo.

—Oh! no creas eso: nuestra vida siempre será así y nunca la aborrecerás, porque tu esposa á cada instante, á cada hora te hara sentir un placer nuevo con sus caricias. Ahora ya no viviremos de las ilusiones que nos forjábamos cuando estábamos ausentes, porque desde ahora todo será realidad, todos los placeres positivos; porque desde ahora esta habitacion será para los dos un paraíso. Oh! no mires el porvenir: sigamos por el camino que nos han trazado sin hacer caso de las nubes que empañen nuestro horizonte. Cuando vayamos á morir, los dos feneceremos juntos, en

un mismo sitio; moriremos alegres, contentos, abrazados como dos ángeles que van á volar al cielo. Tú me mirarás en aquel momento con esos mismos ojos hasta que la muerte los vaya debilitando, y posarás en los míos estos tus labios no separándolos sino cuando estén fríos, cuando vayan á exhalar el último suspiro que será de amor... Sí, sí, un suspiro de amor será nuestra despedida postrera.

Bien, bien, hermosa houril divina creacion! Tú serás de hoy mas mi gloria, mi ventura; tus palabras son las de un arcángel, y por eso la emoción tan encantadora que siento al escucharte, me hace bendecir el día que nací. Ven, criatura celestial, pon tu mano sobre este corazón que te adora... así... Oh! así quisiera yo espirar...

Si desde un principio nos hubiéramos propuesto describir el corazón de nuestros personajes, quizá la escena que estamos escribiendo habría ocupado muchas mas páginas; pero como dejamos al lector que conozca sus sentimientos por las conversaciones que tienen, cuya ilación forma el argumento de esta historia, dejaremos de pintar el delirio que embriagaba en aquel instante á nuestros amantes y la poesía que rebosaba en el co-

razon de nuestra jóven protagonista, virgen de aquellas sensaciones ardientes que experimentaba y que tienen algo de impúdico y de religioso.

De repente un temblor convulsivo se apoderó del de la Olga; un bulto de negro capuz, una especie de bruja ó fantasma acababa de cruzar el salon clavando en él una mirada estúpida, aterradorra y barbullando con lúgubres alarido: *parricida! parricida!*

D. Rodrigo rechinó los dientes como si todos los tormentos del infierno envolviesen aquellas palabras; tiró de la espada con ademan furioso y se precipitó sobre la bruja que se deslizaba silenciosa, con un hueso de difunto en cada mano y con la velocidad de una maga por las prolongadas galerías del castillo.

Bruja y caballero anduvieron largo rato hasta que salieron de Castroverde por una poterna. La bruja siempre ligera, siempre fantástica; el caballero siempre furioso, siempre deseando alcanzarla para dividirla con su acero.

Ya era de noche.

El fantasma se introdujo en una gruta que habia alli cerca del castillo, y D. Rodrigo tambien entró en pos de ella cada vez mas ansioso de ar-

rancarle aquella lengua que habia pronunciado tales palabras.

—Deteneos! pronunció la bruja con imperioso tono.

El caballero se detuvo como si aquella voz que acababa de oír le aterrorizase, quedándose inmóvil como las calaveras que habia esparcidas por la vivienda de la asquerosa bruja.

Esta se despojó del manto que llevaba y entonces á la luz de una hoguera que alumbraba aquel cuadro infernal, apenas pudo reconocer en ella don Rodrigo á la condesa de Pallares. Qué horrorosa estaba! aquella blonda caballera que un día servia de preciosa aureola á su cabeza, caía en desordenados mechones sobre sus hombros, aquella cutis tan blanca como el ampo de la nieve se hallaba llena de tierra y rugosa como la de una vieja; sus ojos estaban encarnados, sus brazos flacos, desnudos y desnudos también sus pies.

—Blanca! dijo D. Rodrigo envainando su espada, y una lágrima rodó por sus mejillas, quizá la única que habia derramado desde que empuñaba lanza.

—Asesinol gritó aquella con satánica voz: acércate, asesinol volvió á decir.

Y cojiendo una varita levantó con ella el paño que cubria un bulto que habia en un rincon de aquella gruta, diciéndole al caballero:

—Asesinol! conoces el esqueleto que estás mirando?

Y efectivamente era un esqueleto que alli se hallaba debajo de aquel paño: un esqueleto sin una onza de carne, sin faltarle un hueso exceptuando las tibias.

El señor de Castroverde no contestó nada.... le iban faltando las fuerzas por momentos.

—Rodrigo! contempla tu obra! despídete del mundo porque hoy será el último dia de tu vida. Si, vas á morir porque la sangre que derramaste en el portico de las Recoletas, el tiempo ni las lluvias pueden borrar. No, *la sangre de las victimas solo se borra con la de sus asesinos*. Rodrigo, no contestas nada! Mira bien, mira al hijo de nuestro amor!... Yo ofrecí entregártelo vivo tan pronto olvidases á la dama con quien te has enlazado ayer! Yo ofrecí enseñártelo! ya llegó el momento... ahí le tienes muerto por tus propias manos.... mírale, míralo por la última vez! Ah!



tu creías que yo dejaría impune ese asesinato! ¡Yo! una madre! una madre dejar impune el asesinato de un hijo! no... eso no puede ser! es preciso que el asesino muera! porque para él no habrá felicidad en la tierra. Felicidad! y cuándo la ha de hallar el parricida sino en la tumba?

—Blanca! no me desgarres mas el corazón! Ah! perdónamel piedad! ten piedad de mí! decia don Rodrigo arrastrándose á los pies de la condesa que se retorcia las manos desesperada.

—Piedad de ti, Rodrigo! pides piedad cuando ves revolotear al rededor de nosotros como si fuera una ave, la ensangrentada sombra de nuestro hijo que me grita que le vengue! mírala, mírala allí!

Y le enseñaba un cuervo que entraba y salia en la gruta corriendo tras él como si efectivamente fuera lo que creia.

Entonces D. Rodrigo salió de la cueva dirigiéndose al castillo mas pavoroso que nunca, y en pos de él salió de la misma cueva un hombre atlético, colosal, de aspecto horrible, que agarrándole de un brazo le llevó junto á unas rocas á cuyos pies se vilumbraba un abismo muy profundo.

—Qué vas á hacer? gritó el caballero forcejeando para desnudar la espada.

Pero la fuerza de aquel gigante que le sujetaba era mayor que la suya.

—Voy á sepultaros en ese precipicio, le contestó el hombron, cumpliendo así el juramento que hice á la condesa. D. Rodrigo de la Olga, he ahí vuestra tumba!

Y al decir esto aquel extraño personaje le señalaba al de la Olga el precipicio.

D. Rodrigo se aprovechó en aquel instante de un descuido de su opresor, dándole un empujon que le hizo rodar á la sepultura que le estaba señalando; no oyéndose mas en aquel instante que un rumor semejante al que hace un cuerpo que baja revotando por entre escarpadas peñas.

CAPITULO XVIII.

La batalla.

Gran pesar tomó el infante,
de traidor te están llamando:
los condes como alevosos
grandes heridas le han dado.

.
los malos con crueldad
dieron con él por el muro.

.
(*La traicion de los Velas.*)

A los pocos instantes de haber pasado la terrible escena que acabamos de referir, entró el señor de Castroverde en el salon donde habia dejado á su adorada esposa tan tranquila y tan sereno como si ningun recuerdo fatal la atormentára.

Doña Elvira se arrojó en sus brazos preguntándole si habia alcanzado al misterioso bulto,

y el caballero le contestó que no, sentandola otra vez sobre sus rodillas con tanta afabilidad y ternura que bien pronto hizo á la alterada dama no acordarse del sombrío espectro.

Oh! si la sonrisa de placer vagaba por los labios de D. Rodrigo, el dolor mas insufrible le martirizaba. En vano pretendia el infeliz dominar los agudos remordimientos que sufría: en vano se esforzaba por aparentar la calma y alegría que nunca ya volviera á disfrutar, porque su corazon se hallaba destrozado por una memoria demasiado infausta, demasiado atroz!!

—Rodrigo, decia su esposa acariciándole, esa figura misteriosa que se presentó aqui hace un instante me recuerda el sueño tan triste que tuve..

—Quieres contármelo?

—Sí, porque me parece que esos sueños tienen mucha relacion con lo que nos pasa. Soñe que, no sé por qué causa, mi hermano te habia declarado guerra á muerte y que estando los dos, asi como ahora reunidos, entró Gonzalo junto á nosotros, y sin darte tiempo para defenderte te atravesará de parte á parte con su temible lanza, huyendo lleno de alegría. Yo me lancé en-

tonces sobre tu cadáver mezclando mis lágrimas con la sangre que derramabas, y en aquel estado se presentó una mujer idéntica á la que hemos visto, que separándose de ti me dijo señálándote: «en vida fué mio, y en muerte también será.» Y cargando con el cuerpo desapareció dejándome sola, tendida sobre tu sangre. Oh! no es verdad que es muy triste lo que soñé?

—Muchol mucho! pero qué gritos confusos, qué gritos de alarma son esos que se escuchan en el patio del castillo? añadió nuestro caballero con ansiedad, y en aquel instante entró Fortun junto á ellos diciéndole asustado:

— Señor! señor! mas de doscientos guerreros acaban de llegar ante los muros de la fortaleza.

—Es mi hermano!! exclamó azorada doña Elvira.

Y un vértigo de terror se apoderó de ella desplomándose sobre el frío pavimento como si hubiera muerto de repente.

—Mis armas! mis armas! gritó con voz de trueno el caballero corriendo hacia la almena, mandando á sus soldados que levantasen el puente y se preparasen á combatir.

Entonces empezó el desórden, el espanto y la

confusion que siempre reina en tales casos, sirviendo de prólogo á la batalla. Todos corrían á sus puestos afanosos de que comenzase la pelea, y todos se creían invencibles cuando miraban al señor feudal, al último descendiente de los de la Olga, que blandiendo su terrible lanza recorría la fortaleza dando las disposiciones de defensa.

Antes que pasemos á describir la encarnizada lid que tuvo lugar aquella misma noche al asaltar á Castroverde los soldados del enojado conde de Pallares, haremos una breve descripción de este castillo que se contaba en aquella época por el mas incontestable de cuantos se veían en Galicia.

Su posición topográfica era la mejor que se pudiera encontrar en tres leguas á la redonda para una fortaleza de semejante clase. Era de forma cuadrangular, y en cada uno de sus ángulos se elevaba un torreón cilíndrico con sus almenas correspondientes descollando unas cinco varas sobre las cortinas ó lienzos de muralla que de torreón á torreón había y cuya altura sería de veinte. Además tenía otro mucho mas elevado que los demás y de mayor cuerpo construido sobre el portón. Un poco mas abajo de la línea de los

matacanes de esta torre cuadrilonga, saltan rectos y paralelos el uno al otro, dos maderos ó tenedores en cuyos extremos colgaban unas roldanas por las que pasaban las cadenas de bajar y levantar el puente levadizo. Su foso era bastante ancho y muy profundo, de poca agua y mucho lodo, rodeándole como una culebra cuando se enrosca al pie de un árbol ó impidiendo toda entrada en la fortaleza no siendo á merced del puente, que por lo regular siempre se hallaba alzado en aquellos tiempos de disensiones feudales.

La luna empezaba á iluminar la tierra con sus pálidos destellos, destacándose sobre el fondo negro del firmamento como una de esas lámparas solitarias que brillan en los templos en las horas avanzadas de la noche; y un viento frío, capaz de helar al mas fuerte y vigoroso de los defensores del castillo, batia con furor sus muros silvando entre las almenas con tan lúgubre són como si á su compas el genio del mal y de la discordia entonase sus cánticos de muerte.

Diez flecheros á las órdenes del conserge Nuño estaban encargados de guardar la puerta principal de la sitiada fortaleza, y los otros diez, ó pocos más, que habia, se hallaban en las al-

menas y en los torreones prontos á vender caras sus vidas. Pero corta era la guarnicion de Castroverde para resistir á los doscientos hombres que traian el de Pallares y el de Vasquas, en cuya mesnada venian las celebradas lanzas del de Roade, del jóven y valiente paladin Sueiro de Neira, y otros muchos caballeros amigos de aquellos, que tomaron las armas en su defensa.

Terrible debia ser la lucha, y muy terrible para los soldados de Castroverde que en tan pequeño número tenian que defenderse de aquella hueste ansiosa de esterminio, que les cercaban y que habia caido sobre ellos sin prevencion alguna.

Mas esto ya lo debia haber previsto D. Rodrigo; empero la confianza que tenia en lo inconquistable de la fortaleza que poseia, le hizo no prevenir el golpe que no debia tardar mucho en amagarle.

Al llegar el conde de Pallares á Castroverde tan de improviso, su primer cuidado fué cercarle con sus soldados para asaltarle atacándole por todos lados, porque sabia que por la puerta principal era difícil y muy difícil la entrada, y que bastaban solo cuatro soldados que estuvie-

ran en ella para concluir con todos los que, llevados de su arrojo, osasen derribar el puente levadizo y penetrar en él por allí.

Reunió los señores que llevaba consigo, les comunicó su plan de ataque, y aprobado que fué por unanimidad, y recibiendo cada uno las instrucciones necesarias al efecto, dió la señal de la batalla, empezando á cruzar con rapidez las flechas y ballestas en distintas direcciones, y empezando á jurar los valientes y á palidecer de miedo los cobardes.

Pero volvamos por un instante á la habitación donde habia quedado doña Elvira.

Después que el caballero la dejara sola para correr á la pelea, un desmayo más peligroso sucediera al vértigo, y cuando volvió en sí y oyó el ruido de los combatientes, quiso volar en busca de su adorador para morir con él en caso que venciera su implacable hermano.

Mas al levantarse con objeto de llevar á cabo su proyecto, volvió á caer otra vez sobre el camapé dando un espantoso grito, temblando convulsivamente y permaneciendo con los ojos fijos en una fantasma que se adelantaba hácia ella con fatídico ademán y paso mesurado.

—Elvira!... dijo la misteriosa figura, que cuanto más se iba acercando más horrible parecía, me conoces?

Y arrojó el capuz en que venia envuelta.

Los moribundos rayos de las lámparas que ardian en aquella habitacion adornada con todo el lujo de la época á que nos referimos, iluminaron las repugnantes facciones de un ser tan diabólico é imponente; y reconociéndole doña Elvira, exclamó con voz triste y sepulcral:

—Vos!... vos, doña Blanca de Vascuas!

—Sí, señora, yo soy la doña Blanca de Vascuas, tan ultrajada, la esposa de vuestro hermano, la antigua dama de vuestro esposo...

—Oh! ya lo sé, ya lo sé!...

—Lo sabeis? lo sabeis ya?

—Sí, por mi desgracia.

—Ah! entonces no ignorais á lo que vengo; no ignorareis que por vos he padecido mucho, y que estos padecimientos piden venganza.

—Venganza, doña Blanca!! Y qué os hizo la pobre Elvira, que es aun mil veces más infeliz que vos? Decidme, doña Blanca, en qué os ultrajé para que vengais de ese modo...

—Qué me has hecho, orgullosa rival? y aun

preguntas qué me has hecho, cuando me robaste el único hombre por quien tanto padecí? Sabeis lo que quiero al acercarme á vos? sabeis á lo que vengo aquí? Mirad, no vengo como rival á vengarme de vos que os habeis interpuesto entre D. Rodrigo y yo, causando la infelicidad de todos. Vengo aquí tan solo como una madre que viene á vengar la muerte de un hijo suyo, del único que tenia, y cuya muerte vos causasteis.

—Yo, señora? Yo?

—Vos, vos y cien veces vos! Sí, por amaros á vos encontró la muerte el hijo de mis entrañas, el hijo de doña Blanca de Vasquez y de don Rodrigo de la Olga.

—Condesa, os engañais ; yo soy inocente , y no causé la muerte de vuestro hijo, ni aun supe que me habia amado hasta despues de muerto. Alejaos, por Dios, de aquí ; volved de vuestro delirio, doña Blanca... Ah! cuán infeliz nací!

Y al pronunciar estas últimas palabras la hermosa dama cayó llorando á los pies de su rival. que agarrándola de un brazo la sentó en un sillón cercano; y en seguida se puso frente de ella mirándola de hito en hito con sus hoscos y hundidos ojos. Sacó luego doña Blanca dos huesos de

difunto que, según la crónica, debían ser las tibias del esqueleto de su hijo, diciendo á doña Elvira:

—Esposa de D. Rodrigo de la Olga! el sueño del dolor se realiza como se realizó el del amor. Allí teneis el cuadro donde yace la Madre del Altísimo, arrodillaos y orad un momento, porque dentro de poco vais á morir.

—Compasion! compasion! exclamó doña Elvira arrastrándose á los pies de la condesa.

Y al querer huir de ella aterrizada, no pudo, no tenía fuerzas para andar, y tuvo que caer de hinojos ante la imájen de nuestra Señora del Cármen que le había mostrado aquella.

Entonces se puso á orar y la plegaria fué corta, porque el verdugo estaba impaciente por concluir su obra.

Doña Elvira intentó en seguida asomarse á una ventana para pedir socorro, y tampoco pudo llegar á ninguna.

Quiso gritar para que acudieran á libertarla de la muerte, llamó á D. Rodrigo y nadie la escuchaba, porque el tumulto y la desordenada gritería de los lidiadores sofocaba sus débiles ayes.

Doña Blanca permanecía siempre inmoble con

la vista fija, con una tibia de su hijo en cada mano.

Doña Elvira se arrojó otra vez á sus pies, hizo el último esfuerzo para ablandar el corazon de aquella mujer horrible y descarnada que iba á matarla, cuyas miradas helarian de espanto al hombre mas intrépido, volviendo á decir con suplicante acento:

—Piedad! piedad por Dios!

Aquellos ayes de compasion no encontraron eco en el corazon de la condesa, no bastaron á disuadirla de su infernal proyecto...

Hizo un movimiento convulsivo... cerró los ojos... y descargando con toda su fuerza los duros huesos de su hijo sobre la cabeza de la desgraciada dama que yacia á sus plantas, se escucharon en aquel instante entre el estruendo del combate unos jemidos de agonía.

En tanto que pasaba tan sangrienta escena en la lujosa cámara de doña Elvira, la lid se hacia por momentos mas horrorosa, mas encarnizada.

El castellano de Vascuas á la cabeza de sus arqueros habia pasado por unos tablones que ten-

dieron sobre el foso apoyados por la parte del castillo en una cornisa, y derribando el puente levadizo cayó esta pesada mole arrastrando consigo cuatro siliadores.

Viendo esto los soldados de Castroverde empezaron á desalentarse de tal modo que dejaron la puerta abandonada, aprovechándose entonces el audaz Rui Payo penetró hasta el patio del castillo poniendo en confusion á sus guardadores. Pero pronto tuvo que arrepentirse: un caballero con el manto de Calatrava apareció de súbito á su vista haciendo huir tan solo con su presencia á los soldados que le acompañaban dejándole aislado y cara á cara con tan fatal enemigo, que de un furibundo golpe que le dió con su lanzon lo derribó en el suelo.

Al ver los soldados del de Vascuas tan mal parado á su señor corrieron á libertarle del furor de su rival; y mientras sucedia tal en el ensangrentado patio de Castroverde, entraba en el castillo el conde de Pallares por distinto lado que el de Vascuas.

Cada vez peleaban con mas valor y brio ambos soldados, y cada vez se iban oyendo mas á menudo los gritos de los moribundos, las carca-

jadas de los vencedores y las blasfemias de los mutilados.

Corria D. Gonzalo por la almena en busca de don Rodrigo descargando tajos á diestro y siniestro, cuando un guerrero salió á su encuentro con ánimo de oponerse á su furor. Creyendo fuese el, le tiró un mandoble que le derribó un brazo y le hizo caer sobre el borde de la barbacana de un torreón. Llegose á darle muerte, y despues de atravesarlo con su espada, alzole la visera; pero aquel no era D. Rodrigo... era Fortun!

Voló otra vez en busca del caballero de la Olga, mas nunca lo encontraba; todos huian á su vista. Al entrar en un torreón oyó llorar á una mujer que recojia los últimos suspiros de un guerrero moribundo. Entonces creyó encontrarle juntamente con su hermana: llegóse á ellos y ... tampoco eran. El hombre era el conserje de Castroverde, la mujer era su bella Laura. Desesperado de verse así burlado hundió su espada en el pecho de padre é hija gozándose en sus agonías.

En este estado se hallaba cuando llegó Rui Payo que venia huyendo de D. Rodrigo. Tan pronto el conde divisó al de la Olga, soltó una imprecacion sacrílega; ambos lo mismo fué co-

noerse que descargarse sendas cuchilladas. Eran los dos contrarios valientes y temibles. Rui Payero contemplaba aquella lucha sin moverse; pero siguiendo con los ojos las oscilaciones de las dos espadas.

Noche sangrienta y horrorosa faé aquella para todos los combatientes. De pronto comenzó á llover á mares; los relámpagos anunciaron los truenos, y su rojiza luz iluminaba mil cuadros de mortandad y lástima dentro de las murallas de aquella fortaleza.

El combate se dilataba sin conseguir ventaja caballero á caballero, y entonces el castellano de Vasguas hirió con su lanzon á D. Rodrigo de la Olga.

—Dos contra uno, exclamó el doncel, bien lo hacéis, señores, bien lo hacéis á guisa de villanos y mal nacidos.

El de Pallares y el de Vasguas no contestaron nada á las palabras de nuestro caballero; y tanto le iban acosando ya por todos lados, que no tuvo más remedio que retroceder con ánimo de guardar la espalda, apoyándose en la barbacana de torreón principal enrojecida con la sangre de

tantos valientes, enguinaldadas sus almenas con tantas cabeza de sus defensores.

Ciego de coraje nuestro caballero no pensaba mas que en defenderse de aquellos dos leones que le atacaban desesperados; y olvidándose de los matalcanes, tanto cejó hacia ellos, que cayó á piés juntos por uno muy deteriorado, quedando agarrado á los extremos de la maldita abertura murmurando horribles denuestos contra sus contrarios.

La elevacion de la torre seria de mas de treinta varas, y debajo casi perpendicular, se hallaba el rastrillo con sus erizadas puntas de hierro que le estaban esperando para destrozarle.

D. Gonzalo que al pronte creyó que el de la Olga habia caido al foso, reparó en sus manos que le sostenian, levantó entonces su espada y descargó con toda su fuerza sobre la una al mismo tiempo que Rui Payo cortaba tambien la otra.

Entonces el ajigantado cuerpo de D. Rodrigo se bamboleó un instante en medio de la oscuridad que hacia, rodando de cornisa en cornisa hasta estrellarse en los tablones del rastrillo...

A su muerte siguió un silencio sepulcral; despues dos carcajadas diabólicas y estólicas; dos

carcajadas infernales como las de los demonios.

En seguida el conde y Rui Payo se acercaron á un herido que estaba cerca de ellos, y le preguntaron por doña Elvira.

Cuando supieron donde se encontraba fueron á buscarla y al entrar en la cámara que los indicáran se quedaron aterrados al ver á la desgraciada esposa de D. Rodrigo muerta sobre el ensangrentado pavimento y á doña Blanca sentada en un sillón contemplándola con satánica alegría.

Estremecióse la hermana de Rui Payo al verlos: su rostro se contrajo de una manera espantosa, y soltando una risa histérica y fatídica, cayó sobre el cadáver de su víctima, gritando:

Malditos seas!!!

Aquella maldición aterradora que fué la última palabra, el último ¡ay! que doña Blanca pronunciaba al espirar, hizo temblar de un modo tal á los dos guerreros, que las lanzas se les cayeron de las manos quedando tan tristes y silenciosos como dos estatuas sepulcrales.

EPÍLOGO.

Apoderóse de D. Gonzalo y de Rui Payo desde aquella noche fatal tan desgarradora melancolía, que apenas habían transcurrido veinte días ya entre las sepulturas que se hallaban en la iglesia del convento de San Pedro de la ciudad de Lugo, se contaban las de ambos infanzones.

Si el lector llega á pasar algunas vez por las cercanías de Castroverde, y al ver la desmantelada fortaleza le entrase la curiosidad de mirar si dentro de sus verdosos paredones encontraba algun vestigio de lo que acabamos de relatar en esta tan ciertísima historia, pregunte al primer comarcano que encuentre, y le enseñará una peña que hay ensangretada junto á la derruida puerta y en la que, según la tradición, se estreñára D. Rodrigo de la Olga.

Además le contarán que todas las noches se ved sentados sobre aquella misma peña dos espectros envueltos en sus sudarios y que son las almas de los asesinos del caballero de Calatrava á quienes el Eterno condenó á espiar su crimen con los ojos fijos en la sangre de su víctima.

Esta novela se halla de venta en Madrid en casa del editor, calle de la Espada, núm. 6, 1.º bajo; al precio de 4 rs. ejemplar en toda España,

Instrucción popular para el azufrado de las vides, por D. R. T. Muñoz de Luna.

Se halla de venta en la calle de la Espada, 6, bajo, al precio de 2 rs. en Madrid y 2 1/2 en provincias, franco de porte.